

PADRE JUAN CARLOS CERIANI

**La participación de la Santísima Virgen María en el Plan divino de
Redención, Santificación y Salvación de las almas**



Anunciación a María Inmaculada de la Encarnación del Verbo

ÍNDICE

Año 2021

18 de julio = María Santísima en la mente y el corazón de Dios, en el plan de Dios. (Página 3)

25 de julio = Intervención de la Santísima Virgen con respecto de la Iglesia (Santiago Apóstol y Nuestra Señora del Pilar). (Página 9)

1° de agosto = Consorcio de la Virgen María en la obra de la Redención en general y en la Redención Objetiva en general. (Página 14)

8 de agosto = Consorcio de María Santísima en la Redención Subjetiva y en la dispensación de todas las gracias. (Página 21)

15 de agosto = Asunción de María Virgen a los Cielos y Triple Corona de María Reina. (Página 32)

22 de agosto = El Corazón Inmaculado y Doloroso de María Santísima. (Página 39)

29 de agosto = El Triunfo del Corazón Inmaculado de María Purísima. (Página 46)

5 de septiembre = La Virgen María, Abogada y Patrona del género humano. (Página 54)

12 de septiembre = La oración de la Santísima Virgen la Omnipotencia suplicante. (Página 73)

19 de septiembre = La Bienaventurada Virgen María intercede por todos los viadores todos y por todos los hombres. (Página 80)

26 de septiembre = La devoción mariana, señal de predestinación. (Página 87)

3 de octubre = Fiesta del Santísimo Rosario. Principales manifestaciones marianas. (Página 93)

10 de octubre = La Fe de María Santísima. (Página 102)

17 de octubre = La Esperanza de María Santísima. (Página 109)

24 de octubre = La Caridad de María Santísima. (Página 117)

31 de octubre = Fiesta de Cristo Rey = El Reino de Jesús por María. (Página 124)



Nuestra Señora del Apocalipsis

OCTAVO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

María Santísima en la mente y el corazón de Dios, en el plan de Dios

Dios mediante, y pidiendo la bendición de María Santísima, a partir de este Octavo Domingo de Pentecostés hasta la Fiesta de Cristo Rey inclusive, voy a desarrollar una serie de sermones con la finalidad de hacer ver la participación de Nuestra Señora en el Plan divino de Redención, Santificación y Salvación de las almas.

Tal vez alguien se pregunté por qué considero importante predicar sobre este tema. La razón es muy sencilla: conociendo los temores más comunes que inquietan, angustian y hasta agobian a los fieles, es necesario recordar la misión y el ministerio que Dios ha asignado a su Madre Santísima.

Ante los eventos inminentes, los comunes e invariables (como son la familia, los hijos, lo económico, lo material, las enfermedades, la muerte...), así como los que son propios del tiempo que nos toca vivir (la apostasía generalizada, el epílogo del misterio de iniquidad y la llegada del Anticristo...), en vista de estos sucesos es muy probable que muchas o todas nuestras "seguridades" se pierdan..., y con ellas "nuestras esperanzas"..., e incluso La Esperanza...

Y, precisamente por eso, es importante y necesario tener presente que, de la misma manera que Nuestra Reina y Madre auxilió a los creyentes de todas las épocas, lo mismo hará con los fieles de hoy en día, ya sea guardándolos de algunos acontecimientos, o bien dándoles la fortaleza necesaria para sobrellevarlos.

Es indispensable destacar que María Santísima domina como soberana todos los tiempos de nuestra historia y, particularmente, el período más temible para las almas: el momento de la venida del Anticristo... Estos son los tiempos de la victoria, de la redención plenaria de Jesucristo y de la intercesión soberana de María.

Bienaventurados los que participan y profesan esta Fe; bienaventurados los que escudriñan las Sagradas Escrituras (cómo se nos ha mandado, en vez de perder el tiempo luchando contra lo que ya no hay tiempo de combatir), y por eso saben, aunque en el claroscuro de la Fe, que el final es hermoso. Ellos son bendecidos por tener Fe, ya que los mismos eventos serán insostenibles para los incrédulos.

La comprensión de la misión de Nuestra Señora dispensará mucha luz e infundirá mucha fortaleza para seguir el camino trazado por Dios, al mismo tiempo que dispondrá las almas para recibir los méritos obtenidos por Ella y alcanzar su auxilio y protección.

+++

Y para comenzar, nada mejor que trasladarnos al origen de todo y contemplar y considerar a María Santísima en la mente divina, tal como Dios la ve desde toda la eternidad.

Todos existimos desde la eternidad en la mente de Dios... A todos nos conoce perfectamente, y nos ama... Somos porque Dios nos conoce, existimos porque Dios nos ama...

Si esto se dice de todos, ¿qué diremos de María Santísima? Ella ocupa la mente y el corazón de Dios más y mejor que todos los demás.

Después de su esencia, que es el pensamiento principal de Dios, lo primero que sus ojos contemplan es a María; a Ella, antes que a nadie; por Ella, a todos los demás.

Ella es la primera criatura que ocupa el pensamiento de Dios.

Si, por un imposible, Dios pudiera olvidarse de todos y dejar de conocernos a todos, no podría dejar de ver y de contemplar en su entendimiento a María Santísima; y esto por la participación que en Ella hay de Dios, por la unión que tiene Ella con la divinidad.

En fin, después de la idea que Él tiene de sí mismo, la Virgen Purísima es la imagen más grandiosa y hermosa concebida por Dios.

Cuando un artista quiere expresar en sus obras lo que proyectó en su mente, primero se ensaya en el barro, para después modelar la imagen con toda perfección.

La creación entera es como un ensayo de Dios, hasta que llegó a plasmar a María Santísima, la obra maestra de sus manos, concebida antes de todas las criaturas.

Ella viene a ser como un resumen de toda la creación. Las gracias y bellezas repartidas en otros seres se encuentran acumulados y sublimados en María.

De este modo, al concebir Dios en su mente a su Madre, parece como que se fue inspirando en todo lo que crearía para hacerla muy superior a todas las criaturas.

Se inspiró en los Serafines, para abrasarla en amor...; se inspiró en los Ángeles, para su pureza...; en los Patriarcas, como Abraham, para fortalecer y robustecer su fe...; en Ruth, para su modestia...; en Judit, para su valor...

Pero..., para dotarla de su Corazón de Madre, no pudo inspirarse en nada...; no hay nada que pueda compararse y asemejarse con el Corazón Inmaculado de la Virgen Santísima...

Fue necesario que Dios mirase a su mismo Corazón para darle un corazón semejante al suyo..., y así, con ese Corazón, pudiese amar a Dios y a los hombres como Él mismo los ama.

+++

La Iglesia la aplica en sentido acomodaticio a Nuestra Señora estas magníficas palabras del Libro de los Proverbios: "El Señor me tuvo consigo al principio de sus obras, antes que crease cosa alguna. Aún no existían los abismos, ni habían brotado las fuentes de las aguas, aún no se habían asentado en su base los montes, ni los ríos, ni había hecho la redondez de la tierra. Cuando Él preparaba los cielos, estaba yo ya presente. Cuando ponía leyes a los astros, y a los mares, con Él estaba yo concertándolo todo, y eran mis delicias regocijarme continuamente en su presencia".

¡Qué honra para la Virgen Santísima ser Ella la primera que el Señor concibió en su mente!

Y como Dios se retrata en las criaturas, fue María el primer espejo, el primer troquel y vaciado de Dios. Por eso, podemos ver a María siempre que miremos a los seres de la creación. El azul del cielo, nos recordará su manto; las estrellas, la orla que lo adornan; el sol, su luz sin sombras ni manchas; la luna, su plácida hermosura; el mar, la inmensidad de su gracia; las flores, su belleza y

aroma incomparable, y así podemos ir discurrendo y ver en todo la imagen de María, como Ella lo es de Dios.

Nuestra Señora tuvo el sitio de honor en la mente divina; y por ello la primacía de la santidad y de la gloria. En efecto, el Dios omnipotente, que se recreaba en su mente y en su corazón con la idea de la Virgen, la predestinó para la gracia antes y sobre todas las criaturas, para que fuese Santa de los Santos y Reina de todos Ellos. E igualmente la predestinó para la gloria, es decir, para que sobrepusiese en gloria a todos los Ángeles y Santos juntos.

+++

Pero, lo que pone el sello a tanto ensalzamiento es el hecho de que fue predestinada para ser con Jesucristo, su Hijo bendito, la causa de la predestinación de las otras criaturas.

De aquí nace la verdad tan consoladora de que la verdadera devoción mariana es señal de predestinación, pues, en efecto, Ella, unida a su Jesús, es obradora de nuestra salvación.

Dios ha querido que nosotros le imitemos en esto. Él desea que esa idea sea también la idea central de nuestro entendimiento, y la que dé calor y movimiento a la vida de nuestra alma.

María Santísima fue predestinada antes que ninguna otra criatura a la gracia y a la gloria. Pero, después de Ella, hemos sido predestinados también nosotros a ellas, si correspondemos a este don.

Ella fue predestinada a la dignidad incomparable de Madre de Dios; y nosotros hemos sido predestinados a la gracia de llamarnos y ser hijos adoptivos de Dios y hermanos de Jesucristo.

Pero esta altísima dignidad está ligada íntimamente con María. ¡Ella es nuestra Madre!... ¡Ella la que nos dará el ser de hijos de Dios!

Por tanto, toda nuestra dignidad y gloria ha de venir de Dios, pero por medio de María.

Nuestro Señor quiere que sea Ella la idea dominante de nuestra vida, la idea directriz y motriz de todos nuestros actos.

+++

Pero esto no es todo, sino que, si grande es María Santísima por ser la criatura que primero ocupó el entendimiento divino, también es magnífica por haber gozado de las primicias del amor de Dios.

Amada es por Dios antes, y mucho antes, que los Ángeles. El torrente de amor divino encerrado por una eternidad en Dios, se desbordó con ímpetu soberano sobre María. ¡Cuánto ennoblecería el alma de su bien amada, que tiene el sitio de honor en su Corazón!

Para barrantarlo de alguna manera, consideremos que los privilegios y finezas del amor de Dios están en razón directa de los destinos a que Dios predestina a sus criaturas.

Y los destinos de María Santísima tienen la primacía y son los más nobles, los más augustos, los más santos. Dios la escogió para que fuera la Madre de su Hijo. ¡Gran excelencia!

Y, junto, con ello, mal que les pese a los protestantes, modernistas y conciliares, la destinó a ser Corredentora del género humano, Restauradora del reino de la gracia, Vencedora del demonio, Emperatriz de los Ángeles, Señora y Reina de la creación, Madre de los hombres, su Abogada y Mediadora.

Y como estos designios divinos, los más gloriosos para una criatura, exigen privilegios y gracias casi infinitos, por eso mismo Dios como que derogó en obsequio de su Madre casi todas las leyes universales...

En efecto, la hizo hija de Adán, pero Inmaculada; doncellita humilde, pero llena de gracia..., gratia plena...; Virgen purísima y Madre dichosísima; Esclava rendida, pero Reina de cielos y tierra...

María Inmaculada es la obra maestra y admirable de Dios. Esta es la medida para comprender cuántas son las gracias de María, la bien amada; pues Ella es obra del amor infinito de Dios, que tiene a su servicio su sabiduría infinita y su omnipotencia.

¿Qué no haría un amor omnipotente?! ¿De qué no sería capaz una sabiduría amantísima?! ¿Qué se opondría a un poder sapientísimo y amorosísimo?!

Caigamos de rodillas ante esa criatura prodigiosa, que nos está diciendo: Ha hecho en mí grandes cosas el que es todopoderoso, todo sabiduría, todo amor para mí.

+++

Y puesto que fue predestinada para ser Madre nuestra, consideremos a la Santísima Virgen tomando parte, con Cristo Jesús, su divino Hijo, en la Obra de la Redención humana.

Esta Operación externa es la más importante de Dios; mucho más que la creación. Para crear, bastó una palabra: *Fiat...* Para redimirnos fue necesario que el Hijo de Dios en persona bajara para efectuarla.

Y, ¿de qué modo? Del más humillante para Dios y del más ventajoso para nosotros. Porque Dios, al humillarse en la Redención, no sólo nos redimió, sino que acortó la distancia que separaba al hombre de Dios, y se hizo igual a nosotros para que nosotros fuéramos iguales a Él.

Pues bien, en esta Obra tan grandiosa de Dios, tan verdaderamente divina, de tal modo quiso el Señor asociar a la Santísima Virgen que viniera a ser la solución de los *dos conflictos divinos*, como los llama San Agustín, que parecían insolubles a la sabiduría humana:

El *primer conflicto divino* consistía en que la ofensa del hombre había sido, de alguna manera, infinita en su malicia; porque el ofendido es infinito, y el grado de la ofensa depende de la persona ofendida.

Por tanto, sólo una obra infinita podía dar debida satisfacción y reparación justa a este pecado.

Pero obras infinitas nadie puede hacer, sino Dios...; luego, Él solo podía redimir al mundo.

Pero la Redención había de efectuarse por medio del sacrificio, que es la destrucción de una cosa en honor de Dios; y, por lo tanto, si Dios no puede sufrir, ni padecer, ni morir, ni destruirse, Dios no podía ser la víctima o la hostia de ese sacrificio.

Conflicto divino..., imposibilidad absoluta...; por una parte, la víctima no puede ser sino Dios, por otra, Dios no puede ser víctima...

Era necesario todo el poder y toda la sabiduría de Dios..., toda la santidad y todo el amor del Espíritu Santo, para que, por su medio, se llevara a cabo la magnífica solución.

Y, en efecto, en las purísimas entrañas de la Santísima Virgen, formó el Espíritu Santo, de la purísima sangre de esta Señora, un cuerpo perfectísimo, que sería la Hostia del Calvario...

Meditemos despacio estas palabras del Catecismo, y veremos cómo la solución de todo fue la Santísima Virgen, Madre de Dios, en cuyo seno el Verbo se hizo carne.

Ya tiene Dios una Madre; ya tiene un Cuerpo y Sangre, que Ella le ha dado, para ofrecer por la redención del mundo..., ya puede ser víctima...; ya puede efectuarse la Redención, gracias a María.

Pero quedaba el *segundo conflicto*, que consistía en que esta víctima tenía que ser sin pecado, porque iba a redimir al mundo y pagar por el pecado.

Mas, si esa víctima había de tomar su carne y sangre de María, sería una víctima humana, como nosotros; y nosotros somos concebidos y nacemos en pecado.

¿También aquella víctima sería concebida como nosotros en pecado? No podía ser; eso sería un absurdo.

Entonces, ¿cómo solucionar esta dificultad? No hay más que una solución..., la que supone un milagro inaudito, un prodigio extraordinario, un privilegio único... Y, como para Dios no hay imposibles, Él lo quiso y se hizo...

Y María Inmaculada, sin pecado y en gracia concebida, fue la solución para que el Verbo encarnado tuviese una carne pura y la sangre limpia que pudiese ser Víctima Santa del Sacrificio de la Cruz.

+++

Por Cristo somos redimidos; pero Jesucristo nos redime por medio de María Inmaculada.

¡Gloria al Redentor! ¡Gloria a la Corredentora!

Por eso, María Inmaculada, que tanta parte tuvo en esta obra de la Redención, no podía faltar cuando ella se llevó a cabo en la Cruz.

Y si no estuvo presente con su Hijo en sus predicaciones apostólicas, ni fue testigo de todos sus milagros, ni le acompañó en sus horas de triunfo..., en la hora del sacrificio apareció junto a su Hijo y tan unida con Él que, mientras su Hijo sufría las punzadas de las espinas, las sacudidas de los azotes, el golpe de la muerte, allí estaba Ella, sufriendo todo eso en su Corazón Doloroso, bebiendo con Jesús hasta las heces el cáliz de la Pasión..., uniéndose con Él en el ara de la Cruz, como dos Víctimas de un mismo sacrificio..., como dos Hostias que se inmolaban en un mismo Altar..., pero Hostias y Víctimas agradables a Dios por ser santas, puras, inmaculadas.

Demos gracias a la Santísima Virgen por haber así cooperando, tan eficazmente a nuestra salvación...

Dios mediante, y con la bendición de Nuestra Reina y Madre, iremos desplegando este plan en sucesivos sermones, a fin de que la comprensión de la misión de Nuestra Señora dispense mucha luz e infunda mucha fortaleza en nuestra alma para seguir el camino trazado por Dios, al mismo tiempo que la disponga para recibir los méritos obtenidos por Ella y alcanzar su auxilio y protección.

NOVENO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

SANTIAGO APÓSTOL

Intervención de la Santísima Virgen con respecto de la Iglesia

(Santiago Apóstol y Nuestra Señora del Pilar)

Como sabemos, a partir del domingo pasado hasta la Fiesta de Cristo Rey inclusive, voy a desarrollar una serie de sermones con la finalidad de hacer ver la participación de Nuestra Señora en el Plan divino de Redención, Santificación y Salvación de las almas.

+++

Debemos tener bien claro que Dios interviene en la historia a través de la Santísima Virgen María.

Desde el Paraíso Terrenal, Dios ha profetizado, contra el demonio, esta intervención: Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu posteridad y la de ella; ella te aplastará la cabeza y tú la acecharás en el talón.

La primera intervención de la Inmaculada en la Historia tiene lugar en el momento de la Encarnación, como señala San Luis María Grignon de Montfort: *Fue a través de la Santísima Virgen María que Jesucristo vino al mundo.*

A través de su *Fiat*, María Santísima imprime una modalidad mariana en todo el orden providencial divino. Por eso, San Luis María prosigue su afirmación en estos términos: *Y es también por ella que debe reinar en el mundo.*

Precisamente a través de su Mediación Universal de todas las gracias, la Virgen Purísima participa en todo momento en la historia de la salvación. Y esto, según San Luis María, hasta el fin de los tiempos: *Es por María que comenzó la salvación del mundo, y es por María que debe consumarse.*

La Virgen María influyó, pues, por múltiples y variadas maneras, a lo largo de toda la historia de la Iglesia.

Esto es comprensible, puesto que Cristo, Nuestro Señor, quiso fundar la Iglesia para perpetuar en la tierra la obra de la redención y hacer a todos los hombres partícipes de sus beneficios.

Por tanto, después de haber instituido todos los medios de salvación, como la Revelación, los Sacramentos, etc., mandó y encargó a su Iglesia los aplicara a los hombres, y de ese modo continuara, a través de todos los tiempos, el sublime oficio de Nuestro Redentor, que vino al mundo para que los hombres tengan vida y la tengan en abundancia.

+++

La misión redentora de Cristo se perpetúa en la Iglesia por Él fundada, para que en Ella y por Ella consigan su salvación eterna todos los hombres que quieran recibir la gracia ofrecida por el mismo Jesucristo.

¿Qué parte tuvo María Santísima en la constitución de la Iglesia y fomento de su vida?

En la Iglesia puede distinguirse un triple estado:

a) Estado *incoativo* o inicial, correspondiente al tiempo en que Cristo la anunció y preparó.

b) Estado de existencia *fundamental*, cuando con la muerte de Cristo, rota la alianza de la Antigua Ley y establecida la Nueva entre Dios y el hombre, nace la Iglesia.

c) Estado de existencia formal, correspondiente al momento en que la Iglesia queda ya formalmente constituida el día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo animó los órganos ya formados de ella, dando a cada uno su operación propia y a todo el cuerpo vida, fuerza y crecimiento continuo.

La Santísima Virgen cooperó a la incoación y preparación de la Iglesia.

La Iglesia es una consecuencia de la Redención, puesto que fue constituida para perpetuarla. Luego fue conveniente que María, compañera y cooperadora de Cristo en la Redención, interviniera en la preparación de la Iglesia.

Nuestro Señor Jesucristo preparó la fundación de su Iglesia evangelizando y escogiéndose seguidores, Apóstoles y discípulos.

La Santísima Virgen, aunque por sí misma no predicara la Nueva Ley ni eligiera Apóstoles, ayudó a su divino Hijo en esta misión, cumpliendo sus deberes de Madre, sobrellevando con Él las penalidades y trabajos, rogando al Padre por el éxito de aquella predicación y mereciendo la vocación de los Apóstoles; por lo cual dice Dionisio el Cartujano "*que se atribuye a la Virgen la corona de los doce apóstoles, porque en gracia a sus méritos fueron llamados*".

+++

La Santísima Virgen cooperó al nacimiento de la Iglesia, en cuanto a su existencia fundamental, en la muerte de Jesucristo.

La Iglesia es el Cuerpo Místico de Cristo, es decir, el organismo visible, vivificado internamente por la efusión de las gracias, dones y carismas sobrenaturales.

Jesucristo, por la Redención llevada a cabo en la Cruz, fundó este Cuerpo Místico, uniendo a los hombres en sí mismo, puesto que allí los reconcilió con el Padre, los sacó del poder del demonio y adquirió para sí un pueblo elegido, mereciéndole un tesoro infinito de gracias, con lo cual consiguió derramar sobre los hombres la plenitud del Espíritu Santo, quedando así constituido plenamente Cabeza de ese Cuerpo Místico, que es la Iglesia.

Ésta, por tanto, debe su existencia fundamentalmente a la muerte redentora de Cristo.

De esta doctrina se deduce espontáneamente que la Santísima Virgen, asociada a su Hijo, Cristo Redentor, intervino también a su modo en el nacimiento de la Iglesia.

Por tanto, todo lo que satisfaciendo y mereciendo condignamente en la Cruz hizo Nuestro Señor para constituir su Cuerpo Místico, que es la Iglesia, lo hizo a su modo la Santísima Virgen junto a la Cruz, pues, padeciendo con Cristo paciente, satisfizo y mereció todas las gracias que había de

derramar en la Iglesia, hecha, por lo mismo, Madre de Ella y miembro primero y principal del Cuerpo Místico de Cristo.

+++

La Santísima Virgen también cooperó a la existencia formal de la Iglesia, desde el día de Pentecostés hasta el de su gloriosa Asunción.

Con el advenimiento del Espíritu Santo, la Iglesia de Cristo quedó constituida plenamente en su existencia formal, vivificado ya el Cuerpo Místico de Cristo con la virtud interna del Espíritu Santo.

La Santísima Virgen empleó todo aquel tiempo en cumplir los singularísimos deberes que tenía como Madre de la naciente Iglesia, pues prestó múltiple ayuda con su doctrina, consejo, preces, ejemplo, protección y con el dulce consuelo de su presencia.

Ejemplo clarísimo de esto nos lo proporciona el Santo cuya fiesta celebramos hoy, Santiago Apóstol. En efecto, según la Tradición Apostólica, cuando los Apóstoles fueron enviados a la predicación, Santiago tuvo a cargo la evangelización de la Hispania, las actuales España y Portugal. Primero predicó en Galicia, donde estableció una comunidad cristiana, y luego en la ciudad romana de Cesar Augusto, hoy conocida como Zaragoza.

La *Leyenda Aurea* nos cuenta que las enseñanzas del Apóstol no fueron aceptadas y que sólo siete personas se convirtieron al Cristianismo. Estos son conocidos como los *Siete Convertidos de Zaragoza*.

Las cosas cambiaron cuando la Santísima Virgen, viviendo todavía en carne mortal, se apareció al Apóstol en esa ciudad; manifestación conocida como la de la **Virgen del Pilar**.

Desde entonces, la intercesión de la Virgen hizo que se abrieran extraordinariamente los corazones a la evangelización de España. Su **pilar** es **la columna de la Fe...**

Esto demuestra que María Santísima es Madre del Cristo total, esto es, no sólo de su Cuerpo Físico, sino también de su Cuerpo Místico, que es la Iglesia.

Por tanto, si alimentó y cuidó a Cristo en cuanto a su Cuerpo Físico, no perdonando trabajo alguno, también había de hacerlo con respecto a su Cuerpo Místico, que es la Iglesia, en los principios de su vida, dando protección y aliento a los miembros recién nacidos.

+++

Pero hay más todavía, pues la Santísima Virgen prestó, presta y prestará ayuda a la Iglesia de Cristo en el decurso de los siglos, a contar desde su gloriosa Asunción a los Cielos.

La Iglesia puede considerarse como existente o como operante.

La Iglesia como *existente* es un hecho histórico insigne, tanto por su propagación admirable, como por su unidad y firmeza interna, combatida por disensiones, cismas y herejías, lo mismo que por su estabilidad externa, con la que resiste eficaz y victoriosamente a las acometidas de sus enemigos exteriores.

La Iglesia como *operante* se manifiesta en los frutos, que nos dan a conocer su vida y su fecundidad; ya *cualitativamente*, en cuanto que produce efectos de todo género, principalmente de santidad eximia; ya *cuantitativamente*, en cuanto que por la abundancia casi infinita de estos productos nunca la Iglesia se marchita o envejece, sino que, floreciente siempre, hace rejuvenecer a todos los que perciben sus gracias de salvación eterna.

Ahora bien, bajo todos estos aspectos, María Santísima ayudó, fomentó y defendió maravillosamente a la Iglesia en el transcurso de los siglos.

En efecto, la Santísima Virgen fue en los principios de la Iglesia refugio y auxilio segurísimo de todos los que recibían la religión de Cristo; y su patrocinio y su refugio no se le sustrajo a la Iglesia una vez que María fue elevada a los Cielos.

Por Ella los Apóstoles predicaron la salvación a las gentes; por Ella fue adorada y alabada en todo el orbe la preciosa Cruz; por Ella los demonios huyen y el hombre se siente llamado al Cielo; por Ella toda criatura presa en el error de la idolatría llegó y llega al conocimiento de la verdad; por Ella los hombres fieles alcanzaron el santo bautismo y han sido fundadas iglesias en todo el mundo.

Y todo esto, porque su oficio de Madre bondadosísima de la Iglesia que ejerce en el Cielo, unido al máximo poder que ostenta junto a su Hijo, provee y aumenta el singular consuelo y favor divino que le llega a la Iglesia por ese apoyo de la Virgen Madre.

Y, ciertamente, el auxilio de María aseguró el feliz éxito de aquellas empresas de la Iglesia, la más grande de las cuales fue la conversión de la gentilidad, y de la eficacia y fruto de la predicación evangélica.

En cuanto a la defensa de la ortodoxia de la fe y extirpación de las herejías, que se empeñan en destruirla, o alterarla, o disminuirla, el Papa León XIII habla así de la ayuda prestada por María: *"También Ella mantuvo en alto y robusteció el cetro de la fe ortodoxa: grande fue su cuidado, nunca interrumpido, para que la fe católica se conservara firme en los pueblos y floreciera íntegra y fecunda"*.

Del mismo modo, los Padres de la Iglesia celebran y alaban a María Santísima como guardiana de la fe católica con magníficas expresiones.

Así San Cirilo de Alejandría la llama *"cetro de la fe ortodoxa"*, y San Germán de Constantinopla la saluda diciendo *"Dios te salve, fuente que mana divinamente; de la cual, saliendo los ríos de la divina sabiduría en purísimas y limpidísimas ondas de ortodoxia, dispersan el enjambre de los errores"*.

Y también la Sagrada Liturgia canta de la Virgen: *"Dios te salve, boca elocuentísima de los apóstoles, firmamento estable de la fe, fortaleza incommovible de la Iglesia"*; *"Alégrate, María Virgen, pues Tú sola has extirpado y dado muerte en todo el orbe a las herejías"*.

Y, en efecto, María Santísima no sólo ha sido siempre escudo y fortaleza de la fe católica, sino que, además, desea y procura que todos los fieles perseveren en la unidad de la fe de Cristo.

En cuanto a la fecundidad inagotable con que florece la Iglesia en frutos de toda clase, especialmente en santidad eximia, María Santísima prestó una ayuda insigne en todo tiempo. La Iglesia es Madre de Santidad, cuya abundancia se muestra en los frutos de santificación que produce y en los hijos que procrea y lleva a la santidad.

Porque la Iglesia, no sólo fue fundada por Cristo con leyes santísimas y dotada de los medios necesarios para promover toda virtud, sino que, además, produjo y produce en la tierra santos.

A María Santísima pertenece alimentar a estos hijos, para que, creciendo, alcancen la medida de la plenitud de Cristo y fructifiquen en toda santidad.

+++

Habiendo sido en todo tiempo tanta y tan excelsa la ayuda y protección de María en favor de la Iglesia, es claro que debe ser invocada con una confianza sin límites, siempre que lo exijan los trances difíciles, las angustias, las necesidades y persecuciones en que se viere la Iglesia, y, por tanto, como exhorta Pío XI, *"si acontecen tiempos difíciles para la Iglesia, si la fe vacila, si la caridad se entibia, si las costumbres públicas y privadas se corrompen, si amenaza algún peligro al nombre católico y a la sociedad civil, acudamos a Ella en súplica de su celestial ayuda"*.

Vayan todos a Ella con mayor afán en las necesidades que al presente nos afligen.

Por eso, como dije el domingo pasado al comenzar estas prédicas, conociendo los temores más comunes que inquietan, angustian y hasta agobian a los fieles, es necesario recordar la misión y el ministerio que Dios ha asignado a su Madre Santísima.

Ante los eventos inminentes, los comunes e invariables (como son la familia, los hijos, lo económico, lo material, las enfermedades, la muerte...), así como los que son propios del tiempo que nos toca vivir (la apostasía generalizada, el epílogo del misterio de iniquidad y la llegada del Anticristo...), en vista de estos sucesos es muy probable que muchas o todas nuestras "seguridades" se pierdan..., y con ellas "nuestras esperanzas"..., e incluso La Esperanza...

Y, precisamente por eso, es importante y necesario tener presente que, de la misma manera que Nuestra Reina y Madre auxilió a los creyentes de todas las épocas, lo mismo hará con los fieles de hoy en día, ya sea guardándolos de algunos acontecimientos, o bien dándoles la fortaleza necesaria para sobrellevarlos.

Es indispensable destacar que María Santísima domina como soberana todos los tiempos de nuestra historia y, particularmente, el período más temible para las almas: el momento de la venida del Anticristo... Estos son los tiempos de la victoria, de la redención plenaria de Jesucristo y de la intercesión soberana de María.

Bienaventurados los que participan y profesan esta Fe; bienaventurados los que escudriñan las Sagradas Escrituras (cómo se nos ha mandado, en vez de perder el tiempo luchando contra lo que ya no hay tiempo de combatir), y por eso saben, aunque en el claroscuro de la Fe, que el final es hermoso. Ellos son bendecidos por tener Fe, ya que los mismos eventos serán insoportables para los incrédulos.

La comprensión de la misión de Nuestra Señora dispensará mucha luz e infundirá mucha fortaleza para seguir el camino trazado por Dios, al mismo tiempo que dispondrá las almas para recibir los méritos obtenidos por Ella y alcanzar su auxilio y protección.

DÉCIMO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

Consortio de la Virgen María en la obra de la Redención en general y en la Redención Objetiva en general

Como ya sabemos, hace dos domingos comencé a desarrollar una serie de sermones con la finalidad de hacer ver la participación de Nuestra Señora en el Plan divino de Redención, Santificación y Salvación de las almas.

Y realmente es admirable y misteriosa esta cooperación de la Santísima Virgen a la obra de la Redención. Se trata de la unión de la Madre de Dios con su divino Hijo, y siempre bajo su dependencia, en la misión de la reintegración del género humano al orden sobrenatural.

Consideraremos hoy la cooperación de María con Cristo a la obra de la redención en general y su cooperación a la redención *objetiva*.

+++

De manera general, hay que sostener que la Bienaventurada Virgen María es consorte de Cristo en la obra de la redención humana. Esta verdad mariana es, después de la de la Maternidad divina, la más fundamental, y tan cierta que pertenece al depósito de la revelación.

Los Romanos Pontífices enseñaron siempre esta doctrina:

León XIII enseña: "Inmune de la primera culpa, escogida para Madre de Dios y, por esto mismo, hecha consorte de Cristo para salvar al género humano, tiene tanta gracia y poder cerca de su Hijo, que mayor no pudo ni podrá alcanzarle jamás criatura alguna entre los ángeles y los hombres".

"Para reconciliar a los hombres con Dios nadie ha prestado ni prestará jamás obra parecida a la que Ella ha prestado".

De **San Pío X** son estas palabras: "Porque María supera a todos en santidad por su unión con Cristo y por haber sido admitida a la obra de la humana redención".

Y **Pío XI** se expresa de este modo: "La Virgen soberana, concebida sin la primera culpa, fue elegida Madre de Cristo precisamente para ser su consorte en la redención humana".

También la Sagrada Escritura viene en apoyo de esta enseñanza; en Génesis, 3, 15, se lee: Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu linaje y su linaje; ella quebrantará tu cabeza y tú pondrás asechanzas a su calcañar.

Aquí María es asociada a Cristo en las enemistades y batallas que ha de reñir contra el diablo, y en el triunfo plenísimo que ha de obtener sobre el enemigo infernal.

Ahora bien, triunfar del diablo en la presente providencia no es otra cosa que llevar a cabo la redención humana, o lo que es igual, librar al hombre del pecado, por el cual se hizo esclavo del demonio, y reintegrarle al primitivo estado de amistad con Dios.

El Papa **Pío IX** explica esta asociación de María con Cristo en la redención, según el citado versículo del Génesis, de este modo: "La Santísima Virgen, unida con Cristo en lazo indisoluble, manteniendo juntamente con Él y por Él enemistades sempiternas contra la venenosa serpiente y triunfando de ella totalmente, le aplastó la cabeza con su planta inmaculada".

Si las enemistades de Cristo y María con el diablo son las mismas, y, por tanto, la misma lucha de la cual habían de conseguir el mismo triunfo, claro está que allí se presenta a María como consorte de Cristo y a Él singularmente unida tanto en la lucha como en la victoria sobre el enemigo.

Luego si la victoria de Cristo consistió en la redención de los hombres y en la restauración de la obra de Dios destruida por el pecado, María tuvo que cooperar con su Hijo en la realización de esta empresa.

Es habitual en los Santos Padres la comparación de María Santísima con Eva, de tal modo que el lugar y la parte que tuvo Eva junto a Adán en la ruina del género humano, se le asigne a María, junto a Cristo, en la obra de la Redención.

Así como Eva fue consorte y cooperadora de Adán en nuestra caída, María lo es de Cristo en el negocio de la redención humana.

También la liturgia da parte a la Virgen, Madre de Dios, en la obra de la Redención.

Así en los calendarios griegos se lee: "Hemos sido redimidos por Ti de la maldición que cayó sobre los primeros padres". Y en el Misal Ambrosiano: "Lo que Eva destruyó con su crimen, María lo restituyó en la redención".

Su consorcio estrictamente dicho empezó desde el momento mismo de la Encarnación, ya que la Bienaventurada Virgen, desde el momento en que pronunció su *Fiat*, dirigió todas sus intenciones al fin de la Redención, de acuerdo en todo con la voluntad del Padre, que entrega a su Hijo, y con la del Hijo, que se ofrece a sí mismo por la salvación de los hombres.

Aun cuando, formalmente, sean distintas la Maternidad divina y la cooperación a la redención, hay, sin embargo, entre ellas una relación tan estrecha e incluso necesaria, que el consorcio supone y se funda en la maternidad, y la maternidad se ordena al consorcio.

Por eso dice **Pío XI**: "La augusta Virgen, concebida sin la primera culpa, fue elegida Madre de Cristo precisamente para ser consorte suya en la redención humana".

Ninguna otra criatura pudo elegirse más apta para este consorcio redentor que la Madre del mismo Redentor; nadie como Ella, precisamente por ser la Madre, podía tener en la tierra tanta intimidad con su Hijo Redentor, ni unirse a Él tan estrechamente en sus persecuciones, trabajos, angustias y, sobre todo, en su pasión y muerte, de tal modo que ella sola, *dolorosa*, podía unirse a Cristo *doliente*, pues solamente se conduele la madre de aquel que sufre; las otras mujeres no hacen más que moverse a misericordia.

+++

Entrando más en detalle, debemos considerar la cooperación de la Bienaventurada Virgen María a la redención objetiva, es decir, toda la obra redentora de Cristo en la tierra, con que quiso restaurar y levantar al género humano, caído por la culpa de los primeros padres.

La redención objetiva es la causa universal de la salvación humana. La redención subjetiva no es otra cosa que la aplicación de aquella a cada uno de los hombres para que participe de su efecto.

Por esto la redención objetiva suele llamarse *obra de salvación*, y la subjetiva, *operación salvadora*; la primera es como la fuente de donde brotan los bienes de la redención, los tesoros de la gracia; la segunda, como el estadio donde se dispensan estos bienes a todos y cada uno de los redimidos.

Es obvio que la necesidad *absoluta* de la cooperación mariana a la redención queda excluida, ya que pudo el Señor restaurar al género humano y reintegrarle a su amistad sin la intervención de la Virgen. Por lo tanto, la cuestión de la cooperación de María ha de plantearse suponiendo siempre el libre decreto de Dios, por el cual quiso que la Virgen concurriera y cooperara a la Redención.

Esta cooperación es doble:

Una es *remota*, por la cual Nuestra Señora dio a Cristo, por acción no solamente física, sino plenamente voluntaria, su carne, para que pudiera pagar en ella el precio de nuestra redención.

La otra es *próxima*, es decir, cooperando inmediatamente, con acciones personales a dicha redención, consumada en la pasión y muerte de Cristo.

María es Madre del Redentor, y por lo mismo cooperó remotamente a la Redención, en cuanto que realmente ella fue la que dio al mundo su Redentor. San Agustín enseña: "La muerte por la mujer, y por la mujer la vida: por Eva la destrucción, por María la salud. Aquélla, corrompida, siguió al seductor; ésta, toda pura, nos da a luz al Salvador del mundo. Aquélla tomó con gusto la venenosa pócima de la serpiente y la ofreció a su marido, y de aquí que los dos merecieron la muerte; ésta, por gracia infusa del cielo, produjo la vida, por la que pudiera resucitar la carne muerta".

María Santísima, engendrando a Cristo para nosotros, suministró la materia de la cual había de pagarse el precio de nuestro rescate, a saber, la carne en la que Cristo pudiera padecer y morir. Por eso dijo Santo Tomás de Villanueva: "Cristo pagó el precio del rescate, pero María le dio de dónde pudiera pagarlo. Él es el Redentor, pero de María recibió lo que había de entregar para redimirnos".

Nuestra redención procede de la Madre no menos que del Padre; de la Madre tuvo el poder merecer, y del Padre recibió la infinitud que habían de tener aquellos merecimientos. Ni el Hijo de Dios podría merecer para nosotros, si no fuese hombre; ni el Hijo de María podría tampoco merecernos nada, si no fuese Dios.

Y advirtamos la diferencia: el Padre no dio al Hijo el ser Dios para redimirnos; María, en cambio, dio el ser hombre al Hijo del Padre precisamente para ser el Redentor de todos nosotros. Sin embargo, así como el Padre entregó al Hijo para la redención, porque de tal modo amó a los hombres, que les dio a su Hijo unigénito; así también la Madre le entregó para esto mismo.

+++

Por lo dicho, hay que sostener que la Bienaventurada Virgen María, con su libre consentimiento en la Encarnación, cooperó también libremente a la Redención, no ya implícitamente, sino explícita y formalmente.

Los Padres de los primeros siglos, como San Justino, San Ireneo y otros muchos, inician y repiten frecuentemente la comparación de María con Eva y hablan explícitamente de la cooperación moral de María a la obra de la Redención, precisamente por el libre consentimiento prestado al Ángel en el momento de anunciarle el gran misterio de la Encarnación.

Es frecuente ver establecido en los Padres el principio de *recirculación*, según el cual Dios había obrado en la redención de tal manera, que todo lo que el diablo inventara para la ruina de los hombres se retorciera en orden inverso contra el mismo espíritu del mal.

De este modo, la primera mujer cree al diablo, asiente libremente a sus perversas sugerencias, desobedece a Dios, y con todo ello coopera desdichadamente a la ruina de todos los hombres; la segunda mujer, María, obedece a Dios; con fe viva y libertad completa da su consentimiento a la Encarnación que en Ella misma había de realizarse y coopera de este modo a la restauración y salvación de todo el género humano.

Prescindiendo de tan conocido paralelismo de María con Eva, encontramos en otros muchos Padres la afirmación clara del consentimiento de la Santísima Virgen en la obra de la redención.

San Bernardo, por ejemplo, dice: "Has oído que concebirás y darás a luz un Hijo; has oído que esto no se hará por obra de hombre, sino del Espíritu Santo. El ángel está esperando tu respuesta... También nosotros, ¡oh Señora!, sobre quienes pesa la sentencia de una condenación miserabilísima, esperamos tu palabra de misericordia; al instante seremos libres si tú consientes. Por la eterna palabra de Dios fuimos todos creados, y he aquí que estamos muriendo; de la breve respuesta de tus labios está pendiente nuestra reparación, para que por ella seamos devueltos a la vida".

La Bienaventurada Virgen María, consintiendo libremente en la Encarnación, dirigía su consentimiento a la Redención, no sólo implícitamente, sino también explícita y formalmente, ya que miraba a la Encarnación en cuanto redentora del género humano.

No es justo, evidentemente, negar a María el conocimiento de los vaticinios proféticos sobre el futuro Mesías y cualidades de su reino, ya que también lo habían conocido los ancianos Ana y Simeón, que estaban esperando la redención de Israel; ni puede afirmarse que María fomentara en su corazón y en su mente las erradas opiniones del vulgo acerca del futuro Mesías, o aceptara las falsísimas ideas mesiánicas de los fariseos.

Por lo tanto, no estuvo alejada de la voluntad divina la Santa Virgen María, cuando dijo: *He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra*. Palabra que no se refiere sólo a la Encarnación, sino también a la Redención perfecta. Y, por tanto, según la palabra del Padre Eterno, María quiso la pasión del Hijo de ambos.

+++

Más aún, con su materna compasión, la Bienaventurada Virgen María cooperó próxima e inmediatamente a la redención del género humano.

Pío VII enuncia así esta doctrina: "Todos los fieles cristianos están obligados para con la Santísima Virgen, como Madre dulcísima del Hijo de Dios, a venerar, en meditación constante y con filial benevolencia, la memoria de los dolores acerbísimos que, especialmente al pie de la cruz, padeció con singular fortaleza y constancia invicta, ofreciéndolos por la salud de los mismos al Eterno Padre; y deben tomar como verdadero precepto lo que Tobías manda a su hijo con respecto a su madre: *Acuérdate de los muchos y muy grandes peligros que ella padeció por tí*".

León XIII: "Al presentarse a Dios como esclava para el oficio de Madre suya y consagrarse toda a Él en el templo con su Hijo, se constituyó compañera suya en la dolorosa expiación de los pecados del mundo, y no puede, por lo mismo, dudarse de que, con ánimo esforzado, tomó parte en las acerbísimas angustias y dolores de su divino Hijo. Estaba junto a la cruz de Jesús su Madre, y fue tanta la caridad de su corazón por nosotros para recibimos por hijos, que gustosamente ofreció a su propio Hijo a la justicia de Dios, muriendo espiritualmente con Él traspasada por la espada del dolor".

San Pío X escribe: "Por esta comunión de dolores y voluntades entre Cristo y María, mereció ésta ser dignísima reparadora de todo el orbe".

Pío XI: "Aquel a quien la Santísima Virgen esté presente con su ayuda, sobre todo en los últimos momentos de su vida, no padecerá la muerte eterna. Y este sentir de los doctores de la Iglesia, tan de acuerdo con el sentir del pueblo cristiano y con las enseñanzas de la experiencia, se apoya principalmente en la creencia de que la Virgen, por sus dolores, participó con Cristo en la redención del mundo".

Y del mismo Papa **Pío XI** es esta ferviente oración a la Santísima Virgen: "¡Oh Madre de piedad y de misericordia, que asististe como compaciente y corredentora a tu dulcísimo Hijo cuando, en el ara de la cruz, consumaba la redención del mundo, te rogamos que conserves y aumentes cada día en nosotros los preciosos frutos de la redención y de tu compasión!".

Por lo tanto, hemos de decir que María Corredentora, compañera de Cristo en la Redención, tuvo que participar en la pasión y muerte redentora de su Hijo, ya que con Él, paciente y moribundo, padeció y casi murió.

Según afirma San Juan Crisóstomo: "Cristo derrotó y venció totalmente al demonio con los mismos medios y las mismas armas de que él se había servido para vencer primero. ¿Y cómo? Óyelo. Una virgen, un madero y una muerte fueron los símbolos de nuestra derrota. La virgen era Eva; el madero, el árbol de la ciencia; la muerte, el castigo de Adán. Pero atiende de nuevo: una Virgen, un madero y una muerte son también los símbolos de la victoria. En el lugar de Eva está María; por el árbol de la ciencia del bien y del mal, el madero de la cruz; y por la muerte de Adán, la de Cristo. ¿Ves ahora cómo el demonio fue derrotado por lo que él había antes vencido?".

Es verdad que Cristo no necesitó ayuda de ninguna clase y, en realidad, Él solo redimió totalmente a los hombres; sin embargo, por ordenación divina, se le dio a la Santísima Virgen como cooperadora, no necesaria, pero sí conveniente, de tal modo que ciertamente participó con Cristo en la redención humana.

San Alberto Magno expone clarísimamente la compasión de María y su ordenación a la redención humana. He aquí sus palabras: "La Madre sufrió en el alma la pasión que el Hijo padeció en su cuerpo, ya que su amor materno era atormentado juntamente con los tormentos corporales del Hijo. En el tiempo de la pasión, cuando la Madre de la piedad se presentó al Padre de las misericordias para la obra de la más alta misericordia, soportó en sí misma el dolor de la pasión, ya que la espada le atravesó el alma, y fue hecha compañera de la pasión, cooperadora de la redención y madre de la regeneración".

Dionisio el Cartujano escribe: "Tú, Señor de todo lo criado, sabiamente lo ordenas y dispones todo. ¿Por qué, pues, oh buen Jesús, oh mansísimo Cordero, no perdonaste a tu amantísima y dulcísima Madre, mandando que no estuviera presente y atenta a tu pasión sagrada? Pero ya lo sé; nada acontece fuera de tu divina providencia; nada permites sin razón suficiente, y, por tanto, sólo un motivo hondamente sublime y admirable pudo obligarte a ordenar la presencia y unión de tu Madre amorosísima a tu pasión y muerte. Querías que fuera cooperadora de la salud universal, la constituiste protectora y abogada de la Iglesia y determinaste que por ella se salvaran muchos".

+++

María Santísima, consorte de Cristo, participó desde el primer momento en la Redención del género humano. Pero como la Redención había de tener su coronamiento en la pasión y muerte del Señor, fue convenientísimo que María, asociada a Cristo inseparablemente, participara en la Redención, tanto en sus principios como, principalmente, en su consumación y coronamiento.

La sola asistencia pasiva al cruel espectáculo de la cruz, donde su Hijo padecía una muerte ignominiosa y cruelísima, aunque consideremos la caridad heroica y sublime fortaleza de la Madre, el valor del ejemplo y otras razones de carácter místico que pudiera brotar de tal hecho, no explican plenamente la presencia de María junto a la cruz, si se excluye la activa cooperación, por su parte, a la obra de reparación que allí se realizaba.

Y no puede decirse, como dice el impío Jorge Mario Bergoglio, que esta cooperación mariana a la redención objetiva reste algo o se oponga de algún modo a la perfección, a la eficacia o la universalidad de la misma, que, en realidad, es propia de sólo Cristo. Pues no se afirma aquí que la cooperación de la Virgen Madre sea paralela y perfectamente coordinada, sino subordinada esencialmente a la obra redentora de Cristo, en la cual se apoya, de la cual depende y de la que toma todo su valor; ya que por la revelación sabemos que Cristo, Señor nuestro, es el único Redentor del género humano.

Pero, aunque sólo Cristo sea total y perfectamente nuestro Redentor, no hay inconveniente alguno en afirmar que la Virgen Bienaventurada cooperó a la redención del hombre en grado inferior, subordinada a Cristo y dependiente de sus méritos.

Ni se restringe la universalidad de la Redención por Cristo diciendo que, cooperando a ella, no pudo ser redimida la Virgen; porque, aun siendo Corredentora, no sólo fue redimida, sino la primera de todos los redimidos, como afirma San Ambrosio: "Habiendo de redimir al mundo, empezó el Señor su obra por María, para que fuera la primera en sacar del Hijo la salud, ya que por ella se preparaba la redención de todos".

Por otra parte, la cooperación de María a la redención no fue inútil, ni le faltó verdadera eficacia.

Es cierto que Cristo llevó a cabo la Redención plenísimamente, sin defecto, sin imperfección alguna, y, por tanto, la cooperación mariana nada pudo añadir a la perfección intrínseca de la obra, ni pudo completarla, como si Cristo hubiera dejado algo por hacer en ella. Con todo, son muchos los que afirman la utilidad de la cooperación de María en cuanto que añade perfección accidental a la obra de Cristo, prestándola cierta armonía y hermosura.

Aunque Cristo no necesitaba cooperación alguna para redimir al género humano, convenía, sin embargo, que los hombres, según la suave providencia de Dios, no fueran redimidos sin su propia cooperación a esta obra de reconciliación, sin la ratificación mutua de tan excelsa alianza y sin la aceptación de tan alto beneficio.

De aquí que Dios quisiera unir a Cristo, Redentor de todos los hombres, a la Virgen Bienaventurada, como compañera suya y como representante de todo el género humano, en cuyo nombre dio su consentimiento a la Encarnación del Redentor, y, haciendo sus veces, como verdadera mandataria del mismo género humano, se unió a la pasión y muerte del Señor junto a la Cruz, donde la Redención fue consumada, no ya asistiendo de una manera pasiva, sino cooperando activamente con su materna compasión e inefable coparticipación en los dolores de su Hijo.

+++

A la luz de esta hermosa y consoladora doctrina, una vez más insistimos en que es indispensable destacar que María Santísima domina como soberana todos los tiempos de nuestra historia, y particularmente el período más temible para las almas: el momento de la venida del Anticristo...

¡Estos son los tiempos de la victoria, de la redención plenaria de Jesucristo y de la intercesión soberana de María!

Bienaventurados los que participan y profesan esta Fe; bienaventurados los que escudriñan las Sagradas Escrituras (cómo se nos ha mandado, en vez de perder el tiempo luchando contra lo que ya no hay tiempo de combatir), y por eso saben, aunque en el claroscuro de la Fe, que el final es hermoso. Ellos son bendecidos por tener Fe, ya que los mismos eventos serán insoportables para los incrédulos.

La comprensión de la misión de Nuestra Señora dispensa mucha luz e infunde mucha fortaleza para seguir el camino trazado por Dios, al mismo tiempo que dispone las almas para recibir los méritos obtenidos por Ella y alcanzar su auxilio y protección.

DECIMOPRIMER DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

Consortio de María en la Redención Subjetiva y en la dispensación de todas las gracias

Seguimos avanzando en la serie de sermones con la finalidad de hacer ver la participación de Nuestra Señora en el Plan divino de Redención, Santificación y Salvación de las almas.

Espero que quede bien claro que, conociendo los temores más comunes que inquietan, angustian y hasta agobian a los fieles, es necesario recordar la misión y el ministerio que Dios ha asignado a su Madre Santísima.

Ya hemos visto la cooperación de María Santísima en la redención objetiva, por la cual se adquieren y acumulan, como en depósito, los frutos de la redención, constituyéndose así el tesoro infinito de las gracias.

Nos corresponde considerar hoy su cooperación a la redención subjetiva, que tiene por objeto distribuir y aplicar los frutos de la redención objetiva a cada uno de los hombres.

La redención objetiva es como la medicina preparada para todos; pero la medicina, aun con eficacia para curar, no sana si no se aplica al enfermo.

Por tanto, la cooperación de la Virgen a la redención subjetiva no es otra cosa que su intervención personal en la aplicación de los frutos y distribución de las gracias redentoras.

Sólo a Cristo, Redentor nuestro, le compete ser, por derecho propio y exclusivo, el dispensador de todas las gracias, puesto que las adquirió con su muerte y Él es potestativamente el Mediador de Dios y de los hombres.

La Santísima Virgen concurre a la distribución de las gracias con Cristo y bajo su dependencia.

La Bienaventurada Virgen María coopera próxima, formal y actualmente a la dispensación de todas las gracias en los hombres.

Tal prerrogativa no es de tal modo que Dios, absolutamente hablando, no pueda conceder ninguna gracia sin la mediación de María, sino en cuanto que le compete por decreto positivo y libre de Dios, que ha determinado y querido, en la presente economía, no conferir alguna gracia redentora sin la intervención de la Santísima Virgen.

Esta cooperación comprende todas las gracias redentoras que desde que se incurrió en el pecado original se conceden a los hombres.

En cuya universalidad entran las gracias de todo género, las internas y las externas, las habituales y las actuales, la santificante y las carismáticas o *gratis datae*, las sacramentales y las extrasacramentales, las ordinarias y las extraordinarias, las pedidas y las no solicitadas, así como las que son directamente impetradas por la Virgen y las que lo son por Cristo y por los Santos...

En una palabra, todos los beneficios que, en orden a la vida eterna, se conceden a los hombres en la presente economía.

Se exceptúan de esta cooperación solamente los dones de la gracia concedidos a Cristo y a la misma Virgen Santísima.

+++

Existe una serie abrumadora de testimonios de la Tradición, empezando por San Ignacio Mártir (siglo I) y terminando con los mariólogos del siglo XX, que no sólo admiten explícitamente la verdad de que María es Distribuidora universal de todas las gracias, sino que la consideran *verdad de fe o próxima a la fe*, o, al menos, *definible* por la Iglesia.

Recogiendo los datos de la Sagrada Escritura y de la Tradición cristiana, el Magisterio Ordinario de la Iglesia —sobre todo desde el siglo XVIII— ha expresado repetidas veces, clara e inequívocamente, la doctrina de la Mediación Universal de María en su doble aspecto: adquisitivo y distributivo.

Son numerosos los textos de los Sumos Pontífices. Para estudio y meditación de los lectores y no alargarnos aquí, los recogemos al final.

Casi todos los doctores católicos, principalmente desde el siglo XIX, defienden con unanimidad la intervención actual y universal, o sea, la Mediación de María en la obtención y dispensación de todas las gracias.

Encuentran su apoyo en las palabras del Génesis: *Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu linaje y su linaje; ella quebrantará tu cabeza y tú pondrás asechanzas a su calcañar.*

Aquí se habla, como ya se ha dicho muchas veces, de María Inmaculada unida a Cristo Redentor en su lucha contra el demonio, es decir, en sostener enemistades contra él y conseguir sobre el mismo la victoria más completa.

Ahora bien, la participación de la Madre de Dios con su divino Hijo en hacer esta guerra al demonio y arrancarle el triunfo no es completa con la sola cooperación radical de María por la maternidad física; ni siquiera con su próxima cooperación a la obra redentora, por lo que hace a la adquisición de las gracias, sino que pide la actual intervención de María en la distribución de las mismas, como frutos singulares de la redención humana.

Y la razón es ésta: aunque la redención *objetiva* quedó consumada en la Cruz, pagado que fue allí totalmente el precio de nuestra satisfacción, con lo que Cristo derrotó a Satanás, triunfando de él plenamente, es necesaria, sin embargo, la redención *subjetiva*, por la que sus gracias son aplicadas a los hombres.

Una y otra redención, objetiva y subjetiva, constituyen un todo completo, una obra total de salvación, de tal manera que con la sola redención objetiva nadie hubiera sido reintegrado al orden sobrenatural.

Si solamente se hubiese pagado el precio de nuestra redención con la muerte de Cristo, todos pereceríamos; porque la Redención tiende directamente a incorporar todos los hombres a Cristo y a instaurar en Él cuanto existe en los cielos y en la tierra.

Cualquiera gracia es principio de incorporación a Cristo, de instauración de su reino y de destrucción de las obras del diablo, haciendo que el triunfo y la enemistad contra la vieja serpiente sea constante y perpetuo, cosa que exige la intervención actual de María en la distribución de las gracias.

+++

Como es conocido por todos, la doctrina de la cooperación de la Santísima Virgen en la distribución de las gracias, durante los siglos XVI y XVII, sufrió ataques insidiosos, no pequeños, por parte de protestantes y jansenistas, quienes conspiraban a una por enfriar la devoción de los cristianos hacia la Santísima Virgen y eclipsar en sus almas la luz de tan gloriosa prerrogativa.

A partir del conciliábulo vaticanesco se repite la historieta, principalmente en nuestros días por medio de Jorge Mario Bergoglio...

Pero Dios concedió a la Iglesia muchos y esforzados maestros, escritores y predicadores que, defendiendo a la Madre contra sus enemigos, fomentaran intensamente su devoción y culto y trabajaran por extender la doctrina de la cooperación de María en la dispensación de las gracias..., refutando no sólo a los herejes de entonces, sino también por adelantado a los hodiernos...

Cuando el día 8 de diciembre de 1854 el Papa **Pío IX** definió solemnemente, con el aplauso de todo el orbe católico, la Concepción Inmaculada de la Santísima Virgen María, llevó a cabo un acto verdaderamente trascendental, no sólo por la afirmación dogmática de tan excelsa prerrogativa mariana, sino también porque **enunció y declaró auténticamente el principio de la asociación de María Inmaculada con Cristo Redentor en la obra de la redención humana, como doctrina tradicional de la Iglesia.**

Documento preciosísimo, que, juntamente con las Encíclicas marianas de **León XIII** y los textos de los **Pontífices posteriores**, estimuló y enardeció a los teólogos para que estudiaran más a fondo y expusieran más claramente los privilegios de la Virgen, sobre todo su altísima prerrogativa de Dispensadora de todas las gracias.

A esto se agrega el sentir y la piedad de los fieles que, como por común instinto y devoción, ya justos, ya pecadores, en todo tiempo y lugar, acuden confiadamente a María Mediadora, en súplica fervorosa de todos los bienes y beneficios, espirituales y corporales.

De aquí se sigue la frecuente y aun cotidiana invocación a María, privada y pública, de los cristianos y la devoción hacia la Santísima Virgen, tan grata a la piedad católica; tantos monumentos, capillas, pinturas, imágenes, expresión auténtica de la piedad mariana del pueblo fiel y de su confianza en la protección de María; tantos escritos, libros, devocionarios, himnos y canciones populares que en sus alabanzas aclaman a María como Mediadora de todos los bienes y Ayuda de nuestra salvación.

+++

Por lo tanto, debemos confesar que, por libre disposición de Dios, que quiso asociar a María Santísima a la obra de la redención en calidad de Corredentora, Ella ha sido constituida también por el mismo Dios Dispensadora universal de todas las gracias que se han concedido o se concederán a los hombres hasta el fin de los siglos.

Esta doctrina se desprende con toda naturalidad y sencillez de los grandes títulos y principios marianos:

María es Madre de Dios. Luego nada tiene de extraño que María tenga una cierta comunidad de bienes con su divino Hijo y pueda disponer de ellos con el filial beneplácito de Él.

María es Madre espiritual de los hombres. Y esta maternidad exige, de algún modo, el oficio de preparar y dar a todos la gracia, por la cual han de ser engendrados a nueva vida y llevados por el crecimiento conveniente a su completo desarrollo y perfección, porque perfeccionar al ser es propio de quien le dio la existencia. Luego nada más natural que nos alcance y distribuya todo cuanto necesitamos para la conservación y desarrollo de la gracia hasta su consumación definitiva en el Cielo.

María es Corredentora. Cristo Redentor nos mereció de condigno todas las gracias y auxilios necesarios para la salvación, y María, asociada al Redentor, las ganó también para nosotros con sus propios merecimientos. Ahora bien, es lógico, dice Santo Tomás, que el que adquiere bienes para otros, los dispense por sí mismo. Luego, la Corredentora intervino, no sólo en la *adquisición* de la gracia para nosotros al pie de la Cruz, sino que lo sigue haciendo en la *distribución* de la misma en el transcurso de los siglos.

Es que la Redención completa tiene dos fases: la *objetiva* y la *subjetiva*; por la primera se adquiere y se acumulan las gracias; por la segunda son distribuidas a cada uno de los redimidos.

Si en el primer aspecto va la Virgen íntimamente unida al Redentor, ¿por qué hemos de separarla en el segundo?

Además, María es Reina, Ella tiene verdadero dominio sobre todo el universo. Ella ordena y dirige los hombres al fin supremo de la salvación eterna. Ahora bien, la Santísima Virgen no puede ejercer esa función regia de dirigir a los hombres al fin sobrenatural de la vida eterna si no es interviniendo en la dispensación de las gracias a todos y a cada uno de los hombres.

También interviene el Principio de eminencia. Si los Santos pueden impetrar e impetran de hecho de Dios muchas gracias para nosotros, nada tiene de extraño que María pueda impetrarlas *todas*, siendo como es la Santa de los Santos, y, además, Madre dulcísima de todos ellos.

Finalmente, el Principio de analogía o de semejanza entre Cristo y María. Mediador universal el Hijo, por naturaleza; Mediadora universal la Madre, por gracia.

+++

He aquí lo que dice **León XIII**: "Y mucho más conoce y penetra María todas nuestras cosas; conoce cuáles son los auxilios que necesitamos para la vida, los peligros que privada y públicamente nos amenazan, los apuros y males en que vivimos, lo terrible y duro de nuestra lucha con los enemigos de la salvación del alma; en estas y otras dificultades de la vida, ella puede y desea ardentemente prodigarnos en abundancia, como a hijos suyos carísimos, el consuelo, la fortaleza y demás auxilios de todo género".

El ejercicio completo del oficio de Dispensadora de las gracias lo tiene la Santísima Virgen desde el día de su gloriosa Asunción a los Cielos. Desde entonces viene ejerciéndolo con plena perfección para con todos y cada uno de los hombres y en todas y cada una de las gracias que al mundo se conceden, porque, iluminada ya con la luz de la gloria, conoce clara y distintamente, en cualquier momento, todas las necesidades humanas.

Y, en verdad, la Bienaventurada María, una vez en el Cielo, contempla la esencia de Dios más clara y perfectamente que cualquiera otra criatura. Ahora bien: los Bienaventurados conocen y ven en Dios todo lo que les conviene de algún modo y todo lo que especialmente les atañe.

Luego, por las razones ya expuestas, es indudable que la Santísima Virgen debe conocer cuanto a la salvación de los hombres se refiere; y, por tanto, saber ciertamente todas y cada una de las cosas que bajo este aspecto se relacionan con todos y cada uno de los hombres, todas sus necesidades y peligros; en una palabra, todo lo que puede promover o retardar su santificación.

A este singular conocimiento que María recibe de la visión de Dios acompaña un poder extraordinario, y al poder, un amor inefable.

En una palabra, y como veremos Dios mediante el domingo próximo, todo lo sabe esta Virgen prudentísima, Sede de la Sabiduría; todo lo puede esta Virgen poderosa; y, pudiéndolo todo, lo dará todo esta Madre amable, esta Madre de misericordia, esta Virgen clementísima.

+++

Es indudable que los hombres, después del primer pecado, recibieron todas las gracias o auxilios necesarios para salvarse por los méritos de Cristo Redentor, existentes en la presencia de Dios, a los que iban unidos los de María Corredentora.

Y no hay inconveniente en afirmar que Cristo, antes de hacerse hombre, es Cabeza de los que le precedieron en la existencia, porque todos ellos recibieron la fe, la gracia y los demás dones sobrenaturales por los méritos de Cristo Redentor, previstos y conocidos por Dios, y como efecto anticipado de su Pasión.

Esto mismo ha de afirmarse de la Virgen, Madre de Dios y Corredentora, con respecto a los hombres que la precedieron en la tierra.

Porque la Virgen es Madre espiritual de todos aquellos de quienes Cristo es Cabeza, y Cristo es Cabeza de todos los hombres, en cualquiera época del mundo.

Y así como la regeneración espiritual, por la cual se recibe la gracia, se realiza en los Santos del Nuevo Testamento por la fe viva en el Verbo encarnado de María, del mismo modo, en los del Antiguo Testamento la regeneración espiritual se hacía por la fe en el Verbo que había de encarnarse. Esta encarnación tuvo lugar en la Santísima Virgen. Luego María es, por la gracia, Madre de todos los regenerados espiritualmente.

+++

La intercesión es la expresión de la propia voluntad dirigida a Dios para que Dios la cumpla. Por tanto, la intercesión de María en esta materia es la expresión del deseo que tiene de que Dios confiera la gracia.

Pero la intercesión de la Virgen, Madre de Dios, tiene de singular no sólo el poder de pedir las gracias, sino también el de disponer de todas ellas.

Porque la intercesión de María debe compararse, salva siempre la proporción debida, a la interpelación de Cristo, que es el deseo de nuestra salvación o la manifestación de su voluntad redentora, a la que compete el derecho de disponer de los frutos de la Redención, de modo que, con sólo quererlo, dispone Cristo de aquellas gracias, las dispensa y las hace llegar a nosotros.

De una manera semejante, María, asociada a Cristo en la Redención, coopera a la dispensación de las gracias intercediendo o expresando a Cristo, y con Cristo a Dios, su voluntad de conferir estas o aquellas gracias.

Esta expresión de la voluntad es, por disposición divina, suficiente para que María disponga de las gracias y sea causa eficaz de que se confieran a los hombres.

Y María Mediadora jamás queda defraudada en su intercesión o expresión de su deseo, sino siempre es complacida en lo que pide, por estas dos principalísimas razones:

a) Por su Maternidad divina, de la cual brotan relaciones inefables entre ella y el Padre celestial, con el que tiene común al mismo Hijo; entre Ella y el Espíritu Santo, por cuya virtud divina concibió en su seno a Cristo Salvador, Dios y Hombre; entre Ella y el Hijo, con quien, al interceder por nosotros, hace uso de su derecho materno, al que responde en Cristo cierta obligación de conceder siempre lo que pide.

b) Por su consorcio con Cristo en la obra de la Redención, ya que, unida íntimamente a Él, mereció María todas las gracias redentoras que Cristo mereciera, teniendo con Él la misma voluntad de redención para todos.

La intercesión de María ante la omnipotencia de Dios es siempre eficacísima, de suerte que María no pide jamás a Dios una sola gracia que no la obtenga de Él infaliblemente.

De ahí su título gloriosísimo de *Omnipotencia suplicante* con que la designa frecuentemente la Tradición y el Magisterio de la Iglesia.

La conclusión de todo cuanto venimos diciendo no puede ser más alentadora: *la Madre obtiene infaliblemente del Hijo la plena realización de sus deseos.*

Gracia pedida, gracia obtenida.

Puede ocurrir, sin embargo, que el sujeto por quien aboga María no tenga las debidas disposiciones. La concesión se dilatará entonces hasta que todo esté en su punto.

Es ocioso advertir que la merced será denegada si fuese en perjuicio del alma (v.gr., la salud corporal, de la que habría de usar mal, etc.).

En estos casos no se da la intercesión de María, es decir, María nunca pide lo que sabe que nos perjudicaría espiritualmente.

La intercesión constante de María armoniza con el orden querido por Dios. Pues, en primer lugar, es la ejecución de un decreto general de la divinidad; y, en segundo lugar, respeta Ella soberanamente los decretos particulares con relación a cada alma individual.

Es cierto que, sin la intercesión de María, la justicia de Dios seguiría su curso, pero *Dios mismo quiere que la Virgen recurra a su misericordia.*

Se proclama también que la Virgen obtiene todas las gracias que quiere, a quien Ella quiere y de la manera que quiere. Afirmaciones muy justas, con tal que no presten a María como una especie de caprichos maternos que prevalecerían contra los justos deseos del Padre.

La Virgen no puede tener otra voluntad que la voluntad de Dios, y los favores que Ella solicita para sus protegidos los pide sabiendo que Dios quiere que Ella los pida, y que los concede solamente porque Ella los pide.

Esta hermosa doctrina resuelve todas las dificultades que se podrían objetar contra la distribución universal por parte de María de todas y cada una de las gracias que reciben los hombres de la infinita bondad de Dios, único autor de las mismas.

+++

Concluyamos, pues, que es Dios quien claramente manifiesta su voluntad. Pudo redimirnos sin María Santísima, y no lo quiso...

Luego, aunque pueda, tampoco quiere santificarnos sin María Santísima.

Grande es la devoción que debemos tener a Nuestra Madre por mil razones y mil motivos, pero difícilmente encontraremos uno que tanto nos deba mover a ello como éste, pues, en cierto modo, como vemos, abarca a todos los demás.

Tengamos en cuenta, una vez más que, ante los eventos inminentes, los comunes e invariables (como son la familia, los hijos, lo económico, lo material, la enfermedad, la muerte...), así como los que son propios del tiempo que nos toca vivir (la apostasía generalizada, el epílogo del misterio de iniquidad y la llegada del Anticristo...), en vista de estos sucesos es muy probable que muchas o todas nuestras "seguridades" se pierdan..., y con ellas "nuestras esperanzas"..., e incluso La Esperanza...

Y, precisamente por eso, es importante y necesario tener presente que, de la misma manera que Nuestra Reina y Madre auxilió a los creyentes de todas las épocas, lo mismo hará con los fieles de hoy en día, ya sea guardándolos de algunos acontecimientos, o bien dándoles la fortaleza necesaria para sobrellevarlos.

Es indispensable destacar que María Santísima domina como soberana todos los tiempos de nuestra historia, y, particularmente, el período más temible para las almas: el momento de la venida del

Anticristo... Estos son los tiempos de la victoria, de la redención plenaria de Jesucristo y de la intercesión soberana de María.

Bienaventurados los que participan y profesan esta Fe; bienaventurados los que escudriñan las Sagradas Escrituras (cómo se nos ha mandado, en vez de perder el tiempo luchando contra lo que ya no hay tiempo de combatir), y por eso saben, aunque en el claroscuro de la Fe, que el final es hermoso. Ellos son bendecidos por tener Fe, ya que los mismos eventos serán insoportables para los incrédulos.

La comprensión de la misión de Nuestra Señora dispensará mucha luz e infundirá mucha fortaleza para seguir el camino trazado por Dios, al mismo tiempo que dispondrá las almas para recibir los méritos obtenidos por Ella y alcanzar su auxilio y protección.

Por amor y gratitud a esta excelsa Mediadora, hasta por conveniencia y utilidad propia, debemos tenerle grandísima devoción.

Sin Ella no conseguiremos acercarnos a Jesús; no es posible que acertemos a hablarle; además, nuestras súplicas sin María, no pueden ni merecen ser atendidas.

Dios se nos da por medio de Ella; por Ella debemos, pues, ir nosotros a Dios, y darnos y entregarnos totalmente a Ella para que Ella nos lleve a Dios.

¡Qué camino tan fácil, tan seguro, tan hermoso y consolador!

¡Animémonos!... Y, de una vez y para siempre, pongámonos en sus manos... Demos a nuestra Madre y Reina la llave de nuestro corazón..., para que Ella disponga de nosotros como quiera... Porque siempre será como más nos convenga.

Pidámosle nos dé alguna parte de las gracias que Ella tiene...; pero, en especial, pidámosle la de saber amar, con Ella y por Ella, al Señor en la vida y en la muerte..., en el tiempo y en la eternidad...

+++

APÉNDICE

Textos de los Sumos Pontífices que enseñan

la Mediación Universal de María Santísima

Benedicto XIV: "La Virgen es el río celestial por donde pasa y llega hasta el abismo de las miserias humanas el torrente de todos los dones y de las gracias todas".

Pío VII: "Lo que la beatísima y gloriosa Virgen María, Madre de Dios, inspirada por el Espíritu Santo, profetizó de sí misma, al decir que la llamarían bienaventurada todos los pueblos, se ha cumplido, no solamente en los primeros siglos de la Iglesia, que levantaron por todo el orbe templos y altares en su honor, sino también en nuestros tiempos, ya que, aumentada de día en día

la piedad de los fieles hacia nuestra amantísima Madre y dispensadora de todas las gracias, han ido sucediéndose unos a otros, y con fervor de devoción creciente, los monumentos a ella dedicados".

Pío IX: "Todos sabéis, venerables hermanos, que hemos puesto en la Santísima Virgen toda nuestra confianza, porque Dios le ha dado a ella la plenitud de todo bien, y, por tanto, si tenemos algo de esperanza, de gracia, de salvación, sabemos que de ella redundan en nosotros..., puesto que ése es el deseo del que quiso que nosotros lo tuviéramos todo por María".

"... Poderosísima mediadora y conciliadora de todo el orbe de la tierra ante su Unigénito Hijo..."

León XIII: "Nada encontramos más alto ni de mayor precio que el que la excelsa Madre de Dios, María Santísima, abogada de nuestra paz para con Dios y administradora de las gracias celestiales, colocada en los cielos sobre el trono más alto del poder y de la gloria, haya merecido, por su piedad y religión, dispensar a los hombres el socorro de su patrocinio en la conquista peligrosa y esforzada de aquella ciudad eterna".

"Por todo lo cual, no menos verdadera y propiamente puede afirmarse que nada absolutamente de aquel gran tesoro de gracia ganado por Jesucristo, ya que la gracia y la verdad es hecha por Jesucristo, se nos da sino por María, según voluntad del mismo Dios; de tal manera que así como nadie puede llegar al Padre sino por el Hijo, casi del mismo modo nadie puede llegar a Cristo sino por María".

Esta doctrina vuelve a inculcarla el mismo Pontífice al hablar de la eficacia del santísimo rosario: "Precede, como es justo, la oración dominical al Padre, que está en los cielos, y después de haberle invocado con las más hermosas peticiones, la voz suplicante se vuelve desde el trono de Su Majestad a María, conforme a esta ley de misericordia y oración de que venimos hablando, y que San Bernardino de Siena formula en estas palabras: "Toda gracia que se comunica a este mundo lleva este triple y ordenadísimo proceso: de Dios, a Cristo; de Cristo, a la Virgen; de la Virgen, a nosotros".

Al año siguiente repite estas mismas enseñanzas: "Por disposición divina, de tal modo empezó a velar por la Iglesia, que la que había sido cooperadora del misterio de la redención fuera igualmente dispensadora de todas las gracias que de él habían de derivarse en todo tiempo, habiéndosela otorgado para ello una potestad casi inmensa... Se la ha llamado, entre otros muchos nombres, nuestra Señora, nuestra Mediadora, la Reparadora del mundo, la Dispensadora de las gracias de Dios".

"De ella, como de conducto abundantísimo, sale la celestial bebida de las gracias: en sus manos están los tesoros de las misericordias divinas. Dios ha querido que sea el principio de todos los bienes".

"Hemos de mirar los planes divinos con gran respeto. El eterno Hijo de Dios, queriendo tomar la humana naturaleza para redimir y glorificar al hombre, y estando a punto de desposarse de alguna manera místicamente con el universal linaje de los hombres, no lo realizó sin el libre consentimiento de la Madre designada para ello, que, en cierto modo, desempeñaba el papel del mismo linaje humano, conforme a la brillante y verdaderísima sentencia del Aquinate: Por la anunciación se aguardaba el consentimiento de la Virgen, que hacía las veces de toda la naturaleza humana. De donde se da pie para afirmar, con no menor verdad que propiedad, que del inmenso tesoro de

todas las gracias que trajo el Señor — pues la gracia y la verdad nos vinieron por Jesucristo— no se nos distribuye nada por la divina voluntad, sino por María. De suerte que así como nadie puede ir al Padre soberano sino por el Hijo, de la misma manera nadie puede acercarse a Cristo sino por la Madre”.

San Pío X: "Por esta comunión de dolores y voluntades entre María y Cristo, mereció ser María dignísima reparadora del orbe caído, y, por tanto, la dispensadora de todos los dones que Jesús con su muerte y sangre nos ganara. Reconocemos, ciertamente, que la dispensación de los dones pertenece a Cristo por derecho propio y exclusivo, puesto que los adquirió con su muerte y Él es potestativamente el mediador de Dios y de los hombres. No obstante, por aquella comunión de dolores y miserias de la Madre con el Hijo, se le concedió a esta Virgen augusta ser la mediadora y conciliadora poderosísima de todo el orbe para con su Hijo unigénito. Por tanto, Cristo es la fuente *de cuya plenitud recibimos todos...*; pero María, por su caridad, como dice muy bien San Bernardo, es el acueducto o el cuello por donde se une el cuerpo a la cabeza y por donde la cabeza hace llegar al cuerpo toda su virtud y eficacia. Ella es el cuello de nuestra Cabeza, por el que se comunican a su cuerpo místico todos los dones espirituales".

Benedicto XV: "Y si, por este motivo de la compasión de María con Cristo, las gracias que el género humano percibe del tesoro de la redención son distribuidas personalmente por la misma Virgen dolorosa, claramente se deduce que de ella ha de esperarse para los hombres el don de una muerte santa, ya que con esto se completa en cada uno eficaz y perpetuamente la obra de la redención humana".

"Todas las gracias que el Autor de todo bien se digna conceder a los pobres descendientes de Adán, por un misericordioso consejo de la divina Providencia, son distribuidas por las manos de la Santísima Virgen"

"Habiendo sido elegida la Santísima Virgen María, por tantos y tan grandes merecimientos, Madre de Dios y habiendo sido constituida al mismo tiempo por Dios mediadora de las gracias en favor de los hombres"

Benedicto XV instituyó la fiesta litúrgica de María Mediadora de todas las gracias, con Misa y Oficio para las diócesis y órdenes religiosas que la pidieran.

Pío XI: En la carta de 2 de marzo de 1922 llama expresamente a la Virgen Mediadora ante Dios de todas las gracias.

Para demostrar hasta qué punto llevaba en el corazón esa doctrina, instituyó, apenas llegado al solio pontificio, tres comisiones de teólogos —una belga, una española y una romana—, confiándoles el estudio de la definibilidad dogmática de esa doctrina. Se sabe que las tres comisiones dieron un voto favorable.

Pío XI exhorta a los fieles a que, en la sagrada festividad del Corazón divino, "confesando su fe firme, su esperanza cierta, su caridad ardiente, pidan con fervor al mismo Corazón santísimo, por mediación del poderoso patrocinio de la Virgen Madre de Dios, mediadora de todas las gracias, por sí mismos cada uno, por la patria, por la Iglesia, por el Vicario de Cristo y por los demás pastores, unidos a él en el gravísimo oficio de la dirección de las almas".

Y en otro lugar: "Fue siempre tradicional en los católicos acudir a María en las horas difíciles y en los tiempos de peligro y descansar en su bondad de Madre. Pues ella, Madre de Dios y administradora de las gracias celestiales, ha sido colocada en los cielos sobre el más excelso trono del poder y de la gloria, para conceder el socorro de su patrocinio a los hombres en su peregrinación por la tierra, llena siempre de trabajos y peligros".

"En cuya oración ante Cristo confiamos Nos, que, aun siendo el único Mediador de Dios y de los hombres, quiso asociarse a su Madre como abogada de los pecadores y administradora y mediadora de la gracia".

Pío XII: "Ella nos enseña todas las virtudes, nos da a su Hijo, y con Él todos los auxilios que nos son necesarios, porque Dios ha querido que todo lo tuviésemos por medio de María".

"Bendito sea el Señor, y con el Señor sea bendita aquella que Él constituyó Madre de Misericordia, Reina y Abogada nuestra amorosísima, Mediadora de sus gracias y Dispensadora de sus tesoros."

"Asociada como Madre y Ministra al Rey de los mártires en la obra inefable de la humana redención, le queda para siempre asociada, con un poder casi inmenso, en la distribución de las gracias que se derivan de la redención".

FIESTA DE LA ASUNCIÓN A LOS CIELOS

DE LA BIENAVENTURADA SIEMPRE VIRGEN MARÍA

Triple Corona de María Reina

Entre todos los privilegios marianos, la Inmaculada Concepción y la Asunción a los Cielos en cuerpo y alma son dos misterios de la vida de la Santísima Virgen que tienen entre sí íntima relación.

La Iglesia señala a los dos y los hace resaltar sobre todos los demás, conservando estas Fiestas como de precepto, aun después de haber suprimido otras de la Virgen.

La Inmaculada y la Asunción son el principio y el término de la vida de María en la tierra; y estos extremos están tan unidos entre sí, que el uno viene a ser como la causa o razón del otro.

Si es Inmaculada, no puede quedar en el sepulcro..., necesariamente ha de subir al Cielo.

La Concepción Inmaculada, es un privilegio..., una excepción de la regla general del pecado con el que todos somos concebidos.

La Asunción es otra excepción de la regla general, que todos hemos de seguir en nuestra muerte.

Por eso, María, más que morir, lo que hace es dejar su mortalidad en la tumba; y así como fue concebida a la gracia, a través de la muerte del pecado, venciendo al demonio..., así fue concebida a la gloria, a través de la muerte del cuerpo, pero venciendo a la muerte.

No fue nunca esclava del pecado, ni en su Concepción; y por eso fue Inmaculada; no pudo ser jamás esclava de la muerte; y por eso fue asunta al Cielo en cuerpo y alma.

Así, pues, la Asunción de la Santísima Virgen es el complemento necesario de su Concepción Inmaculada.

+++

Contemplando ya el misterio, ¿quién podrá conocer aquí en la tierra lo que pasó al entrar la Virgen en el Cielo?

Imaginémonos escuchar nuevamente a su llegada aquel diálogo que se entabló entre los Ángeles cuando la Ascensión del Señor: Abrid vuestras puertas, gritarían los Ángeles que la acompañaban, vuestras puertas, príncipes de la gloria; y vosotras levantaos, puertas eternas, y dad paso a la Reina del Cielo...

E inmediatamente todas las puertas se franquearon. Y entonces, con inexplicable pompa y majestad, entraría la Soberana en aquella gloriosa Corte.

Contemplemos a todos los cortesanos del Cielo correr a porfía a contemplar a la Reina; y al verla tan hermosa, unos a otros se preguntarían: ¿Quién es ésta que, del desierto del mundo, lugar de abrojos y espinas, se levanta a estas alturas, no sostenida por manos de Ángeles, sino apoyada en los brazos del mismo Dios?

Y otros responderían: Es la Madre de nuestro Dios y de nuestro Rey..., la Santa de los Santos..., la pura..., la Inmaculada..., la obra más hermosa de la Creación entera..., la que va a ser coronada como Reina nuestra.

Escuchemos cómo entonces, tomando todos en sus bocas angélicas las palabras del Arcángel San Gabriel, responderían en un coro unísono, formidable, que haría temblar de emoción y entusiasmo al Cielo, diciéndole: Dios te salve, la llena de gracia... Bienvenida seas a esta gloria, a llenarla con tu hermosura y santidad... Porque Tú siempre estás con Dios y Dios siempre contigo... Por eso eres la bendita entre todas las criaturas, y vas ahora a sentarte en el trono más alto, el más cercano que puede existir junto a Dios.

Unámonos a los Ángeles, alegrémonos con ellos; más que ellos aún, pues, si ellos la llaman Reina, nosotros podemos llamarla Madre...

Y tengamos un santo orgullo al ver así a nuestra Madre, al verla entrar así en la gloria, más espléndida que la aurora, más bella que la luna, más clara y brillante que el sol, temible como un ejército en orden de batalla, aclamada por todas las jerarquías y coros angélicos.

+++

Todo esto, con ser tan hermoso, no ha sido más que la entrada; ya que la gran apoteosis se verificó cuando el Dios del Cielo, saliendo a su encuentro, la invitó a sentarse en el trono que a su dignidad de Madre de Dios correspondía, y a ser coronada como Reina.

Contemplémosla modestísima, recogida en su interior, avanzar de la mano de Dios, subir las gradas de su Trono, sentarse en él; y allí ser coronada por el Padre, con la corona de Potestad; por el Hijo, con la corona de Sabiduría; y por el Espíritu Santo, con la corona de Misericordia.

Y así coronada, recibe el homenaje de todos los habitantes del Cielo. El Padre la ensalza como a su Hija predilecta...; el Hijo abraza a su Madre virginal...; el Espíritu Santo exalta a purísima Esposa... Y en seguida, llegarían las vírgenes y la saludarían como a Virgen de Vírgenes...; los Mártires como a Capitana que, al pie de la Cruz, les había dado ejemplo de sufrimiento y de martirio...; los Profetas, la reconocieron como a la mujer prodigiosa que ellos anunciaron...; los Patriarcas, como al objeto de sus esperanzas y santas impacencias...; los Ángeles, con todas sus jerarquías, como a su Reina y Señora...; y llegarían Adán y Eva, y la bendecirían por lo bien que había sabido reparar su pecado..., pues por Ella sus hijos habían dejado de ser hijos de maldición...; y su prima Santa Isabel...; y sus padres queridos San Joaquín y Santa Ana...; y su mismo Esposo San José.

Contemplemos a la humildísima Virgen así exaltada y sublimada, repitiendo sin cesar su cántico de agradecimiento a Dios: *Magnificat...* ¡Qué bien se entienden ahora aquellas palabras!: *Porque miró la humildad de su esclava..., por eso ha hecho en mí grandes cosas el que es Todopoderoso... y así me llamarán bienaventurada todas las generaciones...*

No nos contentemos con admirarla en su grandioso triunfo, ni en cantar su poder y grandeza...; pidámosle que nos enseñe el camino de la más profunda humildad, a imitación suya; pues María, coronada en el Cielo, es el cumplimiento más exacto de las palabras de Dios: *El que se humilla, será ensalzado.*

+++

María Reina fue coronada, pues, con la triple corona de Poder, de la Sabiduría y de Misericordia. Detengámonos a considerar la grandeza y hermosura de esta triple corona.

Recordemos, ante todo, el poder infinito de Dios. Con razón se le llama Omnipotente. Todo lo puede, no hay nada que se oponga a su voluntad.

A veces nos parece que los hombres también pueden mucho. ¡Cuántos inventos y qué sorprendentes! ¡Cuánto ingenio y poder se ve en ellos! Y, no obstante, ¡qué ridículo es el poder de los hombres comparado con el de Dios! Cuando parece que pueden más, es cuando su impotencia se manifiesta en las dificultades que encuentra en su camino y que muchas veces no pueden vencer. ¡Cuántas veces queremos una cosa y no podemos conseguirla! Y, al contrario, ¡cuántas veces la queremos detener o evitar y nos resulta imposible!

En cambio, consideremos el poder de Dios, sin límites de ninguna clase. Lo que quiso, lo hizo; y lo hizo todo cuando quiso y como quiso, sin más límites que su voluntad divina. No le costó esfuerzo alguno la creación entera; no se cansó ni fatigó lo más mínimo; ni fue preciso mucho tiempo; todo fue de repente, instantáneo, de la nada hizo brotar todo, sólo con quererlo.

Él todo lo conserva, todo está en sus manos; de suerte que, para reducir a toda la creación a la nada, no tiene más que retirar sus manos, dejarnos un instante solos.

Todo, todo..., la vida y la muerte..., la salud y la enfermedad..., el tiempo y la eternidad..., todo le está sujeto..., en todo domina..., todo le obedece...

Pues bien, contemplemos ahora esta omnipotencia toda entera traspasada o comunicada a la Santísima Virgen.

El Padre Eterno se goza en coronar, con corona de poder, las sienes de la Virgen; la eleva a la altura de su misma omnipotencia, y le da parte en los secretos de su potestad.

Ya María Reina tiene todo poder sobre las criaturas del Cielo, de la tierra y de los abismos.

Dios quiso premiarla, y no encontró nada mejor que darle el don de la corona de suprema potestad; para que, así como Dios es omnipotente por naturaleza, María lo fuera también por gracia.

Ahora sí que la podemos llamar, con toda verdad, Emperatriz del Cielo, Reina de la tierra, Señora de todo lo creado.

¡Qué consuelo para nuestra alma pensar en que nuestra Madre es una Reina tan poderosa!

¡Qué confianza debe inspirarnos!

Porque, ¿qué adelantáramos con que Ella quisiera ayudarnos en nuestras miserias, si no pudiese?

¿Cómo poner en Ella nuestra esperanza, si dudásemos de su poder?

Pero no, no lo dudemos; como Madre quiere..., como Reina puede... Luego no es posible dudar de su ayuda, de su poderosísimo patrocinio.

Consideremos efectivamente cómo de hecho usa sin cesar de su poder en favor nuestro. Su omnipotencia no es tan sólo un título de gloria, no es algo meramente honorífico, sin utilidad práctica; nada de eso. Ni un momento está inactivo el poder de María.

La medida de su poder es su voluntad; pero esta voluntad está inseparablemente unida a la voluntad divina. Puede todo lo que quiere; pero ni quiere, ni puede querer, más que lo que quiere Dios.

Y como Dios quiere salvar al mundo, quiere santificar las almas, en eso, sobre todo, ejercita Ella toda la fuerza inmensa de su poder.

¡Cuántos pecadores por Ella se han arrepentido! ¡Los Santos a Ella deben su santidad! ¡Cuántas gracias han dado sus manos a los que en Ella han confiado!

Demos gracias a Dios por esta magnífica corona que ha colocado en la cabeza de la Santísima Virgen, pues, si para Ella es corona gloriosa, para nosotros es muy provechosa.

Alegrémonos, con nuestra Madre querida, al verla de este modo exaltada hasta participar del poder del mismo Dios; y repitamos muchas veces: La Reina del Cielo es mi Madre.

No lo olvidemos nunca, pero, sobre todo, cuando más necesidad tengamos, de que con Ella nada nos faltará; y que, para ayudarnos hará todo lo que sea necesario, pues hasta milagros y prodigios no la detienen, ya que nada la cuesta hacerlos.

Que esta confianza aliente toda nuestra vida, y nunca nos dejemos llevar del desaliento.

+++

El Verbo Divino es el Hijo de Dios, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, la Sabiduría de Dios; por eso es el Verbo, esto es, la Palabra increada de Dios. Ésta es la razón por la cual a Él se atribuye especialmente la Sabiduría.

Pues bien, este Hijo de Dios, es a la vez Hijo de María. Por consiguiente, ¿qué cosa más natural que, al coronar a su Madre, se apresurara a colocar en aquella magnífica corona, su don peculiar de la Sabiduría?

Y ¿cuál es y cuánta es esta Sabiduría? ¿Cómo responderá el hombre a esta pregunta?

Por todas partes nos rodea el misterio, no sólo en el orden sobrenatural, en el cual sin la revelación divina nada sabríamos, sino en el mismo orden natural. ¡Qué poquito es lo que sabemos los hombres!

Conocemos los efectos de muchas cosas, de la luz, del calor, de la electricidad, pero su esencia verdadera es, la mayor parte de las veces, un misterio.

Elevemos los ojos a Dios y contemplemos aquella Sabiduría, que todo lo sabe, todo lo conoce, lo de ahora presente, lo pasado, lo futuro, lo actual y lo posible, lo que será y lo que no será.

Pero, más que nada, pensemos que para esta sabiduría no tiene secretos la misma esencia infinita de Dios..., y que la conoce desde la eternidad... ¿Cómo, pues, podremos nosotros vislumbrar, ni siquiera de lejos, lo que es esta divina sabiduría?

Tratemos de abismarnos en el misterio incomprensible de la comunicación de esta Sabiduría que hace el Verbo divino a Madre Santísima.

Después de admitida al conocimiento de los arcanos de la divinidad, ¿cuál será la sabiduría de la Santísima Virgen, de tal modo que para Ella tampoco, en cuanto es posible decir esto de una criatura, haya secretos en Dios, que Ella no sepa y conozca?

¡Cómo comprende ahora todo el plan de la creación..., y el de la Redención, en todos sus mínimos detalles..., y el de la santificación de las almas...!

¡Qué bien entiende el porqué de todas las cosas que ha vivido Ella en la tierra, y la razón de ser de todos los acontecimientos!

¡Cómo alaba a Dios al ver la infinita Sabiduría que tan magníficamente lo ha concebido todo y dispuesto con tanto orden, tanta armonía, aunque ésta, muchas veces, no aparezca a los ojos del pobre entendimiento humano!

Reflexionemos, además, cómo el Señor le infundió todo el conocimiento necesario para ayudar a nuestra alma, de suerte que Ella conoce las asechanzas astutas del enemigo, el tiempo y la fuerza de sus tentaciones, nuestras miserias y necesidades, nuestras vacilaciones y desalientos, así como también nuestros buenos deseos y rectas intenciones.

Si pecamos..., ¡qué vergüenza!, pecamos a vista de Nuestra Madre, pues ante sus ojos no hay nadie ni nada que se oculte...

Si obramos bien, Ella lo ve, y lo lleva en cuenta para premiarnos algún día.

Por eso hemos de acudir a Ella para pedirle la luz de la fe; es nuestra Maestra, Sede de la Sabiduría, Madre del Buen Consejo...

Incluso antes de subir al Cielo, ya ejercitó este oficio con aquella naciente Iglesia en el Cenáculo...

¡Cuántas cosas enseñó Ella a los Apóstoles...! ¡Cuántas dudas dispó!... ¡Cuántos detalles de la vida de Cristo les dio a conocer!

Pues bien, ¿qué hará ahora desde el Cielo con la sabiduría y conocimiento tan claro que posee de todos los dogmas de nuestra fe y conoce el contenido de todas las Profecías?

Pensemos..., Ella penetra el contenido de todas las oscuras cuestiones referentes a los últimos tiempos, que tantas fatigas nos causan a nosotros...

Es nuestra Maestra en todas las virtudes, y sabe muy bien las dificultades que nos rodean, conoce muy bien la violencia de las tentaciones que tenemos que sufrir, la fuerza exaltada de nuestras pasiones desbordadas, no ignora nuestra debilidad y miseria...

Por eso tenemos que acudir a Ella. Nadie mejor nos enseñará lo que hemos de hacer, el plan del combate, nuestra línea de conducta.

En fin, conoce todas nuestras desgracias, nuestros pecados, ingratitudes y rebeldías, los sufrimientos y penalidades que esto nos causa, los castigos que nos acarrea...

Pues, vayamos a recordárselos a Ella con gran humildad; no nos disculpemos, ni tratemos de ocultarle nada, porque es inútil. Pidámosle que nos dé un poco de luz, algo de su sabiduría y del conocimiento que Ella tiene para que nos conozcamos bien, conozcamos a Dios y el plan que tiene sobre nuestra vida.

+++

Dios es caridad... Esta es la exactísima y dulcísima definición de Dios. Todo lo que de Dios se puede decir, parece que se condensa en esa palabra divina.

Es la vida más esencial de Dios; porque ésta, como la de los espíritus puros, no consiste más que en el conocer y en el amar. Si Dios es un entender infinito, eterno, incesante..., es también el amor por esencia. Se ama porque se conoce.

Así también quiere Dios ser conocido por los hombres.

Todas las manifestaciones de su vida para con nosotros, son otras tantas expansiones de su amor. La creación, la conservación, la Encarnación, la Redención..., no se entienden ni se explican sin la caridad.

Por tanto, si el amor es la vida de Dios, necesaria y esencialmente se ha de encontrar en las tres divinas Personas. Sin embargo, se da este nombre especialmente al Espíritu Santo, porque así, por vía del amor, procede del Padre y del Hijo.

Pues bien, si el Padre corona a María Reina con su Omnipotencia, y el Hijo la da participación de su Sabiduría, justo era que el Espíritu Santo, al coronarla, la introdujera en el seno que es origen y fuente de todo amor.

Contemplemos a Nuestra Madre querida, hermosísima con la magnífica corona de la Omnipotencia, y con la de la Sabiduría. Pero admiremos cómo brilla ahora con la fuerza interior del fuego del Amor divino con que las tres divinas Personas se abrasan en aquel flujo y reflujo de las olas del amor, en que viven completamente anegadas.

Si Dios es amor, comprenderemos que es María Santísima la que más se le asemeja, porque no hay nadie que ame como Ella.

Dios tenía derecho al amor del corazón del hombre..., y le pidió y le exigió tal amor; pero el hombre, ingrato, se lo negó. Fue necesario que Dios se buscara un corazón que le compensara de aquella falta de amor, que él solo le saciara más que todos los corazones juntos, y le amara con amor más perfecto y verdadero.

Y ese Corazón, donde descansa el amor de Dios y encuentra sus complacencias de una manera satisfactoria y digna de Él, es, después del Corazón de Jesús, el Corazón Inmaculado de María.

Gocémonos de que Dios se vea correspondido, así como se merece, por el amor de la Virgen Inmaculada. ¡Qué gusto, qué alegría da el pensar que hay un corazón que así ame a Dios!

¿Y qué diremos del amor que nos tiene a nosotros?... Nos ama con amor de Madre, y esto basta; todo lo que signifique ternura y encantos maternos, se encuentra intensificado, casi hasta lo infinito, en María.

Comparemos nuestro amor, el amor de las criaturas, con este amor... ¡A qué cosas llamamos los hombres amor!

Fruto de este amor es, ante todo, la certeza y seguridad de su Patrocinio. María ya no puede dejar de amarnos, aunque nos vea indignos de su amor; aunque, hijos ingratos, la lleguemos a dejar y a despreciar, posponiéndola a otros amores terrenos. Su amor divinizado, nos atenderá en todos los instantes difíciles de nuestra existencia...

No olvidemos que, si tiene conocimiento y sabe perfectamente todas nuestras necesidades por su corona de Sabiduría, y si le sobra poder para remediarlas con su Omnipotencia, tampoco le falta la voluntad de hacerlo así, por su Amor.

Repitamos muchas veces el título de *Reina y Madre de misericordia...*

Si es Reina, *sabe y puede...* Si es Madre de bondad, *quiere* remediarnos y ayudarnos... Luego así será.

Nuestro corazón nos lo confirma y nos dice que así ha sido hasta ahora...

Además, Ella, con ese amor suyo, nos enseña a dirigir y encauzar el nuestro a Dios. Hemos de amarlo sobre todas las cosas, de modo tal que prefiramos perderlas todas, antes que ofenderle.

El demonio procurará estorbar con mil medios y pretextos esta dulcísima obligación... ¿Quién nos puede ayudar a cumplirla?... Nuestra Madre. Primero con su ejemplo, que debemos procurar imitar; segundo, amándola a Ella, pues, por su unión con Dios, amarla a Ella es amar a Dios.

No tenemos disculpa alguna para dejar de amar a Dios... Pero, ¿la tendremos para dejar de amar a nuestra Madre y Reina?

Amémosla como hijos y esclavos suyos..., y no consintamos que nadie nos aventaje en este amor.

CORAZÓN INMACULADO Y DOLOROSO DE MARÍA SANTÍSIMA

Dentro del marco del plan que nos hemos trazado, celebramos hoy esta Fiesta tan hermosa del Corazón Inmaculado y Doloroso de María Santísima.

No hay duda, que el tema de esta devoción puede considerarse de dos maneras: su objeto material y su objeto formal.

El primero, el material, es el mismo Corazón físico, real, palpitante de la Santísima Virgen. Un corazón de carne, un corazón humano, un corazón en todo semejante al de los demás hombres.

Y el otro elemento, el formal, consiste en el Amor de la Virgen, la Caridad encerrada en ese purísimo Corazón, y simbolizada por Él.

Por tanto, siempre que hablemos, pensemos, meditemos o tengamos alguna devoción a este purísimo Corazón, entendamos que lo hacemos para honrar el Amor de la Virgen, encerrado en su Corazón, como en un vaso precioso. Su Amor es la joya, su Corazón es el cofre que lo encierra.

Y así, el objeto material remoto y primario del culto del Corazón Inmaculado de la Santísima Virgen es la misma Persona de la Madre de Dios; pues el culto, aunque se tribute *expresamente* al purísimo Corazón de María, sin embargo, como a término total, alcanza a la Persona de la Santísima Virgen.

El objeto material próximo y secundario, es el Corazón simbólico de María, es decir, el Corazón de carne, en cuanto que es símbolo del amor y de toda su vida íntima, o sea de todas sus purísimas afecciones, principalmente del ardentísimo amor en que estuvo siempre abrasado hacia Dios y los hombres.

El objeto formal *general* es la singular excelencia sobrenatural que tiene la Persona de la Virgen bienaventurada, por la cual se le tributa culto de hiperdulía.

El objeto formal *especial* es la excelencia propia del Inmaculado Corazón de María, o la perfección de su vida íntima, y principalmente de su caridad ferventísima hacia Dios, hacia Cristo, Hijo suyo, y hacia los hombres, incluyendo aquí todo lo que por este amor sintió, obró y padeció por nosotros, y aun todo lo que al presente siente y obra.

Por todo esto, se concluye que el Corazón Inmaculado y Doloroso de la Santísima Virgen, en justicia, debe ser honrado especialmente.

+++

En cuanto al objeto material, pensemos que a tal joya corresponde tal cofre. ¿Cuál y cómo será el Corazón de la Santísima Virgen?

En sermones pasados ya hemos considerado y meditado la hermosura física de María...; ya hemos dicho que Dios la hizo, incluso en su cuerpo, la más hermosa de todas las criaturas, pues iba a ser la Madre del más hermoso de todos los hijos de los hombres. Pero aún debió formarla más hermosa en su Corazón. Imaginamos fácilmente esa belleza y hermosura como condensada en aquel Corazón Inmaculado.

Si todo el purísimo cuerpo de la Virgen es digno de devoción, mucho más aún, debe serlo su Corazón. Tanto más, cuanto que todo acto de culto que tributamos a este Corazón Inmaculado es un acto que redundará en toda la Persona de la Virgen Santísima.

+++

En cuanto al objeto formal...; esas virtudes; esa santidad; esa caridad, sobre todo, que brota y se asienta en ese Corazón nobilísimo...

Contemplemos a nuestra Madre, y no olvidemos que también es la Madre de Dios... ¿Qué corazón ha puesto en Ella? Si Él se lo dio, ¿cómo será?

Y ¿cómo ama este Corazón? Si tiene que amar a Dios y a los hombres con un amor sólo inferior al de Dios..., ¿cómo será el Corazón que encierra este amor?...

+++

Penetremos más en particular en los motivos que deben movernos a tener esta devoción al Purísimo Corazón de la Santísima Virgen. Y el principal radica en lo excelente que es en sí misma esta devoción preciosa.

En cuanto a su objeto material, ¡el Corazón mismo de la Virgen! Salta a la vista cuán digno es de Ella; es el instrumento del que se valió el Espíritu Santo principalmente para la obra de la Encarnación. De aquel Purísimo e Inmaculado Corazón, brotó la sangre preciosísima de la que se formó el Cuerpo sacrosanto y hasta el mismo Corazón Sacratísimo de Jesucristo. De allí tomó el Señor aquella Sangre que había de ofrecer en la cruz por la salvación de la humanidad.

Además, es ese Corazón el centro y el foco de la vida de la Santísima Virgen; todos sus latidos y pulsaciones, todos sus más mínimos movimientos, participaron de los méritos incalculables que, en cada instante de su vida, mereció María. Podemos recorrer los pasos principales de esta vida y contemplar a la vez al Corazón de la Virgen acusando todas sus impresiones.

Es claro que no podemos concebir ningún misterio de la vida de la Virgen, sin que a la vez veamos cómo repercutieron y cómo correspondieron en este Corazón nuevos latidos, nuevos movimientos.

Todo esto es más que suficiente para hacer amable y excelente esta devoción. Y, sin embargo, podemos elevarnos en este razonamiento y contemplar al Corazón de la Virgen como al órgano sensible de su amor, como al instrumento que recibía todas las impresiones de su cuerpo y de su alma para convertirlas en actos de caridad.

En definitiva, la excelencia del Corazón de la Santísima Virgen depende de su unión con el Corazón divino de Jesús. Por su dignidad de Madre de Dios, María había sido introducida a participar, en cuanto es dado a una pura criatura, del mismo Dios. Hubo un tiempo en el que realmente la vida de Dios era la vida de María; la vida de Dios hecho hombre dependía de la vida de María; el Corazón de Dios, latía y palpitaba a impulsos del Corazón de María; y por eso era tal la unión entre los dos Corazones, que vivían una vida común a ambos.

El Corazón de María siempre continuó con esta vida de unión con el Corazón de su Hijo. Aquel Corazón amaba y odiaba, lo mismo que el Corazón de Jesús; de suerte que era siempre el Corazón de María como un eco que respondía fielmente al Corazón de su Hijo.

Así es como este Corazón ama a Dios más que todas las demás criaturas juntas de la tierra y del Cielo. Así es como Dios se complace en este Corazón y en este amor, más que en todos los otros de Ángeles y de hombres.

El único Corazón que ama a Dios con un amor cual Él se merece es el Corazón sacratísimo de Jesús. Y después de Él, pero juntamente con Él y por Él, el purísimo Corazón de María.

Éste es el Corazón y el amor en el que Dios tiene, ciertamente, puestas sus complacencias.

De aquí parte toda la excelencia de este Purísimo Corazón de María.

Y de esta misma unión perfectísima entre estos dos Corazones brota la grandiosa y maravillosa santidad del Corazón de María.

La santidad consiste en la participación de Dios y el amor que transforma el alma en Dios para llegar a ser una verdadera imagen y copia de Dios.

Y ¿qué corazón podrá, en esto, compararse con el de María? ¿Cuál más cerca, más unido, participando más de la vida de Dios que el suyo? ¿Cuál más confundido y transformado en Dios? ¿Quién podrá decir con más verdad que es «imagen y semejanza de Dios» que este Corazón que es espejo purísimo, sin sombras ni manchas, que reproduce fielmente y retrata perfectísimamente la misma santidad de Dios?

Este Corazón es el tabernáculo de la divinidad, es su templo vivo, donde Dios ha bajado a habitar y a fijar su morada, y allí quiere permanecer para siempre. Todo en este Corazón es santo; no hay nada en Él, ni el movimiento más imperceptible, que no lo sea; pensamientos, deseos, amores, palabras, obras..., todo..., todo santo...

+++

Dijimos que el corazón es el símbolo y la sede del amor; ahora bien, por lo mismo, ha de serlo también del dolor.

El corazón que ama, es el que sufre; hasta el punto que la medida del amor más fiel y seguro, será siempre la intensidad de sus dolores y sufrimientos.

Entonces..., reflexionemos..., el Corazón de María Santísima había de ser un Corazón de Madre, pero de Madre Dolorosa; y por eso su Corazón aparece siempre traspasado con una cruel y penetrante espada...

¡Cuánto sufrió este Corazón dolorosísimo!

Antes de la Pasión, como conocía perfectamente todos los grandes padecimientos que los Profetas habían anunciado sobre su Hijo para salvar a los hombres, su Corazón se encontraba siempre inundado de dolor.

Si seguimos los misterios de la vida de Jesús, veremos cómo a cada uno de ellos corresponde un nuevo dolor en el Corazón de la Virgen Madre...

Y cuando llegó la Pasión es cuando aquel Corazón fue convertido en un océano inmenso de aguas amarguísimas; fue entonces la realización de la profecía de Simeón, por la que la espada del dolor penetró en él como en ningún otro corazón humano.

¿Qué sería el Corazón de la Virgen en la agonía de su Hijo? Y después, al escuchar sus palabras, al verle expirar, al contemplar con horror la escena de la lanzada..., en fin, cuando ya le tuvo en sus brazos y por última vez le apretó contra su Corazón y se retiró en la tristeza espantosa de aquella noche a llorar su soledad...

¿Qué inteligencia..., qué corazón será capaz de abarcar y comprender cuánto fue aquel sufrimiento del Corazón de la Virgen?

Detengámonos en la consideración de sus causas.

La primera de las razones que más contribuyeron a atormentar el Corazón de la Virgen, fue su amor ardiente a Dios, el deseo tan grande y eficaz que tenía de procurar su gloria y de que todos los corazones de los hombres se la diesen.

Por lo mismo, y en segundo lugar, viene el horror tan espantoso que le causa todo pecado, viendo en él un enemigo de Dios y de las almas, que, además del daño que a éstas produce, trata de producirse también a Dios, atacando todas sus perfecciones.

No llegaremos nunca a comprender bien lo que todo esto atormentaría el Corazón de la Virgen, porque es muy distinto nuestro amor al suyo; y por eso, unas veces somos nosotros mismos los que pecamos y así ofendemos a la Majestad de Dios...; otras veces vemos los pecados de los demás con cierta indiferencia, sin lanzarnos a reparar y desagraviar.

No entendemos cuál sería el dolor y el sufrimiento del Corazón de la Virgen al ver entonces y después los corazones de los hombres posponiendo la misma gloria de Dios a sus caprichos y pasiones.

¿Cuál sería el amor y el dolor de la Virgen, que conoce mejor que nadie el valor de un alma, el amor que Dios le tiene?

Semejante a esta causa, o derivándose de ella, viene la tercera: ¡para cuántas almas iba a ser inútil la Redención! ¡Qué pocas iban a santificarse con la Sangre tan generosamente derramada por el Cordero Divino!

Y aquí tenemos indicadas también las razones de la gravedad extrema, de la acerbidad de los sufrimientos del Corazón de María. Sufría como Madre de Dios y Madre de los hombres, como Corredentora del mundo... Por eso su dolor no era un dolor humano; por eso no podemos nunca llegar a entender ni a imaginar la profundidad y extensión de este dolor.

Jesús, según el Profeta, debía ser el «Varón de dolores»... Pues, ¿cómo sería la Corredentora?... ¿No había de ser, necesariamente, la «Madre del dolor»?...

Ella no había de sufrir en su cuerpo tormentos físicos; pero, por eso mismo, todos los sufrimientos necesariamente habían de acumularse en su Corazón Doloroso.

Este Corazón, traspasado tan cruelmente por durísima espada, será siempre el modelo de las almas que sufren...; y, a la vez, el dulce consuelo y el divino bálsamo que las anime y aliente en sus dolores.

Aprendamos a mirar, en nuestros sufrimientos, a este dolorido Corazón... ¡Cuántas cosas podemos y debemos estudiar y aprender allí!...

Muchas veces veremos que hemos sido la causa de sus padecimientos... Debemos ver también la obligación que tenemos, con nuestros sufrimientos, de expiar nuestros pecados y los de los demás... María no pecó y, sin embargo, expió...

Aprendamos cómo hemos de sufrir... Y, si sabemos mirar bien a ese Corazón traspasado, esa mirada endulzará todas nuestras penas y sufrimientos, pues entonces comprenderemos lo dulcísimo que es el sufrir por Dios en compañía y a imitación del Corazón Doloroso de la Santísima Virgen.

Pidámosle, muy seria y fervorosamente, no que nos quite el sufrimiento, sino que nos enseñe a ennoblecere, a divinizar nuestras penas, comunicándonos los méritos de las suyas...

+++

Por último, consideremos el atributo más dulce de Dios: la misericordia. Es el que más arrastra nuestro corazón y le infunde aliento y confianza. Si fuera Dios únicamente un juez justísimo, que nos juzgara sólo con justicia, ¿quién no temblaría ante ese Señor? Pero, si, además y sobre todo, es un Padre amantísimo, dulcísimo, con entrañas llenas de compasión y misericordia, ¿quién no confiará?

Una de las mayores pruebas de que esto es verdad la tenemos en el Corazón misericordiosísimo de la Santísima Virgen; ese Corazón es un efecto de la bondad y del amor de Dios.

Uno de los aspectos bajo el cual más nos gusta ver y representar a los Sacratísimos Corazones de Jesús y de María, es la misericordia... ¡Tenemos tanta necesidad de ella!

Un Corazón compasivo, que siente como propias las necesidades y miserias ajenas; un Corazón misericordioso, que llora con los que lloran y sufre con los que sufren..., ¿a quién no encanta y seduce? Y, mucho más aún, si, además de sentir así las desgracias ajenas como si fueran propias, se esfuerza y trabaja por remediarlas.

Así es el Corazón de la Santísima Virgen, adornado de todos los caracteres de la más perfecta y sublime misericordia; el más compasivo de todos los corazones.

La misericordia de María, como su Corazón de donde brota, es de una Madre. Ésta es la razón suprema que explica esa bondad. Ya puede un hijo ser un desgraciado, ya puede estar plagado de miserias físicas y morales, ya puede ser el deshecho de todos...; aunque a los demás inspire más bien repulsión y repugnancia, el corazón de su madre sentirá palpitar sus entrañas con nuevo cariño, con nuevo y más encendido amor, cuando vea más y más desgracias y miserias en su hijo...

El corazón de una madre nunca desmaya, ni se cansa, siempre espera, siempre confía poder remediar la situación de su hijo.

Penetremos en el Corazón de la Virgen, más Madre que ninguna otra madre; con una bondad y misericordia, resumen de todo lo que Dios derramó sobre todas las demás madres de la tierra...

Por otra parte, no es ésta una compasión estéril, como tiene que ser muchas veces la de una madre que quiere, pero no sabe o no puede remediar a su hijo. María posee la omnipotencia del mismo Dios...; y toda ella la emplea generosamente para socorrer a sus hijos.

Y lo más maravilloso es que esta misericordia maternal de la Virgen no se terminó como termina naturalmente la de la madre de la tierra con su muerte...; ahora que está en el Cielo, su Corazón es el mismo. A pesar de la elevación de su trono tan cercano al de Dios, a pesar de que ya en el Cielo no hay lágrimas ni miserias ni sufrimientos de ninguna clase, Ella no se olvida de sus hijos miserables.

Si hay algún cambio en el Corazón de la Virgen, es para ser aún, desde el Cielo, más compasiva, más clemente y misericordiosa, y para aprovecharse mejor de su Corazón de Emperatriz en bien de sus desgraciados hijos de aquí abajo.

En el Cielo, su misericordia es activísima, trabajando sin cesar por las almas; inclinado unas veces a pedir e interceder por nosotros; derramando otras, con sus manos piadosas, torrentes de gracias sobre nuestras almas... Los más infelices, los más desgraciados, los más pecadores, son el objeto principal de su bondadosa intercesión.

Ella presencia, desde el Cielo, los ataques furibundos que el demonio hace a las almas; y les inspira aliento y les comunica la gracia para vencer; y singularmente en el ataque último, en la batalla final, la agonía; allí acude solícita con su misericordioso Corazón a sacar triunfante de esta vida las almas de sus devotos... Pensemos en el Escapulario de la Nuestra Señora del Carmen...

¡Cuántas veces los Ángeles del Cielo habrán sido los mensajeros de paz, de consuelo, de esperanza que la Virgen envía a los que en la lucha la invocan!

+++

Por todo esto y mucho más, debemos arrojarnos con una confianza ilimitada en su Corazón Maternal... Como dice el Introito de la Misa: *Adeamus cum fiducia ad thronum gratiæ, ut misericordiam consequamur et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.*

Decía San Jerónimo, hablando de la bondad de Dios: «No os digo estas cosas, para que pequéis más fácilmente»...

¡No!, de ninguna manera puede ser esa la conclusión que saquemos de esta meditación sobre el Corazón Inmaculado y Doloroso de María, y particularmente sobre su bondad y misericordia.

¡No puede ser que esto nos sirva para abusar de su caridad!, para lanzarnos con más seguridad a pecar, a dar rienda suelta a nuestras pasiones... ¡Esto sería algo monstruoso!

Pero tampoco consintamos que el demonio nos engañe con el desaliento, con la desconfianza, con el temor... Cualquiera que haya sido nuestra conducta pasada, por muy grande que haya sido el abuso de las gracias que Dios nos ha dado, por muchas que hayan sido las veces que hayamos recaído y faltado a nuestros propósitos..., no importa, vayamos a los pies de la Virgen...; pues ante su bondadosísimo Corazón no caben temores ni desconfianzas...

¡Precisamente para eso le dio Dios ese Corazón!

¡Que nada ni nadie nos arranque esta exquisita esperanza!

Y tengamos siempre presente que María Santísima domina como soberana todos los tiempos de nuestra historia y, particularmente, el período más temible para las almas: el momento de la venida del Anticristo... Estos son los tiempos de la victoria, de la redención plenaria de Jesucristo y de la intercesión soberana de María.

Bienaventurados los que participan y profesan esta Fe; bienaventurados los que escudriñan las Sagradas Escrituras (cómo se nos ha mandado, en vez de perder el tiempo luchando contra lo que ya no hay tiempo de combatir), y por eso saben, aunque en el claroscuro de la Fe, que el final es hermoso. Ellos son bendecidos por tener Fe, ya que los mismos eventos serán insoportables para los incrédulos.

La comprensión de la misión de Nuestra Señora dispensará mucha luz e infundirá mucha fortaleza para seguir el camino trazado por Dios, al mismo tiempo que dispondrá las almas para recibir los méritos obtenidos por Ella y alcanzar su auxilio y protección.

¡Oh Clementísima!... ¡Oh Piadosísima!... ¡Oh Dulcísima Virgen María!

EL TRIUNFO DEL CORAZÓN INMACULADO DE MARÍA

El Domingo pasado, Fiesta del Corazón Inmaculado de María, hemos considerado los fundamentos teológicos de esta devoción, así como también las consecuencias que se siguen para nuestra vida espiritual. Y prometimos que hoy volveríamos sobre este tema, considerando especialmente uno de los aspectos de las apariciones de Nuestra Señora en Fátima.

Sabemos que, en el contexto de la segunda parte del secreto de su mensaje del 13 de julio de 1917, Nuestra Señora ha dicho en Fátima: ***Por fin mi Inmaculado Corazón triunfará.***

Este tema entra de lleno en las intenciones que nos guían para desarrollar esta serie de sermones, es decir, hacer ver la participación de Nuestra Señora en el Plan divino de Redención, Santificación y Salvación de las almas.

Estar seguros de que finalmente el Corazón Inmaculado de María triunfará, debe disipar los temores más comunes que inquietan, angustian y hasta agobian a los fieles.

Ante los eventos inminentes, los comunes e invariables (como son la familia, los hijos, lo económico, lo material, las enfermedades, la muerte...), así como los que son propios del tiempo que nos toca vivir (la apostasía generalizada, el epílogo del misterio de iniquidad y la llegada del Anticristo...), en vista de estos sucesos nuestras "seguridades"..., nuestras "esperanzas"..., deben fundamentarse en el triunfo del Inmaculado Corazón de María, nuestra Esperanza... Spes nostra...

+++

Como todos los verdaderos católicos, creemos y esperamos este triunfo del Corazón Inmaculado de María; pero discrepamos con muchos de ellos sobre el momento y la manera en que ocurrirá el mismo.

En efecto, la revelación de Fátima debe concordar con la Revelación divina, corresponder a lo contenido en las Sagradas Escrituras y la Tradición, e incluso en las definiciones del Magisterio de la Iglesia.

El mensaje de Fátima, y particularmente el triunfo del Corazón Inmaculado de María, debe enmarcarse dentro del Plan de Dios. Conforme al mismo, dicho triunfo no puede ser a título personal, independientemente de la restauración de todas las cosas en Cristo y por Cristo; no puede ser temporario ni relativo, sino que debe ser definitivo y absoluto.

Para comprenderlo, recordemos primero lo que San Luis María Grignion de Montfort expresa en su *Tratado de la Verdadera Devoción* (50-52):

"Dios quiere revelar y manifestar a María, la obra maestra de sus manos, en estos últimos tiempos. María debe ser terrible al diablo y a sus secuaces "como un ejército en orden de batalla" sobre todo en estos últimos tiempos, porque el diablo, sabiendo que le queda poco tiempo y menos que nunca para perder a las almas, redoblará cada día sus esfuerzos y ataques. De hecho, suscitará en breve crueles persecuciones y tenderá terribles emboscadas a los fieles servidores y verdaderos hijos de María, a quienes le cuesta vencer mucho más que a los demás. A estas últimas y crueles persecuciones de Satanás, que aumentarán de día en día hasta que llegue el anticristo, debe referirse sobre todo aquella primera y célebre predicción y maldición lanzada por Dios contra la serpiente en el paraíso terrestre. Dios ha hecho y preparado una sola e irreconciliable enemistad,

que durará y se intensificará hasta el fin. Y es entre María, su digna Madre, y el diablo; entre los hijos y servidores de la Santísima Virgen y los hijos y secuaces de Lucifer”.

Bien leído y entendido correctamente este texto, no cabe duda que no hay lugar ni tiempo para un triunfo del Inmaculado Corazón de María antes de la derrota del Anticristo.

Se trata de estos últimos tiempos.

El demonio sabe que le queda poco tiempo y menos que nunca.

Las crueles persecuciones de Satanás aumentarán de día en día hasta que llegue el Anticristo.

La irreconciliable enemistad entre María Santísima y el demonio durará y se intensificará hasta el fin.

Entonces, al fin, y solamente al fin, se producirá el triunfo del Corazón Inmaculado de Nuestra Señora.

Según el plan divino, el tiempo y el modo de la victoria solemne de la Iglesia, de la restauración universal de pueblos y naciones, están referidos, en la divina Revelación, a las circunstancias del retorno de Jesucristo.

Por consiguiente, el cumplimiento de la gran promesa del triunfo del Corazón Inmaculado de María no puede suceder sin la Parusía, pues es un triunfo total y definitivo.

Entre el comienzo de los males de los últimos tiempos y el reinado del Anticristo no hay intervalo en el que se pueda situar un triunfo pleno, total y duradero.

Este triunfo del Corazón Inmaculado de María tendrá lugar con la derrota del Anticristo y del Pseudoprofeta, producida por la Parusía de Cristo Rey.

El triunfo del Inmaculado Corazón de María es inseparable del triunfo del Sagrado Corazón de Jesús; y, por eso, no se lo puede esperar sin el triunfo de Cristo Rey.

Atención, entonces, porque la insistencia de algunos en la petición de la consagración de Rusia al Corazón Inmaculado de María, con el consecuente triunfo mariano, puede adulterar nuestra visión del mundo actual en un sentido optimista, dejándonos sin defensas ante lo que en realidad está pasando.

En efecto, esa apreciación hace esperar la consagración de Rusia, con un subsecuente supuesto triunfo del Corazón Inmaculado, que daría al mundo una paz idílica, eliminando los atroces males actuales.

Todo esto no tiene ninguna relación con las profecías bíblicas, así como tampoco con el mensaje de Fátima, correctamente entendido.

Además, en contra de lo que debe ser, ese triunfo sería relativo, parcial, momentáneo, y terminaría aplastado por la instauración del reino del Anticristo.

Por lo tanto, no tiene objeto hacer campañas para la consagración de Rusia al Inmaculado Corazón.

+++

Para hacerlo más claro, hagamos una comparación entre las dos hipótesis teológicas que se plantean sobre el devenir de la historia:

— Una expresa que Jesucristo debe venir para consumir su Reino juntamente con el fin del mundo.

— La otra enuncia que Jesucristo debe venir para consumir su Reino antes del fin del mundo.

Ahora bien, si la Parusía, el Juicio Final, el Fin del Mundo y el Reino de Dios son cosas simultáneas, antes de esa liquidación total debe producirse, conforme a las Profecías, una profunda purificación de la Iglesia por el dolor, y luego tener lugar un gran triunfo de la Iglesia, un período de oro para la religión cristiana y la conversión de Europa, y por ella del mundo. Es aquí que entraría el triunfo del Corazón Inmaculado de María.

Y después volverían, con la fuerza incontrastable de la catástrofe, las fuerzas demoníacas tremendas que vemos en acción en estos momentos; entonces se afianzaría la gran apostasía y tendría lugar la tribulación magna, la persecución externa e interna a la vez hasta el grado de lo insostenible, que deberá ser abreviada para que no perezcan los elegidos.

Pero, si Cristo ha de venir antes, para vencer al Anticristo y para reinar por un período en la tierra; es decir, si la Parusía, el Juicio Final y el Fin del Mundo no coinciden, sino que son dos sucesos separados (como lo enseña la Revelación y lo creyeron la tradición apostólica y los Santos Padres más antiguos), entonces esa esperanza de un próximo triunfo temporal del Corazón Inmaculado de María y de la Iglesia no tiene fundamento.

En ese caso, la actual persecución irá aumentando hasta su máximo; entonces se afianzará la gran apostasía y tendrá lugar la tribulación magna, etc.

En concreto, los que dicen que la Parusía coincide con el Fin del Mundo y con el establecimiento del Reino de Dios, enseñan que antes del reino del Anticristo tendrá lugar el triunfo del Corazón Inmaculado de María, que coincidirá con el período de esplendor de la Iglesia.

Pero deben reconocer que después volverán las tremendas fuerzas demoníacas; y que entonces tendrá lugar la tribulación magna, se afianzará la gran apostasía, y se implantará el reino del Anticristo, aplastando el Reino de la Inmaculada..., ¡una especie de profecía del Génesis al revés!...

En cambio, los que dicen que Cristo ha de venir antes del Fin del Mundo, para vencer al Anticristo y establecer su Reino, enseñan que la actual persecución irá aumentando hasta su máximo, se implantará el reino del Anticristo, y la Santísima Virgen vendrá a aplastar la cabeza del dragón infernal y a preparar el Reino de su divino Hijo con el triunfo de su Corazón Inmaculado.

El problema presenta dos aspectos:

— El más simple, es que la gran persecución y el reino del Anticristo llegarán de todos modos.

Pero es precisamente esto lo que no se quiere aceptar; y entonces se patea para adelante, como los jugadores de rugby patean al "touch", para ganar terreno, o tiempo solamente...

— El más profundo es que el porvenir próximo del mundo depende del problema teológico del momento de la instauración del Reino de Cristo, incluyendo, ¡claro está!, el triunfo del Corazón Inmaculado de su Santísima Madre.

Que el Reino de Cristo debe de venir, es de fe; y lo pedimos todos los días en el Padrenuestro.

Que todas las cosas deben de ser restauradas en Cristo, nos lo enseñan San Pablo y San Pío X.

Que la creación toda entera será redimida y al presente gime con dolores de parto hasta que se manifiesten los hijos de Dios que han de restaurarla, lo dice San Pablo.

Que el Corazón de la Santísima Virgen triunfará, nos lo asegura nuestra Madre en Fátima.

Ahora bien, lo que se discute es el orden en que esas cosas sucederán.

Y esa discusión, en definitiva, gira en torno a la exégesis que se hace de las Sagradas Escrituras y de la Tradición, al uso indebido de las revelaciones privadas, y a un falso mesianismo, temporal, carnal y judaico.

+++

Dios mediante, en la Fiesta de Cristo Rey veremos en detalle la relación entre el Reino de María Santísima y el Reino de su divino hijo.

Hoy, para terminar de aclarar algunos puntos, veamos qué nos dijo al respecto el Padre Lacunza, a fines del siglo XVIII.

En primer lugar, señala que muchísimos pasajes de las Sagradas Escrituras nos aseguran en términos formales que ha de llegar finalmente cierto tiempo en que toda nuestra tierra y todos sus habitantes sean benditos en Cristo; todos sean cristianos, unidos en una misma fe, animados del mismo espíritu, y como una sola grey, bajo el gobierno y dirección de un solo pastor.

Reiterando una cita de San Pablo, asevera que, sin embargo, *aún no vemos todas las cosas sometidas a Él*; y saca la conclusión: si todavía no vemos sujetas a Él todas las cosas, luego deberemos esperar otro tiempo en que lo sean.

En segundo lugar, indica que esos lugares de la Sagrada Escritura, no solamente anuncian la fe en Cristo de todos los habitantes de la tierra (aunque hayan profesado una falsa religión hasta ese momento), sino juntamente con la fe una justicia universal, nunca vista ni oída en nuestra tierra.

Señala también que muchísimos doctores católicos han reconocido, confesado y sostenido como una verdad innegable este tiempo feliz, en que, convertidas a Cristo todas las gentes de todo el orbe, reinará con Él universalmente una fe, una religión, una justicia, una concordia o paz universal.

Y nuevamente corrobora que esta fe y justicia universal en toda la tierra, es ciertísimo que no se ha visto jamás; antes se ha visto siempre todo lo contrario.

Y concluye: luego, si se cree a los Profetas, es preciso decir y confesar, que se ha de ver alguna vez.

Plantea, entonces, la cuestión: ¿Mas, cuándo? Este tiempo felicísimo, nunca visto ni oído en nuestra tierra, ¿dónde se coloca?

El Padre Lacunza refiere de su tiempo lo mismo que sabemos dicen en nuestros días: en el sistema vulgar, lo colocan antes de la venida del Señor, pues después de esta no se admite espacio alguno de tiempo.

Pero advierte que, según la idea que nos dan los Evangelios y los escritos de los Apóstoles, no puede ser antes del Anticristo.

Y remata: luego, la conclusión a la que se debe llegar es que nunca se dará.

Por si no se entendió, y como para hacer abrir bien los ojos, seguidamente el Padre Lacunza recurre al aforismo jurídico "*datum, sed non concessum*", y argumenta de este modo:

Demos por un momento, como una mera permisión, que este tiempo feliz haya de ser antes de la venida gloriosa del Señor, y consideremos atentamente las consecuencias legítimas y necesarias que de aquí se deberían seguir:

— Antes de la venida del Señor ya se habrían convertido a Él todos los pueblos, todas las naciones.

— Antes de la venida del Señor ya habría acontecido un tiempo muy grande en que todos los habitantes de la tierra habrán servido y obedecido a Cristo, y todos habrán sido fieles, justos y santos, que es lo que anuncian las profecías.

— En este tiempo feliz no habría en toda nuestra tierra ni idolatría, ni superstición, ni falsa religión; no habría herejías, ni cismas, ni escándalos, ni cizaña; no habría, en fin, lo que el mismo Jesucristo dice y asegura tantas veces que siempre habrá hasta que Él venga; lo cual siempre se ha visto hasta el día de hoy puntualísimamente verificado.

Dado todo esto por suposición, confronta esas consecuencias con las Profecías, y hace ver la contradicción, pues:

— Antes de la venida del Señor, y en todo el tiempo que debe mediar entre su primera y segunda venida, aunque se predicará el Evangelio *por todo el mundo*, no todas las gentes lo recibirán, sino pocas, comparadas con la muchedumbre.

— Incluso entre estas pocas que recibirán el Evangelio, no todas lo observarán; habrá entre ellas sin interrupción grandes y terribles escándalos; habrá herejías, habrá cismas, habrá apostasías formales; habrá odios mutuos, emulaciones, envidias y guerras sangrientas e interminables; habrá costumbres antievangélicas, muchas de ellas, cuales *ni aun entre los gentiles*, y no pocas sentadas pacíficamente y miradas como justas, o a lo menos como indiferentes; habrá siempre una gran oposición y una guerra formal y continua entre la justicia y la paz; habrá sin cesar ya por una parte, ya por otra, ya por muchas a un tiempo vientos furiosos y tempestades horribles, con que la nave de Pedro será combatida de las ondas; habrá casi siempre una gran prosperidad *en los caminos de los malvados*, y una casi continua adversidad, tribulación y persecución en *aquellos que quieren vivir piadosamente en Jesucristo*.

Pegunto yo, ¿hace falta detallar y destacar la realidad actual de cada uno de estos flagelos?

Reflexionemos:

- Escándalos...
- Herejías, cismas, apostasías formales...
- Odios, emulaciones, envidias y guerras sangrientas e interminables...
- Costumbres antievangélicas, muchas de ellas, cuales *ni aun entre los gentiles*, y no pocas sentadas pacíficamente y miradas como justas, o a lo menos como indiferentes...
- Gran oposición y una guerra formal y continua entre la justicia y la paz...
- Vientos furiosos y tempestades horribles, con que la nave de Pedro será combatida de las ondas...
- Gran prosperidad *en los caminos de los malvados*...
- Casi continua adversidad, tribulación y persecución en *aquellos que quieren vivir piadosamente en Jesucristo*...

En una palabra: habrá siempre cizaña que oprima y no deje crecer ni madurar el trigo; y todo esto *hasta la siega*.

Como buen resumen y signo de todo esto tenemos dos profecías de dos Santos:

Santa Brígida (1303-1373): *"Cuarenta años antes del año dos mil el demonio será dejado suelto por un tiempo para tentar a los hombres. Cuando todo parecerá perdido, Dios mismo, de improviso, pondrá fin a toda maldad. La señal de estos eventos será: cuando los sacerdotes habrán dejado el hábito santo y se vestirán como la gente común, las mujeres como los hombres y los hombres como las mujeres"*.

San Vicente Ferrer (1350-1419): *"Advertid que vendrá un tiempo de relajación religiosa y catástrofes como no lo ha habido ni habrá. En aquel tiempo las mujeres se vestirán como hombres y se portarán a su gusto, licenciosamente; y los hombres vestirán vilmente como las mujeres. Pero Dios lo purificará todo y regenerará todo y la tristeza se convertirá en gozo"*.

Sigue el Padre Lacunza: ahora bien, todo esto se lee frecuentemente en los Evangelios y en los escritos de los Apóstoles, y nuestra larga experiencia nos ha enseñado siempre la verdad y divinidad de estas profecías.

Una sola de ellas contiene y explica en breve todo este misterio; esta es la parábola de la cizaña.

De manera que, desde la predicación de Cristo, hasta la consumación del siglo, deberá estar siempre en el mundo el buen grano junto con la cizaña y mezclado con ella.

De modo que, hasta la consumación del siglo, deberá suceder siempre constantemente lo mismo, poco más o menos, que ha sucedido hasta el presente.

Conque hasta la consumación del siglo deberán estar siempre juntos y mezclados entre sí, los hijos del reino y los hijos de la iniquidad; y estos últimos haciendo siempre todo aquel daño que siempre hace la cizaña.

En apoyo del Padre Lacunza, recordemos lo escrito por San Luis María Grignion de Montfort, que hemos citado al principio:

“A estas últimas y crueles persecuciones de Satanás, que aumentarán de día en día hasta que llegue el anticristo, debe referirse sobre todo aquella primera y célebre predicción y maldición lanzada por Dios contra la serpiente en el paraíso terrestre. Dios ha hecho y preparado una sola e irreconciliable enemistad, que durará y se intensificará hasta el fin. Y es entre María, su digna Madre, y el diablo; entre los hijos y servidores de la Santísima Virgen y los hijos y secuaces de Lucifer”.

El Padre Lacunza pregunta: ahora bien, si esto debe siempre suceder así hasta la consumación del siglo, y, si no se admite algún espacio de tiempo desde la consumación del siglo hasta el fin del mundo (antes se mira este espacio de tiempo como un error, o como un sueño, delirio y fábula, etc.), ¿cuándo y cómo podrán tener algún lugar decente todas aquellas profecías?

El Padre Lacunza concluye: no es verdadero lo uno y lo otro, ni lo puede ser, si queréis que se hable de un solo tiempo, pues la Santa Escritura no es capaz de anunciar para un solo tiempo, que una cosa será y no será. Como en vuestro sistema no hay más de un solo tiempo, esto es, el intermedio entre la primera y segunda venida del Señor; como en vuestro sistema la consumación del siglo es lo mismo que el fin del mundo; como en vuestro sistema no hay que esperar otro tiempo, u otro siglo, u otra nueva tierra y nuevo cielo, después de la consumación del siglo, tampoco tenemos que esperar una concordia sólida y firme entre unas y otras Profecías.

Más, si se hace la debida distinción entre tiempo y tiempo, como la hace la Escritura Santa, todo lo hallamos concorde, claro, fácil y llano: *distinguid los tiempos, y concordaréis los derechos.*

Las cosas opuestas, diversas, enemigas entre sí, que no pueden concurrir en un mismo tiempo, sin destruirse las unas a las otras, ¿no podrán comparecer en diversos tiempos cada cual en el suyo propio?

Si antes de la consumación del siglo, no puedan todas verificarse, ¿no podrán acontecer plenísimamente unas antes, otras después?

Este **después** se hace durísimo el admitirlo porque destruye desde los cimientos el sistema.

Luego, el sistema no es bueno, ni lo puede ser en ningún tribunal; pues ni es capaz de concordar unas escrituras con otras, ni de concordarse con ellas mismas.

+++

En la venida del Señor Jesús, que estamos esperando, así como ha de perecer esta tierra presente, para dar lugar a otra tierra nueva, así ha de perecer en este trastorno universal la mayor y máxima parte del linaje humano, quedando no obstante vivos e indemnes algunos pocos individuos de entre todos los pueblos; los cuales, por su inocencia y simplicidad, no se hallarán dignos de la ira de Dios omnipotente, ni de la ira del Cordero.

Todo este residuo de las gentes, que quedarán dispersas acá y allá, en todos los países o términos de nuestro orbe, no quedarán en adelante en la misma ignorancia o distracción en que antes estaban respecto del verdadero Dios y de su Hijo el justo; sino que creerán en Él, lo alabarán, lo desearán y se sujetarán a su dominación con sumo gozo y complacencia.

Este residuo de las gentes, instruido perfectamente, santificado y como criado de nuevo, no menos que el residuo de Israel, compondrá junto con él, aquel *un solo aprisco, y un pastor* del evangelio.

La fe, la simplicidad, la inocencia, el temor y conocimiento del Señor se multiplicarán pacíficamente y llenarán otra vez la tierra, pasando de generación en generación por muchos y muchísimos siglos, que San Juan explica con el número perfecto de mil.

Este misterio llegará alguna vez porque el Señor predijo el misterio de la vocación de las gentes, con todos sus efectos buenos y malos, que actualmente vemos plenísimamente verificados.

El Padre Lacunza concluye con una pregunta: ¿No basta la experiencia de la veracidad de Dios en lo pasado, y en lo presente, para creerlo también en lo futuro?

Y nosotros respondemos que sí; y por eso destacamos que María Santísima domina como soberana todos los tiempos de nuestra historia y, particularmente, el período más temible para las almas: el momento de la venida del Anticristo... Estos son los tiempos de la victoria, de la redención plenaria de Jesucristo y de la intercesión soberana de María.

Bienaventurados los que participan y profesan esta Fe; bienaventurados los que escudriñan las Sagradas Escrituras (cómo se nos ha mandado, en vez de perder el tiempo luchando contra lo que ya no hay tiempo de combatir), y por eso saben, aunque en el claroscuro de la Fe, que el final es hermoso. Ellos son bendecidos por tener Fe, ya que los mismos eventos serán insoportables para los incrédulos.

Como venimos comprobando desde hace seis domingos, la comprensión de la misión de Nuestra Señora dispensa mucha luz e infunde mucha fortaleza para seguir el camino trazado por Dios, al mismo tiempo que dispone las almas para recibir los méritos obtenidos por Ella y alcanzar su auxilio y protección.

DECIMOQUINTO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

La Virgen María, Abogada y Patrona del género humano

Como ya es conocido, vamos desarrollando una serie de sermones con la finalidad de hacer ver la participación de Nuestra Señora en el Plan divino de Redención, Santificación y Salvación de las almas.

Conociendo los temores más comunes que inquietan, angustian y hasta agobian a los fieles, es necesario recordar la misión y el ministerio que Dios ha asignado a su Madre Santísima.

Pues bien, cinco son los principales Títulos y Ministerios que le corresponden a la Virgen Madre de Dios por su Consorcio en la Redención, a saber: el de *Mediadora*, *Corredentora*, *Madre* espiritual de los cristianos, *Patrona o Abogada* y *Reina y Señora* de todo lo creado.

El título de Mediadora comprende el Oficio de Abogada y de Patrona del género humano cerca de Dios en la dispensación de las gracias; Oficio que ejerce en los Cielos mediante su intercesión poderosísima.

Abogado designa a aquel que es presentado o llamado con el fin de que preste auxilio y esté pronto a ayudar con su consejo, o de otro modo cualquiera, al que se ve en alguna necesidad o peligro.

Esta palabra prevaleció y quedó como propia en los asuntos forenses, en los cuales el que había de defender una causa llamaba en su ayuda a los amigos, cuyos consejos y servicios le ayudaran a interpelar a los jueces y hacérselos propicios.

El abogado se diferenciaba antiguamente del patrono en que éste era el orador de la causa; aquél, en cambio, prestaba su compañía al amigo y le instruía en el derecho; oficios ambos que el abogado, desde hace ya tiempo, desempeña él solo.

Por tanto, al abogado pertenece no sólo ser defensor de la causa y patrono del cliente, procurando que aquélla no se pierda, sino que, además, debe dirigirle para que pleitee debidamente y pueda de este modo conseguir el éxito que se propone.

Consideremos, pues, el Oficio de Abogada y Patrona de la Santísima Virgen con relación al magno litigio de la salvación eterna en que todos estamos empeñados.

+++

Los protestantes, modernistas y conciliares lanzan duras invectivas contra los títulos de Abogada y Patrona y otros semejantes que honran a María.

Dicen que al tributarle esta gloria la igualamos a Jesucristo, y que, con palmaria injusticia, dividimos y empequeñecemos sus Títulos y Oficios, haciéndoselos compartir con la Virgen.

Decimejorge, solapadamente, como acostumbra, sustrae a María Santísima estos títulos de Abogada y Patrona, como se deduce de sus homilías y discursos; donde el muy bandido niega que estos títulos le convengan a Nuestra Señora de una manera propia, callando el sentido en que

deben tomarse y levantándose, a la vez, contra los títulos que él, blasfemando, denomina hiperbólicos, exagerados, impropios y tonteras.

Le disguste a quien le disguste, proteste quien proteste, María Inmaculada es Abogada y Patrona del género humano.

+++

Con frecuencia, no sólo el pueblo cristiano, sino también los teólogos, los predicadores, la Iglesia en la liturgia y en los libros aprobados y recomendados por Ella, y en las Bulas y Encíclicas de los Papas, llaman a la Santísima Virgen Mediadora, Abogada, Patrona; más aún, la designan con otros títulos bien honrosos. Veamos algunos ejemplos:

El Sumo Pontífice **Bonifacio IX** dice: "Esta es aquella que en sus purísimas entrañas llevó al Creador del cielo y tierra, la que por sí sola destruyó todas las herejías, y como abogada valerosa e intercesora vigilante intercede, con el Rey que engendrara, por todo el pueblo cristiano".

Su Santidad **Pío VII** escribe: "Por lo cual la misma Virgen María, acercándose al trono de su divino Hijo, como abogada pide, como esclava ora y como Madre manda".

Y Pío **XI** afirma: "Apoyados nosotros en las preces de la Virgen Madre de Dios a Cristo, que, siendo Él solo mediador de Dios y de los hombres, quiso que su Madre estuviera unida a Él como abogada de los pecadores, administradora y mediadora de su gracia".

Y Pío **XII** sostiene: "Sea con el Señor bendita aquella que Él constituyó Madre de misericordia, Reina y Abogada nuestra amorosísima, Mediadora de sus gracias, Dispensadora de sus tesoros".

La Sagrada Liturgia, expresión del dogma y lugar teológico, invoca a María de este modo: "*Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos*".

Los Santos Padres y Escritores Eclesiásticos también han reivindicado este Título para Nuestra Señora:

San Ireneo llama a María abogada de Eva: "Eva había desobedecido a Dios, pero María fue inducida a obedecer a Dios para que la Virgen María quedara hecha abogada de Eva".

San Efrén: "El género humano está siempre pendiente de tu patrocinio, y a ti sola te tiene por refugio y defensora, por cuanto tienes confianza con el mismo Dios. Dios te salve, conciliadora de todo el orbe, abogada amiga de pecadores".

San Germán de Constantinopla: "¿Quién después de tu Hijo cuida del linaje humano como tú? ¿Quién tan prontamente nos previene y nos libra de las tentaciones? ¿Quién suplicando lucha tanto en favor de los pecadores?"

San Bernardo: "Nuestra peregrinación envié por delante a una abogada que, como Madre del Juez y Madre de misericordia, tomara sencilla y eficazmente como suyo el negocio de nuestra salvación".

San Buenaventura: "Honra cuanto te sea posible a la gloriosa Reina, Madre bendita del Señor, y en todas tus necesidades acude a ella como a refugio segurísimo; tomándola como abogada tuya,

encomiéndale tus cosas devota y confiadamente, porque es Madre de misericordia, esforzándote a diario en ofrecerle especial reverencia".

"¡Gran misericordia la de nuestro Dios!, quien, para que no desesperáramos al pensar en la sentencia que ha de recaer un día en nuestra causa, nos dio como abogada a su misma Madre y soberana dispensadora de la gracia".

San Alfonso María de Ligorio, en su conocida obra *Las Glorias de María*, al desarrollar la frase de la *Salve*: "Ea pues, Señora, Abogada nuestra", le consagra tres párrafos: María es una abogada que tiene poder para salvar a todos - María, abogada compasiva, no rehúsa defender la causa de los más desdichados - María es la reconciliadora de los pecadores con Dios. Debido a su extensión e importancia, va como Apéndice al final.

Raimundo Jordán: "La Santísima Virgen, así como es reina de todos, es también patrona y abogada y cuida de todos. Ella es nuestra abogada para con el Hijo, como el Hijo lo es para con el Padre; más aún, ella recomienda nuestros negocios y peticiones al Padre y al Hijo".

"Ella es nuestra Abogada ante el Hijo, como el Hijo lo es ante el Padre. Es la procuradora que nos gestiona nuestros intereses y da valor a nuestras plegarias. Frecuentemente libera con su misericordia a los que merecían ser castigados con la justicia del Hijo. Ella es el tesoro de Dios, y, a la vez, la tesorera de las gracias, que enriquece con abundantísimos dones espirituales a los que la sirven, y, potentísima, les protege contra el mundo, el demonio y la carne. *Nuestra salvación está en sus manos*. Después de su Hijo, Ella es la dueña de toda criatura, y glorificará en el futuro a los siervos que la honran en el presente".

+++

Después de considerar todos estos argumentos de autoridad, prestemos atención al argumento de razón, como enseña la sana teología:

María es la más a propósito para hacer de Abogada y Patrona del género humano en el negocio de la salvación eterna, pues por una parte goza de un poder inefable cerca de Dios, de quien procede todo bien, y por otra tiene un afán inmenso de nuestra salvación, siempre solícita en procurar a los hombres que trabajan por conseguirla las gracias necesarias, distribuyéndolas incesantemente y dando su ayuda a todo el que se encuentra en peligro.

María es Abogada poderosa para salvar a todos, pues Jesucristo, que es omnipotente, hizo omnipotente a María; con la diferencia de que Jesucristo es omnipotente por naturaleza, y María lo es por gracia.

Esto se verifica de tal modo, que cuanto le pide la Madre, nada le niega el Hijo, como le fue revelado a Santa Brígida, quien oyó a Jesús diciendo a María: "Pide lo que quieras, Madre mía, que nada te negaré yo en el cielo, pues nada me negaste tú en la tierra".

Se llama, por tanto, omnipotente a María en el sentido en que puede serlo una criatura, que siempre será incapaz de un atributo divino. Es y se la llama la *omnipotencia suplicante*, porque con sus ruegos alcanza siempre cuanto quiere.

María, Abogada compasiva, no rehúsa enderezar las causas de los más miserables. Tanta es, en efecto, su benignidad y misericordia que ninguno, por perdida que esté su causa, debe temer acudir a sus plantas, porque no sabe rechazar a nadie que implora su socorro. María, como

Abogada nuestra amantísima, ofrece a Dios sus oraciones y las que nosotros le dirigimos a Ella para obtenernos de Dios el perdón de nuestros pecados, por grandes y enormes que sean, y la salvación eterna de nuestras almas.

María es la reconciliadora de los pecadores con Dios. Esta es su principal ocupación como Abogada nuestra. Pecador, quienquiera que seas, por encenegado que estés en la culpa, por envejecido que te veas en el pecado: no desconfíes, sino agradece a tu Señor que, para usar de misericordia contigo, no sólo te dio a su Hijo por Abogado, sino que, para infundirte más ánimo y confianza, te dio tal Mediadora, que con sus ruegos alcanza cuanto quiere. Vete, recurre a María y te salvarás.

+++

La Santísima Virgen ejerce en los Cielos el oficio de Abogada del género humano, orando e intercediendo por los hombres ante el trono de Dios, y obteniéndoles todas las gracias de la salvación.

Como es sabido, los luteranos y calvinistas niegan que los Santos, y, por lo mismo, la Santísima Virgen María, ruegan e interceden por nosotros.

La razón que esgrimen, al igual que Decimejorge y todos los conciliares, es que uno sólo es el Mediador, Cristo Jesús, cuya intercesión y mérito son por sí solos superabundantes.

Por supuesto que a ellos, incluyéndolo a Bergoglio y a todos los modernistas, les importa muy poco lo que enseña el Magisterio de la Santa Iglesia Católica.

Resumamos esta doctrina.

En el **Concilio Romano**, del año 993 se dice: "Nosotros, que no podemos confiar en nuestra justicia, seremos ayudados continuamente cerca del clementísimo Dios por las preces y méritos de los santos...".

El **Concilio de Trento**, en la sesión XXV, *acerca del Culto de los Santos*, enseña: "Los santos que están reinando con Cristo ofrecen a Dios sus oraciones por los hombres". Lo cual vale principalmente de la Santísima Virgen, que es incomparablemente superior a todos los Santos, como Madre y Reina de todos.

Por eso el **Catecismo Romano** dice: "Nosotros, los desterrados hijos de Eva que habitamos en este valle de lágrimas, debemos invocar continuamente a la Madre de la misericordia y abogada del pueblo fiel, para que ruegue por nosotros pecadores, y pedirle en esta invocación su ayuda, ya que nadie, sino por impiedad nefanda, puede dudar de que sus méritos para con Dios son eminentísimos e inmensa su voluntad de ayudar a los hombres".

El Sumo Pontífice **Sixto IV** escribe: "Reputamos digno y aun obligado que todos los fieles de Cristo den gracias y alaben a Dios omnipotente... por la admirable concepción de la Virgen Inmaculada y que celebren las misas y otros oficios divinos instituidos en la Iglesia y asistan a ellos, invitándoles con indulgencias y remisión de pecados, para que así, por los méritos e intercesión de la misma Virgen, se preparen mejor a recibir la divina gracia".

Pío VII: "Con tanto afán y tanto amor procura la Beatísima Virgen María obtenernos a todos la divina ayuda, que, así como por ella bajó Dios a la tierra, también por ella suben los hombres al cielo".

León XIII dice que María, "en razón de su altísimo y perpetuo ministerio, llegada ya a la inmortalidad, ha de defender nuestra causa".

Pío XII: la llama "Reina y Abogada nuestra amorosísima".

+++

Los Santos Padres y los Escritores Eclesiásticos no han escatimado sus razones y elogios.

San Efrén habla clarísimamente de la intercesión de María cerca de Dios, diciendo: "No te canses de interceder por nosotros, indignos siervos tuyos, antes bien guárdanos seguros de la condenación con tus ruegos hasta el fin de la vida".

San Germán, Patriarca de Constantinopla, exclama: "¿Quién como tú, a semejanza de tu Unigénito, cuida del género humano? ¿Quién así nos defiende en nuestras miserias?... ¿Quién como tú se esfuerza en suplicar por los pecadores?... Tú, que gozas de la confianza y potestad de Madre para con tu Hijo, guardas y defiendes con tus intercesiones y peticiones a los ya condenados por sus culpas y que ni siquiera se atreven a mirar al cielo, y los libras del eterno suplicio".

San Juan Damasceno se dirige a María, diciendo: "¡Oh tú, María!, cuya intercesión no es rechazada ni la oración desoída, pues estás inmediatamente próxima a la Divinidad y más cerca que nadie de la Trinidad santa"

San Anselmo de Cantorbery exclama: "Ruega por mí, Santa Madre de Dios, para que, pues me causa tanto pavor el tribunal de tu Hijo, conociendo la multitud de mis pecados, pueda por tu veneranda intercesión quedar limpio de todas mis culpas, con el riego de la compunción del alma y el rocío de una confesión piísima".

San Bernardo dice: "Busquemos la gracia, y busquémosla por María, porque ella encuentra lo que busca y jamás queda frustrada; el Hijo escuchará a la Madre y ella misma será oída por su reverencia".

Godofredo Abad escribe: "Consuela María al pecador, y como haciendo suyo el pecado, por afecto de compasión, defiende al pecador suplicando al Juez. Pide la Madre misericordiosa por el miserable al Hijo lleno de misericordia. Lloro este pecador, como dijimos, amargamente. La Madre se acerca al Hijo suplicando por el pecador; el Hijo la mira y el pecado se aleja".

De este modo podrían aducirse innumerables testimonios de escritores que pregonan la intercesión de María en favor nuestro.

A todo lo dicho puede añadirse el testimonio de todas las liturgias antiguas, orientales y occidentales, en las que la Iglesia pide el perdón de los pecados y los demás beneficios por los méritos e intercesión de la Virgen Santísima.

Los teólogos exponen las siguientes razones:

a) La Santísima Virgen es dispensadora de todas las gracias; gracias que no puede conferir a éstos o aquéllos más que intercediendo y expresando su deseo de que así se haga, delante de Cristo, y con Cristo, delante del Padre.

b) Y esta intercesión de María no se opone ni implica perjuicio a la de Cristo, pues no hay inconveniente alguno en que, con Cristo, intercesor principal, y bajo su dependencia y con su virtud y autoridad, interceda María por nosotros, con intercesión menos principal y secundaria.

+++

Finalmente, debemos afirmar que la Santísima Virgen ruega en el Cielo por nosotros con oración explícita y formal.

Hay dos clases de oración: una formal y explícita y otra interpretativa.

La *oración formal y explícita* es el acto del que suplica, por el cual pide a Dios algún beneficio.

La *interpretativa* no es otra cosa que el mérito subjetivo del peticionario, por los cuales Dios se mueve a conferir dones, sin petición actual alguna.

Es cosa indudable que María pide en los Cielos por nosotros con oración *interpretativa*.

Pero se trata aquí principalmente de la oración explícita y formal con la que la Santísima Virgen intercede cerca de Dios por nosotros.

San Efrén dice: "Echando mano de tus oraciones de Madre, sana mi alma... Tu Hijo unigénito se complace en tus ruegos... y se alegra también de tus intercesiones, juzgándolo de su gloria, y atiende y cumple tus preces como si te fuera debido".

Teófilo Alejandrino escribe: "Se alegra el Hijo cuando pide la Madre, porque todo lo que, rendido a sus ruegos, nos concede, piensa que lo regala a su Madre, correspondiendo al don de la humanidad que recibió de ella sin intervención de padre alguno".

San Anselmo exclama: "Ruegue y suplique por nosotros la buena Madre, pida ella misma lo que más nos convenga. Ruegue al Hijo por los hijos, al Unigénito por los adoptados, al Señor por los siervos. Que el buen Hijo oiga a la Madre en favor de los hermanos, el Unigénito por los que adoptó, el Señor por los que libró de la servidumbre".

San Bernardo: "Habla, Señora, porque tu glorioso Hijo te escucha"

La Sagrada Liturgia, en el Oficio de *Sancta Maria In Sabbato*, ora de este modo: "Llévenos el Señor al reino de los cielos, por las preces y méritos de la bienaventurada siempre Virgen María y de todos los santos".

Y en las Letanías Lauretanas se responde "*Ruega por nosotros*" a todas las alabanzas que en ellas se dan a María, pidiendo a la Santísima Virgen que presente a Dios nuestras necesidades y que ore e interceda continuamente por nosotros.

La sana teología enseña:

María Santísima es nuestra Abogada. Ahora bien, es propio del cargo de abogado suplicar por los clientes; cosa que la Santísima Virgen cumple con oración no sólo interpretativa, sino también actual y expresa. Porque:

a) No hay razón alguna para que la oración explícita sea impropia de María, pues no supone ni requiere nuevos méritos, que no puede adquirir en el estado glorioso de que goza;

b) ni cede en detrimento de la potestad que en los Cielos tiene, puesto que no es omnipotencia *simpliciter* o esencialmente, sino *omnipotencia suplicante*, que necesita de la eficiencia divina para que lo que desea o pida a Dios se cumpla;

c) ni es inútil la oración de María por saber de antemano que lo pedido en sus preces ya está negado o concedido en el Eterno Decreto de la voluntad divina, pues, como enseña Santo Tomás, la Providencia de Dios preordena las cosas de tal manera, que unas han de suceder independientemente de nuestras oraciones, y para éstas la oración es inútil; otras, en cambio, han de acontecer dependientemente de aquéllas, y así, por lo que toca a nosotros, no son inútiles, ya que hacen de causa media para obtener los efectos que se piden.

Ciertamente que la Santísima Virgen conoce todo lo que Dios hace en la tierra, y, por tanto, al dirigirle sus preces sabe perfectamente lo que Dios ha de hacer en cada caso.

Pero esta presciencia no excluye las súplicas, pues, si conoce que su oración ha de ser eficaz para conseguir lo que pide, pone mayor afecto en las preces, porque a la vez sabe que Dios, impulsado por ellas, ha determinado conceder el efecto; si conoce, en cambio, que la oración no ha de conseguir lo que pide, puede, no obstante, hacerla por simple afecto y por amor al que se lo ruega, como Cristo oró en el huerto para manifestar el afecto de su naturaleza; oración que al fin cedía en honor de Dios y de su culto, sin separarse ni un ápice de la voluntad absoluta del Padre, sino, sometándose a Él totalmente con voluntad eficaz. Del mismo modo también la Santísima Virgen ora alguna vez en favor del cliente que a Ella se dirige, pero sometiendo completamente su voluntad eficaz a la voluntad y decreto eficaz de Dios.

+++

Como ya lo he dicho reiteradamente, conociendo los temores más comunes que inquietan, angustian y hasta agobian a los fieles, es necesario recordar el ministerio que Dios ha asignado a su Madre Santísima, tal como lo expone esta hermosa doctrina que acabamos de considerar, refrendada por el Magisterio de los Sumos Pontífices, la Santa Liturgia y los Santos Padres y Teólogos.

Es importante y necesario tener presente que, de la misma manera que Nuestra Reina y Madre auxilió a los creyentes de todas las épocas, lo mismo hará con los fieles de hoy en día, ya sea guardándolos de algunos acontecimientos, o bien dándoles la fortaleza necesaria para sobrellevarlos.

Es indispensable destacar que María Santísima domina como soberana todos los tiempos de nuestra historia, y, particularmente, el período más temible para las almas: el momento de la venida del Anticristo... Estos son los tiempos de la victoria, de la redención plenaria de Jesucristo y de la intercesión soberana de María, Abogada y Patrona Nuestra.

+++

APÉNDICE

SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO

LAS GLORIAS DE MARÍA

MARÍA, NUESTRA ABOGADA

Ea pues, Señora, Abogada nuestra

I

María es una abogada que tiene poder para salvar a todos

1. María tiene poder por ser Madre de Jesús.

Es tan grande la autoridad de las madres sobre los hijos, que aunque estos sean reyes y tengan poder absoluto sobre todas las personas de su reino, nunca las madres serán súbditas de sus hijos.

Es verdad que Jesús, ya en el cielo, sentado a la diestra del Padre, o sea, como explica santo Tomás, aún en cuanto hombre, por razón de la unión hipostática del Verbo, tiene dominio supremo también sobre María.

Sin embargo, siempre será verdad que en un tiempo, mientras vivió en la tierra nuestro Redentor, quiso someterse a ser súbdito de María, como lo asegura san Lucas: "Y les estaba sujeto" (Lc 2, 51).

San Ambrosio llega a decir que Jesucristo, habiendo decretado que María fuera su Madre, como Hijo estaba obligado a obedecerla.

Por eso, dice Ricardo de San Lorenzo, que de los demás santos se dice que obedecen a Dios, pero que sólo de María puede decirse que no sólo está sometida a la voluntad de Dios, sino que también Dios se ha sometido a su voluntad. Y cuando de las demás vírgenes se dice que siguen al cordero a donde quiera que va (Ap 14, 4), de la Virgen María se puede decir que el cordero la seguía en la tierra acogido a su tutela maternal.

Por eso decimos que María en el cielo, aunque no puede mandar al Hijo, sin embargo sus plegarias serán plegarias de madre, y por eso poderosísimas para obtener cuanto pida.

María, dice san Buenaventura, tiene ante su Hijo el privilegio de ser sumamente poderosa para conseguir lo que desea. ¿Y por qué? Precisamente por lo que venimos diciendo y consideraremos más despacio: Porque las plegarias de María son plegarias de madre.

Y por esa razón, dice san Pedro Damiano, la Virgen puede cuanto quiere, así en el cielo como en la tierra, pudiendo infundir esperanza de salvarse aun a los desesperados.

Por lo cual le dice: "A tí se te ha otorgado todo poder en el cielo y en la tierra; y nada es imposible para tí, que aun a los desesperados puedes levantar a esperar la salvación".

Y añade después que cuando la Madre pide a Jesucristo, llamado altar de la misericordia donde los pecadores obtienen el perdón de Dios, el Hijo tiene tanta estima de las plegarias de María y tiene tanto deseo de complacerla, que en rogando ella, más parece mandar que rogar y parece más señora que esclava.

“Te acercas al altar de la humana reconciliación no sólo rogando, sino mandando, como señora más que como esclava, pues tu Hijo se honra no negándote nada”.

Así quiere honrar Jesús a su querida Madre, él que tanto la ha honrado durante su vida, al otorgarle al instante cuanto le pide o desea. Es lo que hermosamente declara san Germán diciendo a la Virgen: “Tú eres la Madre de Dios, omnipotente para salvar a los pecadores, y no tienes necesidad de otra recomendación ante Dios porque eres la Madre de la verdadera vida”.

2. María intercede a nivel de Madre de Dios

“Cuando manda la Virgen todos obedecen, hasta el mismo Dios”.

No tiene reparo en afirmar esto san Bernardino de Siena, queriendo decir con esta sentencia que ante las órdenes de María todos obedecen, incluso Dios. Queriendo decir en verdad que Dios escucha sus plegarias como si fueran órdenes.

Por eso san Anselmo, hablando con María, le dice así: “El Señor, oh Virgen santa, te ha elevado de manera que por puro don de él tú puedes obtener todas las gracias posibles para tus devotos, ya que tu protección es omnipotente”.

“Tu auxilio es todopoderoso, oh María”, le dice Cosme de Jerusalén.

“Sí, María es omnipotente –dice a su vez Ricardo de San Lorenzo–, porque toda reina según las leyes, goza de los mismos privilegios que el rey; por lo cual, siendo la misma potestad la del hijo y la de la madre, ha sido hecha omnipotente la Madre por el Hijo que es omnipotente”.

De modo que, al decir de san Antonino, Dios ha puesto la Iglesia entera no sólo bajo la protección de María, sino bajo su dominio.

Debiendo tener la madre la misma potestad del hijo, con razón porque es omnipotente Jesús, resulta que también es omnipotente María; pero dejando bien claro que Jesucristo es omnipotente por naturaleza y María lo es por gracia.

Y así sucede que cuando le pide la Madre, nada le niega el Hijo. Así se le reveló a santa Brígida, quien oyó a Jesús que hablando con María le decía: “Pídemelo que quieras, que tu petición no puede quedar vacía”. Madre mía, ya sabes cuánto te amo, por lo cual pídemelo que desees, que sea cual sea tu demanda, la he de escuchar favorablemente. Y dio esta preciosa razón: “Ya que nada me negaste en la tierra, yo nada te negaré en el cielo”. Como si dijera: Madre, cuando estabas en la tierra nada dejaste de hacer por amor mío; ahora que estoy en el cielo es razón que no deje de realizar nada de lo que tú me pides.

María se llama omnipotente del modo en que esto puede decirse de una criatura que no es capaz de un atributo divino. Así, ella es omnipotente porque con sus plegarias obtiene cuanto quiere.

3. María ejerce su poder en favor de los pobres y desvalidos

Con razón es nuestra gran abogada.

Le dice san Bernardo: “Basta que lo quieras y todo se hará”.

Lo mismo san Anselmo: Si tú quieres levantar al pecador más perdido a muy alta santidad, en tu mano está el hacerlo.

San Alberto Magno hace hablar a María de esta manera: "Hay que pedirme que yo quiera, porque si quiero es necesario que se cumpla".

Por lo cual, considerando san Pedro Damiano este gran poder de María, pidiéndole que tenga piedad de nosotros, le dice así: "Muévate tu natural bondad, muévate tu poder, porque cuanto más poderosa eres, tanto más misericordiosa serás".

Oh María, amada abogada nuestra, ya que tienes un corazón tan piadoso que no sabe mirar a los míseros sin compadecerse de ellos, y a la vez tienes ante Dios un poder tan grande como para salvar a todos los que tú defiendes, no te desdeñes de tomar a tu cargo la causa de nosotros miserables, que en ti ponemos toda nuestra esperanza. Si no te conmovieran nuestras plegarias, que te mueva tu compasivo corazón, que te mueva tu inmenso poder, ya que Dios te ha enriquecido con tanta potencia a fin de que cuanto más rica seas para poder ayudar, seas tanto más misericordiosa para querer ayudar.

Y todo esto bien nos lo asegura san Bernardo al decir que María es inmensamente rica tanto en poder como en misericordia; y como es poderosísima su caridad, de igual manera es piadosísima al compadecerse como lo demuestra a cada paso con sus obras.

Desde que vivía en la tierra su único pensamiento, después del de la gloria de Dios, era ayudar a los miserables; y bien sabemos que gozaba del privilegio de ser oída en todo lo que pedía.

Esto se demostró en las bodas de Caná, cuando al faltar el vino la Virgen, compadecida de la vergüenza y aflicción de los de la casa, pidió al Hijo que los consolase con un milagro exponiéndole la necesidad que tenían, diciéndole: "No tienen vino". Y Jesús le respondió: "Mujer, qué nos importa a mí y a ti. Aún no ha llegado mi hora" (Jn 2, 4). Advierte que aunque pareciera que el Señor le negaba la gracia a la Madre al decirle: "Qué nos importa a mí y a ti que les falte el vino". Ahora no conviene hacer un milagro no habiendo llegado aún el tiempo, que será el de mi predicación en el que debo confirmar con los milagros todas mis enseñanzas, sin embargo María, como si el Hijo le hubiera concedido ya la gracia, dijo a los criados: "Haced lo que él os diga". Y Jesús mandó llenar las vasijas de agua, que transformó en excelente vino.

4. *María obtiene de Dios cuanto pide*

¿Y cómo entender esto? Si el tiempo de hacer milagros era el de la predicación, ¿cómo podría anticiparse el milagro del vino contra el decreto divino?

No, responde san Agustín, no se hizo nada en contra de los decretos divinos; porque si bien, generalmente hablando, no era aún el tiempo de hacer milagros, sin embargo, desde toda la eternidad, Dios había establecido con otro decreto general que todo lo que pidiera esta Madre jamás se le negase.

Y por eso, María, muy consciente de su privilegio, aunque aparentemente su Hijo no pusiera mucha atención a su demanda, les dijo a los criados que hicieran lo que él dijera, pues la gracia se iba a conceder.

Esto quiso decir san Juan Crisóstomo al comentar ese pasaje del Evangelio de san Juan, diciendo que aunque Jesús hubiera respondido así, no obstante, por el honor de su Madre, no dejó de

obedecer a su petición: "Y aunque respondió de esa manera, escuchó no obstante los ruegos maternos".

Lo mismo confirma santo Tomás al decir que con aquellas palabras, "aún no ha llegado mi hora", quiere demostrar Jesucristo que hubiera diferido el milagro, si otro se lo hubiera pedido; pero porque se lo pidió la Madre, lo realizó al instante.

Lo mismo vienen a decir san Cirilo y san Jerónimo, como refiere Barradas.

Parecido dijo Jansenio de Gante: "Para honrar a la Madre adelantó el tiempo de hacer milagros".

Es cierto, en suma, que no hay criatura que pueda obtenernos tales misericordias a nosotros miserables como las que puede logramos esta excelente abogada, la cual es honrada por Dios no sólo con ser la amada esclava del Señor, sino siendo su verdadera Madre.

Esto le dice Guillermo de París: "Ninguna criatura puede impetrar de tu Hijo tantas y tales gracias para los miserables como tú les consigues; con lo cual se ve que quiere honrarte, no como a esclava, sino como a su verdadera Madre".

Basta que hable María y todo lo realiza el Hijo.

Hablando el Señor a la esposa de los *Sagrados cantares*, que representa a María, le dice: "Oh tú la que habitas en los huertos, los amigos te están escuchando; hazme, pues, oír tu voz" (Ct 8, 13). Los amigos son los santos, quienes cuando piden alguna gracia en favor de sus devotos esperan que su Reina la pida a Dios y la consiga, porque ninguna gracia otorga Dios sin la intercesión de María. ¿Y cómo ruega María? Basta con hacerle oír a su Hijo su voz: "Haz que oiga tu voz". Basta que hable para que al punto el Hijo, con amor, la escuche.

5. *María ruega en calidad de Madre*

Guillermo explica en este sentido ese pasaje, presentando al Hijo que habla con María, y le dice: "Tú que habitas en los huertos celestiales, intercede con toda confianza por los que quieras, pues no puedo olvidarme de que soy tu Hijo y como a Madre nada te puedo negar. Basta que oiga tu voz, porque oírte tu Hijo es lo mismo que otorgarte lo que quieras".

Dice al abad Godofredo que aunque María consiga la gracia rogando, sin embargo, ella ruega con imperio de Madre. Por eso tenemos que estar plenamente seguros de que ella nos obtiene cuanto desea y cuanto por nosotros pide".

Refiere Valerio Máximo que sitiando Coriolano la ciudad de Roma no bastaron a hacerle desistir todos los ruegos de sus conciudadanos y de sus amigos; pero cuando compareció a rogarle su propia madre, Veturia, ya no pudo resistir a sus ruegos y levantó el sitio. Más poderosa, sin comparación, que las de Veturia son las plegarias de María ante Jesús; y tanto más cuanto que este Hijo es infinitamente agradecido y es supremo su amor a esta su Madre amantísima.

Escribe el P. Miechow: "Un solo suspiro de María es más poderoso que todos los sufragios de los santos".

Esto lo declaró a santo Domingo el demonio por boca de un poseso cuando el santo lo exorcizaba, conforme refiere el P. Paciuchelli, diciendo que vale más ante Dios un suspiro de María que las súplicas de todos los santos juntos.

Dice san Antonino que las plegarias de la santísima Virgen, siendo plegarias de madre, tienen como cierta especie de imperio, por lo que es imposible que no sea oída cuando ruega.

Por eso le habla así san Germán, animando a los pecadores a que se encomienden a esta abogada: Teniendo, oh María, autoridad de Madre de Dios, obtienes el perdón a los más grandes pecadores, pues el Señor, que siempre te reconoce por su verdadera Madre, no puede dejar de conceder cuanto le pidas”.

Santa Brígida oyó que los santos en el cielo decían a la Virgen: “¿Qué hay que tú no puedas? Lo que tú puedes, eso se hará”.

Es lo que se dice en esta célebre sentencia: “Lo que Dios con su poder, tú lo puedes, oh Virgen, con tus ruegos”.

Pues qué, dice san Agustín, ¿no es digno de la benignidad del Señor custodiar de este modo la dignidad de su Madre, siendo así que él declaró haber venido a la tierra no a abolir, sino a cumplir la ley; ley que manda, entre otras cosas, honrar a los padres?

San Jorge, obispo de Nicomedia, dice también que Jesucristo, para satisfacer de algún modo la deuda que tiene con esta Madre por haberle dado su consentimiento para que se hiciera hombre, lleva a cumplimiento todas sus peticiones.

Por eso exclama el mártir san Metodio: “Alégrate, alégrate la que tienes por deudor al Hijo que a todos da y nada recibe de nadie, pero de ti ha querido hacerse deudor tomando tu carne y haciéndose hombre gracias a ti”.

Dice san Agustín: “Habiendo merecido María dar de su carne al Hijo de Dios y preparar con ella el precio de la redención para que fuéramos librados de la muerte eterna, por eso es más poderosa que todos para ayudarnos a todos a conseguir la salvación eterna”.

San Teófilo, obispo de Alejandría, que vivió en tiempo de san Jerónimo, dejó escrito: “El Hijo agradece que le ruegue su Madre, porque quiere concederle todo lo que ella le pida y recompensarle de este modo el favor que le hizo de haberle dado su carne”.

Así es que san Juan Damasceno, dirigiéndose a la Virgen, le ruega de esta manera: “Tú, oh María, siendo Madre de Dios, puedes salvar a todos con tus plegarias, que están avaladas con tu autoridad de Madre. Puedes salvar a todos como Madre del Dios altísimo con preces que están dotadas de autoridad de Madre”.

Concluyamos con san Buenaventura, quien considerando el inmenso beneficio que nos ha dado el Señor al darnos a María por abogada, le dice así: “Oh ciertamente inmensa y admirable bondad de nuestro Dios, que nos ha concedido que tú, Reina del cielo y Madre suya, fueras nuestra abogada para que puedas con tu potente intercesión obtenernos cuanto de bueno deseamos”.

Y prosigue diciendo el mismo santo: “Qué gran piedad de nuestro Señor, quien para que no huyéramos asustados por la sentencia que él puede lanzar contra nosotros nos ha puesto por abogada y defensora a su misma Madre, que es la Madre de la gracia”.

II

María, abogada compasiva, no rehúsa defender la causa de los más desdichados

1. María, compasiva con todos

Son tantos los motivos que tenemos para amar a esta nuestra amorosa Reina, que si en toda la tierra se alabase a María, si en todas las predicaciones sólo se hablase de María, y todos los hombres dieran la vida por María, todo esto sería poco en comparación a la gratitud que le debemos por el amor tan excesivamente tierno que ella tiene para todos los hombres, aunque sean los más miserables pecadores, si conservan para con ella algún afecto y devoción.

Decía el V. Raimundo Jordano, que por humildad se llamaba el Idiota, que María no puede dejar de amar a quien le ama, y no se desdeña de servir a quien le sirve, empleando, en favor de los pecadores, todo su poder de intercesión para conseguir de su Hijo divino, el perdón para esos siervos que la aman. Es tanta su benignidad y misericordia, prosigue diciendo, que ninguno, por perdido que se vea, debe temer postrarse a sus pies, pues no rechaza a nadie de los que a ella acuden.

María, como amantísima abogada nuestra, ella misma ofrece a Dios las plegarias de sus siervos y señaladamente las que a ella se dirigen; porque así como el Hijo intercede por nosotros ante el Padre, así ella intercede por nosotros ante el Hijo y no deja de tratar ante ambos, el negocio de nuestra salvación y de obtenernos las gracias que le pedimos.

Con razón Dionisio Cartujano llama a la Virgen Santísima especial refugio de los abandonados, esperanza de los miserables y abogada de todos los pecadores que a ella acuden.

Pero si se encontrara un pecador que no dudara de su poder, pero sí de la bondad de María, temeroso de que ella no quisiera ayudarlo por la gravedad de sus culpas, lo anima san Buenaventura diciéndole: "Grande y singular es el privilegio que tiene María ante su Hijo, de obtener cuanto quiere con sus plegarias. Pero ¿de qué nos serviría este gran poder de María si no pensara en preocuparse de nosotros? No, no dudemos, estemos seguros y demos siempre gracias al Señor y a su divina Madre, porque si delante de Dios es más poderosa que todos los santos, así también es la abogada más amorosa y solícita de nuestro bien.

Exclama jubiloso san Germán: "Oh Madre de misericordia ¿Quién, después de tu Jesús, tiene tanto interés por nosotros y por nuestro bien como tú? ¿Quién nos defiende en nuestros trabajos y aflicciones, como nos defiendes tú? ¿Quién como tú, se pone a defender a los pecadores combatiendo a su favor? Tu protección, oh María, es más poderosa y cariñosa de lo que nosotros podemos imaginar".

Dice el Idiota, que todos los demás santos, pueden con su patrocinio, ayudar más a sus devotos que a los que no lo son, pero la Madre de Dios, como es la Reina de todos, así es también la abogada de todos.

2. María, siempre a punto para socorrernos

Ella se preocupa de todos, aun de los más pecadores, y le agrada que la llamen Abogada, como ella misma lo declaró a la V. sor María Villani, diciéndole: "Yo, después del título de Madre de Dios, me glorío de ser llamada abogada de los pecadores".

Dice el B. Amadeo, que nuestra Reina, no deja de estar ante la presencia de la divina Majestad, intercediendo continuamente por nosotros con sus poderosas plegarias. Y como conoce en el cielo nuestras miserias y necesidades, no puede dejar de compadecerse; por lo que, con afecto de madre, llena de compasión por nosotros, piadosa y benigna, busca siempre el modo de socorrernos y salvarnos.

Por eso Ricardo de San Lorenzo anima a todos por miserables que sean, a recurrir con confianza a esta dulce abogada, teniendo por seguro que la encontrará siempre dispuestísima a ayudarlo.

El abad Godofredo dice también que María está siempre atenta a rogar por todos.

Exclama san Bernardo: "¡Con cuánta eficacia y amor trata el asunto de nuestra salvación esta buenísima abogada nuestra!"

San Agustín meditando el amor y el empeño con que María se empeña continuamente en rogar por nosotros a su divina Majestad para que el Señor nos perdone los pecados, nos asista con su gracia, nos libre de los peligros y nos alivie de nuestras miserias, dice hablando con la Santísima Virgen: "Eres única en la solicitud por ayudarnos desde el cielo".

Quiere decir: Señora, es verdad que todos los santos quieren nuestra salvación y rezan por nosotros; pero la caridad y ternura que tú nos demuestras en el cielo al obtenernos con tus plegarias tantas misericordias de Dios, nos fuerza a proclamar que no tenemos en el cielo otra abogada más que a ti, y que tú eres la más solícita y deseosa de nuestro bien. ¿Quién podrá comprender la solicitud con que siempre intercede María ante Dios a favor nuestro?

Dice san Germán: "No se sacia de defendernos". Hermosa expresión: Es tanta la piedad y tanto el amor que siente María por nosotros y tanto el amor que nos profesa, que siempre ruega y torna a rogar, y nunca se sacia de rogar por nosotros, y con sus ruegos no se cansa de defendernos.

Pobres de nosotros pecadores, si no tuviéramos esta excelsa abogada, tan poderosa, tan piadosa, y a la vez, tan prudente y sabia, que el juez, su Hijo, no puede condenar a los reos que ella defiende, así lo dice Ricardo de San Lorenzo. Las causas defendidas por esta abogada sapientísima, todas se ganan.

San Juan Geómetra la saluda: Salve, árbitra que dirime todas nuestras querellas. Es que todas las causas que defiende esta sapientísima abogada, se ganan.

Por eso san Buenaventura la llama la sabia Abigail. Fue Abigail la mujer que supo aplacar con sus hermosas súplicas a David cuando estaba enojado contra Nabal, de manera que el mismo David la bendijo agradeciéndola que con sus dulces maneras le hubiera impedido vengarse de Nabal con sus propias manos: "Bendita tú que me has impedido tomar venganza derramando su sangre con mis manos" (1R 25, 33).

Esto es precisamente lo que hace María de continuo en el cielo en beneficio de los pecadores; ella, con sus plegarias tiernas y sabias, sabe de tal manera aplacar a la divina Justicia, que Dios mismo la bendice y como que le da las gracias porque así le impida abandonar y castigar a los pecadores como se merecen.

Por eso, dice san Bernardo, el eterno Padre porque quiere ejercer toda la misericordia posible, además de tener junto a sí a nuestro principal abogado Jesucristo, nos ha dado a María como abogada ante Jesús.

3. *María personifica la misericordia de Dios*

No hay duda, dice san Bernardo de que Jesús es el único mediador de justicia entre los hombres y Dios, quien en virtud de sus propios méritos, puede y quiere, según sus promesas, obtenernos el perdón y la divina gracia; pero porque los hombres reconocen y temen en Jesucristo su Majestad divina, que en él reside como Dios, por eso fue preciso asignar otra abogada a la que pudiéramos recurrir con menos temor y más confianza; y ésta es María, fuera de la cual no podemos encontrar abogada más poderosa ante la divina Majestad y más misericordiosa para con nosotros.

Estas son sus hermosas palabras "El fiel y poderoso, es el mediador entre Dios y los hombres; pero los hombres temen en él la Majestad. Es por tanto necesario que haya un mediador para con el mismo mediador; y nadie más útil para nosotros que María".

Pero gran injuria haría a la piedad de María, sigue diciendo el santo, el que aún temiera acudir a los pies de esta abogada dulcísima, que nada tiene de severo ni terrible, sino que es del todo cortés, amable y benigna.

Lee y vuelve a leer cuanto quieras, sigue diciendo san Bernardo, todo lo que se narra en los Evangelios, y si encuentras algún rastro de severidad en María, entonces puedes temer acercarte a ella. Pues no la encontrarás; por lo cual recurre gozosamente a ella, porque te salvará con su intercesión.

Es muy hermosa la exclamación que pone Guillermo de París, en boca del pecador que recurre a María, diciendo: "A ti acudiré y hasta en ti me refugiare, Madre de Dios, a la que toda la reunión de los santos aclama como Madre de misericordia". Madre de Dios, yo, en el estado miserable a que me veo reducido por mis pecados, recurro a ti, lleno de confianza; y aunque pareciera que me desechas, yo te recuerdo que estás en cierto modo obligada a ayudar, pues todos los fieles en la Iglesia, te llaman y proclaman Madre de misericordia.

"Tú, en verdad, cuya generosidad te hace incapaz de repulsas, cuya misericordia nunca a nadie le falló, cuya amabilidad extraordinaria nunca despreció a nadie que te invocó, por pecador que fuera"... Tú, María, eres la que, por ser tan bien amada de Dios, siempre eres por él escuchada; tu gran piedad jamás le ha fallado a nadie; tu afabilidad, jamás te ha permitido despreciar a un pecador, por enormes que fueran sus faltas, si a ti se ha encomendado.

¿Es que, tal vez falsamente y en vano toda la Iglesia te aclama como su abogada y refugio de los miserables? jamás suceda, Madre mía, que mis culpas puedan impedirte cumplir el gran oficio de piedad que tienes, y con el que eres a la vez, abogada y medianera de paz entre Dios y los hombres, y después de tu Hijo, la única esperanza y el refugio seguro de los miserables. Todo lo que tienes de gracia y de gloria, y la misma grandeza de ser Madre de Dios –si así se puede hablar– lo debes a los pecadores, ya que para salvarlos, Dios te ha hecho su Madre.

Lejos de pensar acerca de esta Madre de Dios, que dio a luz al mundo el manantial de la piedad, que ella vaya a negar su misericordia a un infeliz que a ella recurre.

Puesto que tu oficio, María, es ser pacificadora entre Dios y los hombres, que te mueva a socorrerme tu gran piedad, que es incomparablemente superior a todos mis vicios y pecados.

Consolaos, pues, pusilánimes –diré con santo Tomás de Villanueva– respirad y cobrad ánimo, desventurados pecadores: Esta Virgen excelsa, que es la Madre de vuestro Dios y vuestro Juez, ella misma es la abogada del género humano; idónea porque puede ante Dios cuanto quiere;

sapientísima porque conoce todos los secretos para aplacarlo; y universal porque acoge a todos y no rehúsa defender a ninguno.

III

María es la reconciliadora de los pecadores con Dios

1. María tiene por oficio ejercer la misericordia

La gracia de Dios es un tesoro extremadamente grande y deseable para el cristiano. El Espíritu Santo lo llama tesoro infinito, porque por medio de la gracia divina, somos elevados a la dignidad de amigos de Dios: "Es un tesoro infinito, que a quienes lo han utilizado, los ha hecho partícipes de Dios" (Sb 7, 14).

Por eso Jesús, nuestro Dios y Redentor, no dudó en llamar amigos suyos a los que estaban en gracia: "Vosotros sois mis amigos" (Jn 15, 14). ¡Maldito es el pecado que arrebatara esta bella amistad!: "¡Vuestras iniquidades han puesto separación entre vosotros y vuestro Dios!" (Is 59, 2). Haciendo al alma odiosa para Dios, "odiosos son para Dios el impío y su impiedad" (Sal 14, 9), la transforma de amiga en enemiga de su Señor.

¿Qué debe hacer un pecador que, por desgracia, se ve convertido en enemigo de Dios? Necesita encontrar un mediador, que le obtenga el perdón y le haga recuperar la divina amistad perdida.

"Consolaos –dice san Bernardo– oh miserables que habéis perdido a Dios; tu mismo Señor te ha dado el mediador, y éste es su propio Hijo Jesús que puede obtenerte cuanto desees".

Pero, oh Dios –prosigue el santo– ¿por qué los hombres han de juzgar severo a este Salvador tan compasivo que por salvarnos ha entregado su vida? ¿Por qué han de tener por terrible al que es del todo amable? ¿Qué teméis, pecadores desconfiados? Si estáis atemorizados por haber ofendido a Dios, sabed que vuestros pecados Jesús los ha clavado en la cruz a la vez que sus manos traspasadas, y ha satisfecho por ello con su muerte a la divina justicia, y los ha arrancado de vuestra alma.

Estas son sus hermosas palabras: "Se imagina severo al que es compasivo; terrible al que es amable. ¿Qué teméis, hombres de poca fe? Ya clavó los pecados en la cruz con sus propias manos".

Pero si aún –añade el santo– temes recurrir a Jesucristo porque te espanta su Majestad divina, ya que, hecho hombre no deja de ser Dios ¿quieres otro abogado ante este mediador? Recurre a María, porque ella intercederá por ti ante su Hijo que ciertamente le oirá, y el Hijo intercederá ante el Padre, que nada puede negar a su Hijo amado.

Y concluye san Bernardo: "Hijitos, ésta es la escala de los pecadores, ésta es mi mayor confianza, ésta es toda la razón de mi esperanza". Ésta es la escala de los pecadores, porque por ella suben de nuevo a la alteza de la gracia divina; ésta es mi suprema confianza, ésta es toda la razón de mi esperanza.

2. María nos da la paz

El Espíritu Santo hace decir a la Santísima Virgen: "Yo soy como un muro, y mis pechos como torre desde que fui tan favorecida que hallé en él la paz" (Ct 8, 10). Yo soy, dice María, la defensa de los que a mí recurren, y mi misericordia es para ellos como torre de defensa. Para eso he sido constituida por mi Señor, medianera de paz entre los pecadores y Dios.

"María –dice a este propósito el cardenal Hugo– es la gran reconciliadora que obtiene de Dios la paz para los enemigos, la salud para los perdidos, el perdón para los pecadores, la misericordia para los desesperados".

Por eso fue llamada por su divino Esposo, hermosa como los pabellones de Salomón. En las tiendas de David sólo se trataba de guerra, mientras que en los pabellones de Salomón se trataba sólo de paz. Haciéndonos entender con esto el Espíritu santo que esta Madre de misericordia no trata asuntos de guerra y de venganza contra los pecadores, sino sólo de paz y perdón de sus culpas.

Por eso fue María prefigurada en la paloma de Noé, que saliendo del arca volvió trayendo en su pico un ramito de olivo, como señal de paz que Dios otorgaba a los hombres.

Y así lo dice san Buenaventura: "Tú eres la fidelísima paloma que, interponiéndote ante Dios, has obtenido al mundo perdido la paz y la salvación".

María fue la celestial paloma que trajo al mundo perdido el ramo de olivo, señal de misericordia, ya que en ella nos dio a Jesucristo que es la fuente de la misericordia, habiéndonos obtenido por sus méritos todas las gracias que Dios nos concede.

Y así como por María fue dada al mundo la paz del cielo, como dice san Epifanio, así, por medio de María se siguen reconciliando los pecadores con Dios.

Por eso san Alberto le hace decir: "Yo soy la paloma de Noé que trajo a la Iglesia la paz universal".

También fue figura de María el arco iris que vio san Juan circundando el trono de Dios: "Y un arco iris alrededor del trono" (Ap 4, 3). "Este arco iris –explica el cardenal Vitale– es María que asiste siempre al tribunal de Dios para mitigar las sentencias y los castigos que merecen los pecadores". Y de este arco iris dice san Bernardino de Siena, que habló el Señor cuando dijo a Noé: "Pondré el arco iris en las nubes del cielo y será signo de mi alianza entre mí y entre la tierra... Al verlo me acordaré de mi Alianza sempiterna" (Gn 9, 13-16). María en verdad –dice san Bernardino de Siena– es este arco de paz eterna, porque como Dios, a la vista del arco iris se acuerda de la paz prometida a la tierra, así, ante las plegarias de María, perdona a los pecadores las ofensas cometidas y hace con ellos las paces.

Por eso es también comparada María con la luna: "Hermosa como la luna" (Ct 6, 9). Así como la luna –dice san Buenaventura– está entre el cielo y la tierra, así María se interpone continuamente entre Dios y los pecadores, para aplacar al Señor e iluminar a los pecadores para que retornen a Dios.

3. María emplea sus dones en favor nuestro

Y ésta fue la principal misión que se le confió a María en la tierra, levantar a las almas privadas de la divina gracia y reconciliarlas con Dios.

“Lleva a pacer tus cabritas” (Ct 1, 8). Así le dice el Señor al crearla. Ya se sabe que los pecadores son figurados en los cabritos, y que como los elegidos –figurados en las ovejas– en el juicio final serán colocados a la derecha, así aquellos, serán colocados a la izquierda.

“Pues bien –dice Guillermo de París– los tales cabritos están confiados a tus cuidados, excelsa Madre, para que los conviertas en ovejas, y los que por sus culpas merecían ser lanzados a la izquierda, por tu intercesión, sean colocados a la derecha”.

El Señor reveló a santa Catalina de Siena, que había creado a esta su amada hija como cebo dulcísimo para atraer a los hombres, especialmente a los pecadores, y llevarlos a Dios.

Y en esto es digna de notarse la reflexión que hace sobre este pasaje del Cantar de los cantares, Guillermo abad, cuando dice que “Dios recomienda a María el cuidado de sus cabritos, porque la Virgen no salva a todos los pecadores, sino a los que le sirven y le honran. Por el contrario, aquellos que viven en pecado y no la honran con algún obsequio especial, ni se encomiendan a ella para salir del pecado, éstos no son de los cabritos de María, y en el Juicio final serán colocados a la izquierda con los condenados”.

Desesperado estaba de su eterna salvación un noble caballero, por sus muchos pecados, cuando un religioso le animó a recurrir a la Santísima Virgen, yendo a visitar una devota imagen en cierta iglesia. Fue el caballero a la iglesia y, apenas vio la imagen de María, se sintió como invitado por ella a que se postrara a sus pies y a poner en ella su confianza. Va presuroso, se postra, quiere besar los pies de la imagen, que era de talla, y María, desde la imagen le tiende la mano para dársela a besar, y ve en la mano de María este escrito: “Hijo mío, no desesperes que yo te libraré de tus pecados y de los temores que te oprimen”. Y se cuenta que al leer aquel pecador tan dulces palabras, sintió tanto dolor de sus pecados, y sintió tan intenso amor a Dios y a su dulce Madre que, poco después expiró a los pies de la santa imagen.

¡Cuántos son los pecadores obstinados que cada día atrae hacia Dios este imán de los corazones!, como ella misma se llamó diciendo a santa Brígida: “Como el imán atrae al hierro, así atraigo hacia mí los corazones más endurecidos para reconciliarlos con Dios”.

Yo por mi parte podría referir muchos casos sucedidos en nuestras misiones, en que pecadores que permanecían duros como el hierro a todas las predicaciones, al oír el sermón de la misericordia de María, se compungían y tornaban a Dios.

Cuenta san Gregorio que el unicornio es un animal tan fiero que no hay quien lo pueda cazar; sólo a la voz de una doncella, se rinde, se acerca y se deja atar por ella sin oponer resistencia. ¡Cuántos pecadores más fieros que las mismas fieras, que huyen de Dios, a la voz de esta sublime Virgencita que es María, se acogen a ella y se dejan atar dulcemente con Dios!

4. María es Madre de Dios para ejercer la misericordia

Para eso –dice san Juan Crisóstomo– ha sido hecha la Virgen María Madre de Dios, a fin de que los infelices que por su mala vida no podrían salvarse conforme a la justicia divina, con su dulce misericordia y con su poderosa intercesión, obtengan por su medio la salvación eterna.

Sí –afirma san Anselmo–, ha sido ensalzada para ser Madre de Dios, más en beneficio de los pecadores que de los justos, ya que Jesús declaró que había venido a llamar no a los justos sino a los pecadores. Que por eso canta la Iglesia: “Al pecador no aborreces, porque sin él no serías la Madre del Redentor”.

Así es como la reconviene amorosamente Guillermo de París: "María, estás obligada a ayudar a los pecadores, pues todos los dones, gracias y grandezas –que todas quedan comprendidas en tu dignidad de ser Madre de Dios– todo, si así es lícito hablar, lo debes a los pecadores, pues para ellos has sido hallada digna de tener a Dios por Hijo".

Pues si María –concluye san Anselmo– ha sido hecha Madre de Dios para los pecadores ¿cómo yo, siendo tan grandes mis pecados podré desconfiar del perdón?

La santa Iglesia nos hace saber en la oración de la Misa de la vigilia de la Asunción, que la Madre de Dios ha sido asunta de la tierra al cielo para que interceda por nosotros ante Dios con absoluta confianza de ser escuchada. Reza la oración: "...A la cual la has trasladado de este mundo, a fin de que interceda con toda confianza para que se nos perdonen los pecados".

Por esto san Justino dice que es árbitro: "el Verbo ha puesto a la Virgen como árbitro". Árbitro es lo mismo que apaciguador, a quien las dos partes en conflicto acuden exponiendo sus razones. Con lo que quiere decir el santo que, como Jesús es el mediador ante el eterno Padre, así María es la mediadora ante Jesús, a la cual expone Jesús todos los agravantes que, como juez, tiene en contra de nosotros.

5. María atiende a todos sin excepción

San Andrés Cretense llama a María la fianza y seguridad de nuestra reconciliación con Dios: "Dándonos el Señor esta prenda, nos ha otorgado la garantía de los perdones divinos". Con lo cual quiere significar el santo, que Dios va buscando la manera de reconciliarse con los pecadores perdonándolos, y para que no desconfíen del perdón, les ha dado como prenda a María. Por eso la saluda: "Salve, reconciliadora de Dios con los hombres". Dios te salve, apaciguadora entre Dios y los hombres.

De aquí toma ocasión san Buenaventura y anima a todos los pecadores diciéndoles: "Si temes por tus culpas, que Dios, indignado, quiera vengarse de ti. ¿Qué debes hacer? Vete y recurre a María que es la esperanza de los pecadores; y si después temes que ella rehúse ponerse de tu parte, has de saber que ella no puede dejar de defenderte, porque Dios mismo le ha asignado el oficio de defender a los pecadores".

¿Cómo podrá perecer –exclama el abad Adán– el pecador al que la misma madre del juez se ofrece como madre e intercesora? ¿Y tú, que eres la madre de la misericordia, te desdeñarás de pedir a tu Hijo, que es el juez, por otro hijo tuyo, que es el pecador? ¿Te negarás tal vez, a interceder ante el Redentor por un alma redimida por él, que por salvar a los pecadores ha muerto en la cruz? Ciertamente que no te negarás a ello; antes por el contrario te empeñarás con todo tu amor en rogar por los que a ti recurren, sabiendo, como sabes muy bien, que el mismo Señor que ha constituido a tu Hijo mediador de paz entre Dios y los hombres, al mismo tiempo te ha puesto a ti como apaciguadora entre el juez y el reo.

Inspirado en el mismo pensamiento, dice san Bernardo: "Dale gracias al que te suministró tan gran intercesora".

Seas quien seas, pecador, encenagado en el lodazal de tus culpas y aunque hayas envejecido en el vicio, no desconfíes; da gracias a tu Señor que para tener misericordia contigo, no sólo te ha dado al Hijo por tu abogado, sino que además, para darte ánimo y confianza, ha querido darte una mediadora de tal calidad, que obtiene cuanto quiere con sus plegarias. Ánimo, recurre a María y te salvarás.

DECIMOSEXTO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

La oración de la Santísima Virgen la Omnipotencia suplicante

Continuando con nuestra serie de sermones sobre el papel que desempeña Nuestra Señora en el plan divino de Salvación, consideraremos hoy que la oración de la Santísima Virgen, Madre de Dios, es más eficaz y poderosa que las preces de todos los Santos juntos.

Sabemos que María Santísima domina como soberana todos los tiempos de nuestra historia y, particularmente, el período más temible para las almas: el momento de la venida del Anticristo... Estos son los tiempos de la victoria, de la redención plenaria de Jesucristo y de la intercesión soberana de María.

Bienaventurados los que participan y profesan esta Fe; bienaventurados los que escudriñan las Sagradas Escrituras (cómo se nos ha mandado, en vez de perder el tiempo luchando contra lo que ya no hay tiempo de combatir), y por eso saben, aunque en el claroscuro de la Fe, que el final es hermoso. Ellos son bendecidos por tener Fe, ya que los mismos eventos serán insoportables para los incrédulos.

La comprensión de la misión de Nuestra Señora dispensará mucha luz e infundirá mucha fortaleza para seguir el camino trazado por Dios, al mismo tiempo que dispondrá las almas para recibir los méritos obtenidos por Ella y alcanzar su auxilio y protección.

Pues bien, los Romanos Pontífices enseñan que la oración de la Santísima Virgen es más eficaz y poderosa que las preces de todos los Santos juntos:

Pío VII dice: "Infinidad de veces la iniquidad de los mortales concita contra sí la indignación divina; pero la Madre de Dios es el arca de la alianza sempiterna para que no muera toda carne. Las preces de los demás bienaventurados se apoyan únicamente en la benignidad divina; las de María, en cierto maternal derecho. Por eso, acercándose al trono de su divino Hijo, pide como abogada, ora como sierva, impera como Madre".

León XIII enseña que la intercesión de la Santísima Virgen es de un orden mucho más alto que la de todos los otros santos. He aquí sus palabras: "¿Quién entre todos los bienaventurados se atreverá a competir con la augusta Madre de Dios en merecer la gracia? ¿Y quién conocerá más claramente en el Verbo eterno las angustias que nos oprimen, las necesidades que nos rodean? ¿A quién se le dio mayor poder para mover al Santísimo? ¿Quién podrá igualarse a ella en sentimientos de maternal piedad? Y ésta es la razón por qué no dirigimos a los bienaventurados nuestras preces del mismo modo que a Dios, pues a la Santísima Trinidad pedimos que se apiade de nosotros y a los santos les pedimos oren por nosotros; en cambio, la manera de rogar a la Santísima Virgen tiene algo de común con el culto de Dios, de tal modo que la Iglesia se dirige a ella con las mismas palabras con que suplica a Dios: *Ten misericordia de los pecadores*".

Por su parte, los Santos Padres y los Escritores Eclesiásticos, se expresan de este modo:

San Efrén alaba la intercesión de la Santísima Virgen sobre la de todos los Santos: "Por eso acudo a tu sola eficaz protección, ¡oh Señora, Madre de Dios!... Tú, como ningún otro, tienes gran confianza, libre acceso, con aquel que de ti nació".

San Pedro Damiano: "Refugiarse en ella es la mejor esperanza, ya que ella tiene junto a Dios el primer lugar para pedir entre todos los senadores de la curia celestial".

San Anselmo de Cantorbery: "Tiene el mundo buenos y aun óptimos ayudadores, apóstoles, patriarcas, profetas, mártires, confesores, vírgenes, a los cuales dirijo suplicante mi oración. Pero tú, ¡oh Señora!, eres mejor y más excelsa que todos ellos..., y lo que pueden todos contigo, tú lo puedes sola, sin ellos".

Ricardo de San Víctor: "Por tanto, si los ángeles y las almas santas tienen cuidado de los pecadores y les ayudan con sus méritos y oraciones, hemos de creer que la Santísima Virgen puede tanto en esto cuanto pueden esas criaturas y mucho más que ellas".

Ricardo de San Lorenzo: "La novena prerrogativa de María está en que, pudiendo todos los otros santos y los ángeles suplicar a Cristo y ser oídos de Dios..., ella sola, por su autoridad de Madre, puede mandarle como a Hijo... Por eso nos dirigimos a ella diciendo: *Muestra que eres Madre*, que es tanto como decirle: Imperiosamente y con autoridad materna suplica al Hijo por nosotros".

San Antonino: "La oración de los santos no se apoya en cosa alguna de su parte, sino tan sólo en la misericordia por parte de Dios; pero la oración de María se apoya en la divina gracia, en el derecho natural y en la justicia del Evangelio, porque el hijo está obligado no sólo a oír a los padres, sino también a obedecerlos; cosa que también pertenece al derecho natural, y, por tanto, la oración de María, Madre de Dios, es el modo más excelso de orar, siendo imposible no ser oída, conforme a aquello que, en figura, dijo Salomón a su madre Betsabé al intentar pedirle alguna cosa: *Pide, madre mía, pues no es razón que yo te haga volver el rostro*".

Enseña **Santo Tomás** que, cuanto mayor y más perfecta es la caridad de los Santos en la patria, tanto más oran por los viadores, a quienes pueden prestar la ayuda de sus oraciones; y cuanto más unidos están a Dios, tanto más eficaces son sus preces. Ahora bien, la Santísima Virgen supera en caridad a todos los Santos juntos y está unida a Dios mucho más que todos ellos, que, al fin, no son sino siervos e hijos adoptivos de Dios, mientras que María es Madre de Dios, consanguínea de Cristo y tan cercana a Dios que está como inscrita en la familia divina.

Siendo esto así, la Santísima Virgen supera en poder y eficacia de intercesión no sólo a cada uno de los Santos, sino a toda la Corte Celestial; y por eso la Iglesia se dirige con más frecuencia y más interés a la Virgen que a los otros Santos.

+++

Dando un paso más, vemos que el poder de intercesión de la Bienaventurada Virgen María es tanto que con razón es llamada *Omnipotencia Suplicante*.

Los mismos términos nos indican que el poder de María no es la Omnipotencia *física y simplemente tal*, atributo de sólo Dios; ya que este poder de María no se extiende a todos los posibles, ni puede producir la gracia con eficacia principal, ni hacer milagros por sí misma.

Por tanto, el poder de María es una *omnipotencia moral*, o sea, omnipotencia de impetración, en cuanto que nos alcanza la gracia y otros beneficios que pide para nosotros.

Teniendo esto en cuenta, fácil es interpretar bien el sentido de las fórmulas frecuentemente usadas para encomiar el poder de intercesión de la Santísima Virgen, en las que se la representa en los Cielos rogando de tal modo que, al acercarse al trono del Hijo, parece no pedir, sino mandar, como si por legítimo derecho considerara a Dios como deudor suyo.

En efecto, estas locuciones no pueden tomarse rigurosamente, puesto que, lo que metafóricamente se diga para alabar o ponderar la eficacia de la intercesión de la Santísima Virgen, no ha de entenderse en sentido propio.

Así, pues, la significación de estas fórmulas no está en que María mande propiamente a Dios, sino en que sus preces y deseos alcanzan cerca de Dios una eficacia parecida a la del mandato, privilegio singular de la Santísima Virgen, que a ninguna otra criatura conviene.

Además, esta poderosa impetración de María ha de colocarse en el ámbito de su mediación excelsa, como ceñida al fin de la encarnación, es decir, a restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra.

Los jansenistas, modernistas y conciliares, como siempre, llevan a mal los encomios con que los Santos Padres y escritores celebran entusiasmados el poder y la eficacia de la intercesión mariana; y rechazan sobre todo aquella bellísima fórmula en que María es aclamada *Omnipotencia suplicante*.

Sin embargo, tan grande es el poder de impetración de María, que con razón es llamada y le es atribuido dicho título.

Así lo enseñan los Romanos Pontífices:

Pío IX favorece esta doctrina cuando dice que María es "refugio segurísimo de todos los que están en peligro, y auxiliadora fidelísima y mediadora y conciliadora poderosísima de todo el orbe para con su unigénito Hijo".

Y añade: "Nada hay que temer y de nada desconfiar, siendo ella misma nuestro guía, nuestra inspiradora, siempre propicia y protectora siempre, que, tratándonos con corazón de madre y conduciendo los negocios de nuestra salvación, se muestra solícita por todo el género humano; y, constituida por Dios Reina de cielos y tierra, levantada sobre los coros de los ángeles y de los santos y sentada a la diestra de su unigénito Hijo, Señor nuestro, Jesucristo, pide poderosísimamente con sus preces maternas, halla lo que busca, y jamás queda frustrada".

León XIII dice: "La misma preclarísima María, Madre ciertamente poderosa del Dios omnipotente".

"Libre la Virgen de la primera culpa, elegida Madre de Dios y hecha, por lo mismo, consorte para la salvación del linaje humano, goza de tanta gracia y poder junto al Hijo, que mayor no pudo ni podrá jamás conseguirlo naturaleza humana o angélica".

San Pío X escribe: "Por experiencia sabemos que estas preces, fundadas en la caridad y apoyadas en la intercesión de la Santa Virgen, jamás fueron desoídas".

Pío XI retoma las palabras de León XIII: "La soberana Virgen, concebida sin la primera culpa, fue elegida Madre de Cristo, precisamente para ser hecha consorte en la redención del género humano, por lo cual consiguió tanta gracia y poder para con el Hijo, que mayor no pudo nunca conseguirlo naturaleza alguna, ni humana ni angélica".

Y **Pío XII**, sumamente dolorido por los innumerables y gravísimos males de la guerra en que ardía toda Europa, con grande empeño exhortaba a todos los fieles, principalmente a los niños y jóvenes, a dirigir sus ruegos a la Santísima Virgen para que, lo más pronto posible, por su potentísima intercesión cerca de Dios, terminase tan horrible guerra y volviese la deseada paz a los pueblos.

He aquí sus palabras: "Es nuestro deseo que todos unan sus plegarias a las nuestras, para que Dios misericordioso con su potente mano ponga pronto fin a esta calamitosa tempestad. Y puesto que, como afirma San Bernardo, *es voluntad de Dios que obtengamos todo por medio de María*, recurran todos a María, depositen ante su altar sus plegarias, sus lágrimas, sus angustias y pídanle alivio y socorro... De hecho, es la Bienaventurada Virgen tan poderosa delante de Dios y de su unigénito Hijo que, como canta Dante Alighieri, *quien, deseando la gracia, no recurra a ella, pretende volar sin alas*. En verdad, ella es poderosísima Madre de Dios y, al mismo tiempo, cosa para nosotros tan suave, amantísima Madre nuestra".

+++

Por su parte, los Santos Padres y los Escritores Eclesiásticos son por demás elocuentes al respecto:

San Efrén invoca a María de este modo: "Conmuévase tus entrañas, ¡oh purísima Señora!, para conmigo, y, usando de tu materna confianza con tu Hijo y con Dios, pide la remisión de mis pasados errores..., tanto más teniendo como tienes una voluntad adecuada al poder excelentísimo de que gozas, para que, salvado por tu gracia, te bendiga y te alabe".

San Germán de Constantinopla: "Tú, como tienes autoridad de Madre sobre Dios, consigues la gracia de la remisión aun para aquellos que han pecado enormemente. No puedes por menos de ser oída, ya que Dios te trata en todo como a verdadera Madre suya inmaculada".

San Juan Damasceno: "¡Oh tú, María, cuya intercesión no es rechazada ni desoídas tus peticiones, estás próxima a la Divinidad y te acercas más que nadie a la Trinidad santa!"

San Eutimio, Patriarca de Constantinopla: "Como Madre del Creador, puedes todo lo que quieres... Nada hay, ¡oh Purísima!, que limite tu acción, y tanto puedes cuanto quieres y deseas... Después de Dios, todo lo puedes; y tu Hijo, Dios y Señor de todos nosotros, te concede todo como a Madre, pues con toda justicia se rinde a tus entrañas maternas".

Jorge de Nicomedia: "Tienes como Madre para con el Hijo una confianza inamovible y nunca rechazada; tienes un poder insuperable; tienes una fortaleza invencible... Nada hay que resista a tu poder, nada que se oponga a tu virtud; todo cede a tu petición, todo te obedece, todo sirve a tu mandato".

San Pedro Damiano: "Hizo en ti grandes cosas el que es todopoderoso, y te ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra... Nada hay para ti imposible, pudiendo llevar al desesperado a la esperanza de la felicidad. ¿Cómo es posible que a tu poder se oponga aquel poder que de tu carne tomó carne para sí? Y así te acercas a aquel altar áureo de la reconciliación humana, no rogando, sino mandando; no como esclava, sino como Señora".

San Anselmo de Cantorbery: "Por ti será fácilmente asequible lo que deseamos y por ti será excusable lo que tememos. Y no podrá sufrir que por largo tiempo estés rogando por nosotros aquel a quien tú, ¡oh dulce Madre!, tantas veces consolaste cuando lloraba siendo niño. ¿Quién más poderosa en méritos para aplacar la ira del Juez que tú, siendo como fuiste merecedora de ser la Madre del Redentor y del Juez?"

Eadmero, discípulo de San Anselmo: "Te rogamos, ¡oh Señora!, por aquella misma gracia con que el omnipotente y piadosísimo Dios te levantó hasta el punto de concederte que todas las cosas te fueran, con Él, posibles, nos obtengas ante Él que la plenitud de la gracia por ti merecida obre en nosotros de tal manera que, a su tiempo, nos sea misericordiosamente concedido participar del

premio de la bienaventuranza... Y te rogamos no seas difícil a las súplicas, porque tu mismo benignísimo Hijo estará pronto, sin duda alguna, para oírte y concederte cuanto desees".

Godofredo Abad: "Los otros santos oran al Señor Dios, y orando alcanzan, pero la gloriosa Virgen María, si ciertamente le ruega como a Dios y Señor, sin embargo, como a hombre de ella nacido, piadosamente creemos que se llega a Él con cierto imperio de Madre y consigue lo que quiere. Porque si cualquier santo obtiene de Dios, justo Juez, lo que en justicia se le debe, ésta, que es Madre del Juez y Señora de todos los santos, jamás será defraudada en su derecho de Madre".

Adán de Persenia: "Es tanta tu piedad cuanto el poder. Tan piadosa eres para perdonar a los miserables como poderosa para conseguir lo que pidieres... ¿Cómo has de negar tu gran ayuda a todos los hombres, tú, que no sufres límites ni en la piedad ni el poder? Gozas de infinita piedad y de poder infinito".

Raimundo Jordán: "Omnipotente Virgen María, tu palabra está llena de piedad, porque lo que quieres hacer haces; tu consejo vale siempre, tu voluntad se cumple. Tú eres la que tienes potestad sobre la vida y sobre la muerte...; todo lo puedes por donación de tu propio Hijo, que, siendo omnipotente, te hizo también omnipotente"

+++

El pueblo cristiano, por su parte, en toda necesidad acude confiadísimo al amparo de la Virgen Madre de Dios, a la que cree poderosísima para obtener de Dios lo que quiere.

Los teólogos encuentran honroso en el más alto grado que la Santísima Virgen resplandezca enaltecida con tanto poder de intercesión, y esto por doble título a cuál más excelso: por el de su maternidad divina y por el de su consorcio en la obra de la redención humana.

a) *Por su maternidad divina.*

1º) En cuanto de modo singular se refiere a Dios Padre y al Espíritu Santo.

María, por razón de su maternidad divina adquirió nuevas y maravillosas relaciones con el Padre Eterno, con el cual se comunica en el mismo Hijo, a quien el Padre, desde toda la eternidad, engendra, según la naturaleza divina, y a quien la Virgen María engendró en el tiempo, siguiéndose de aquí entre María y el Padre celestial una cierta unidad parental y como un consorcio jurídico

Asimismo, se relaciona con el Espíritu Santo, por cuya operación concibió a Cristo Salvador, Dios y Hombre.

Por tanto, con razón es llamada socia del Padre en la generación del Hijo, hija suya unigénita, primogénita y única; y también esposa del Espíritu Santo, santuario y templo suyo.

Está claro que por estos títulos han de ser las preces de María poderosísimas y eficacísimas en todo lo que quiere.

2º) Por lo que se refiere al Hijo.

María, como verdadera Madre de Cristo, obra con el Hijo, al interceder por nosotros, con derecho materno, al cual corresponde en Cristo una como obligación de concederle lo que Ella le pide.

Por el hecho mismo de haberle dado a Cristo la carne de que quedó investido, María se hizo acreedora del Hijo y el Hijo deudor de la Madre.

Honra singularísima es de la Santísima Virgen que nadie más que Ella pueda obligar a Dios por razón tan excelsa.

Porque para con los demás Santos Dios se obliga a lo más en virtud de su promesa, sea o no de justicia esta obligación que supone siempre aquella divina promesa, porque sin ella repugnaría al supremo dominio de Dios hacerse deudor de la criatura.

Por eso dice San Agustín: "El Señor mismo se hizo deudor, no tomando, sino prometiendo. A Él no se le dice: *Devuelve lo que tomaste*, sino: *Da lo que prometiste*".

Pero la Santísima Virgen es acreedora de Dios de un modo más sublime y por derecho más estricto. Ella, como verdadera Madre, engendró a Cristo, Dios y Hombre, y, por tanto, atendida su naturaleza humana, Ella fue la primera en darle a Él para que El la retribuyese, de tal modo que Cristo, no en virtud de promesa alguna, sino antecedentemente a todo acto de su voluntad creada, está obligado a su Madre, porque de Ella recibió el ser de hombre.

De aquí que Teófilo de Alejandría dijera: "Se alegra el Hijo con las súplicas de la Madre, porque todo lo que, rendido a sus preces, nos concede, piensa que se lo da a ella misma, y así la recompensa por el don de la naturaleza humana que, sin padre, recibiera de ella".

Además, María, Madre de Cristo, tiene derecho a su amor; pues los hijos deben a sus padres no menos amor que honra y reverencia; honra y reverencia que bien poco agradan si no brotan de lo más íntimo del corazón.

Ahora bien, este derecho de María al amor del Hijo es a la vez, en cierto modo, derecho a que sus preces sean oídas y sus deseos cumplidos.

3º) Por lo que se refiere a la misma Virgen, Madre de Dios.

La divina maternidad es raíz de todas las prerrogativas de María, y en primer lugar de su gracia y caridad ardentísima; de lo cual resulta que, después de Cristo, es Ella sobresaliente en el amor divino, amando a Dios mucho más que todos los Santos juntos.

b) Por el consorcio de la Santísima Virgen con Cristo en la redención.

Como consorte de Cristo en la obra de la redención humana, todo lo que Cristo nos mereció, María nos lo mereció a su modo.

Ahora bien, si la intercesión de Cristo, fundada en los méritos de la redención, plena y perfectamente *condignos*, exige con derecho que se le conceda lo que pide, del mismo modo la oración de María, por la calidad de sus méritos, tiene también derecho a ser oída por Dios y a que se despachen favorablemente las peticiones que hace en favor de sus devotos.

+++

Después de haber puesto tan alto su poder de intercesión, hasta el punto de que justamente se la llame *Omnipotencia suplicante*, a primera vista pudiera parecer que la oración de Nuestra Señora es siempre oída, de modo que nunca queda sin conseguir su efecto.

Ahora bien, la intercesión de la Santísima Virgen que no puede frustrarse, hay que limitarla a las cosas que pide de una manera absoluta, conforme a la voluntad racional.

Por lo tanto, hay que afirmar que la oración de la Santísima Virgen, según la voluntad deliberada, o de razón, siempre es oída, pues esta voluntad se cumple siempre que va de acuerdo con la voluntad divina; es decir, cuando no quiere otra cosa que lo que Dios quiere. Y éste es el caso de la Santísima Virgen, que jamás quiere con voluntad deliberada sino lo que entiende ser agradable a Dios.

DECIMOSÉPTIMO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

La Virgen María intercede por todos los viadores todos y por todos los hombres

Hace ya nueve Domingos que llevamos dicho que es importante y necesario tener presente que, de la misma manera que Nuestra Reina y Madre auxilió a los creyentes de todas las épocas, lo mismo hará con los fieles de hoy en día, ya sea guardándolos de algunos acontecimientos, o bien dándoles la fortaleza necesaria para sobrellevarlos.

Es indispensable destacar que María Santísima domina como soberana todos los tiempos de nuestra historia y, particularmente, el período más temible para las almas: el momento de la venida del Anticristo... Estos son los tiempos de la victoria, de la redención plenaria de Jesucristo y de la intercesión soberana de María.

Bienaventurados los que participan y profesan esta Fe; bienaventurados los que escudriñan las Sagradas Escrituras (cómo se nos ha mandado, en vez de perder el tiempo luchando contra lo que ya no hay tiempo de combatir), y por eso saben, aunque en el claroscuro de la Fe, que el final es hermoso. Ellos son bendecidos por tener Fe, ya que los mismos eventos serán insoportables para los incrédulos.

La comprensión de la misión de Nuestra Señora dispensará mucha luz e infundirá mucha fortaleza para seguir el camino trazado por Dios, al mismo tiempo que dispondrá las almas para recibir los méritos obtenidos por Ella y alcanzar su auxilio y protección.

+++

La Bienaventurada Virgen María intercede por todos los viadores, es decir, los que están en camino al Cielo.

Los hombres, mientras viven en la tierra, pueden hallarse en diversos, estados: en gracia, en pecado, en herejía, en el cisma, en la apostasía y en la infidelidad.

Es indudable que la Santísima Virgen intercede por todos en *general*, puesto que a todos los hombres que tienen uso de razón se les da la gracia próxima o remotamente suficiente para conseguir la salvación.

Y, por todo lo visto anteriormente, consta que María Mediadora coopera, intercediendo en la concesión de todas las gracias.

Pero, para que resalte aún más el poder de María Reina, es conveniente estudiar esta cuestión de un modo más especial, tratando *separadamente* de cada uno de aquellos estados.

+++

Que Nuestra Señora intercede por los *justos* y les ayude maternalmente lo enseña **San Bernardo**: "Conoce con toda certeza y ama a los que le aman, y está muy cerca de los que sinceramente la invocan, principalmente de los que ve semejantes a sí misma en castidad y humildad, si, a la vez, unen la caridad y ponen en Ella, después de en su Hijo, toda su esperanza y la buscan de corazón, orando y diciendo con frecuencia: «Socorre, ioh Señora!, a los que continuamente claman a ti»".

María Santísima, no sólo se entretiene y se recrea en aquellos que están en estado de gracia, sino que, además, los retiene a ellos en la santidad para que ésta no disminuya; es decir, retiene las virtudes para que no huyan, los méritos para que no se pierdan, y detiene a los demonios para que no los dañen.

+++

De la misericordiosísima intercesión de María, Refugio de los pecadores, *en favor de los que ha perdido la gracia*, habla **San Efrén** de este modo: "Eres patrona de los pecadores; pues tal te constituyó Dios, como defensa, refugio y auxilio de ellos".

San Germán de Constantinopla: "Tu patrocinio es más grande que lo que puede alcanzar la inteligencia humana. Tú diariamente tiendes tu mano ayudadora a los que fluctúan en el piélago de los pecados".

Ahora bien: que María tienda su mano a los pecadores no es otra cosa que conseguirles de Dios los auxilios de la gracia para que se enmienden y vuelvan al buen camino.

San Pedro Damiano se dirige así a Nuestra Señora: "Doblega al rebelde, atrae al obstinado, y que tu piedad no rechace al delincuente, ya que tu virginidad purísima dio a luz al autor de la vida misericordiosa".

De aquí que **Teófilo Raynaud** sabiamente diga: "La Santísima Virgen tiene por enemigos a todos los enemigos del Hijo. La misma flecha con que hieren al Hijo hiere también a la Madre, tan estrechamente unida a Él. Por tanto, son enemigos de la Madre de Dios todos los que son rebeldes a Cristo, todos los violadores de la ley, todos los pecadores. Todos, sin embargo, experimentan las bondades y caridad inmensa de la Madre de Dios cuando, por su intercesión, piden perdón y son liberados de la eterna ruina, en la que, de otro modo, quedarían envueltos. Y no espera, por lo general, a prestar su ayuda a los que a Ella se acogen solamente cuando se la piden, sino que también se adelanta en ocasiones y previene los ruegos de los miserables, a impulsos de la caridad en que por nosotros se abrasa".

Y, finalmente, el **Cardenal Sfondrato** dice: "El pecador es el centro de María, pues Dios creó a María por los pecadores; ni existiría siquiera ella si éstos no existiesen. Ángeles, justos, inocentes, perdonadme si digo que María ha sido dada, no a vosotros, sino a los pecadores. Quita el pecado, y la redención es innecesaria: quita la redención, y el Redentor huelga; quita el Redentor, y la Madre del Redentor no existiría. Luego los pecados y los pecadores hicieron que la Madre del Redentor existiera; desdichados son como pecadores, felices porque tal cosa hicieron. Ved cuánto se debe a María. Es grande, es Reina, es Madre; quitados los pecados, nada de esto existiría. ¿Qué maravilla, por tanto, que los mire como su centro y emplee en su ayuda cuanto de poder y amor lleva consigo?".

+++

Pero de los pecadores, unos son *comunes* y otros son *obstinados*.

Comunes son los que, aunque privados de la gracia santificante, no perdieron totalmente el temor de Dios.

Obstinados son los que, sobre la privación de la gracia, que les constituye en estado de pecado, añaden la voluntad de seguir pecando, aunque quede en ellos alguna posibilidad de arrepentimiento.

La obstinación comprende la obcecación y el endurecimiento.

La obcecación, en cuanto que se opone a la iluminación de la mente en las cosas relativas a la salvación, no consiste solamente en la falta de sensibilidad para percibir todo lo que a la salvación se refiere, sino más bien en la perversión o trastorno positivo del juicio, del que habla el Profeta Isaías: *¡Ay de vosotros los que a lo malo decís bueno, y a lo bueno malo; poniendo tinieblas por luz, y luz por tinieblas; poniendo lo amargo por lo dulce, y lo dulce por amargo!*

El endurecimiento nace de la pertinacia de la voluntad, adherida obstinadamente al pecado.

Es, al menos, *próximo a la fe* que a los pecadores *comunes* se les conceden gracias próxima o remotamente suficientes, para que, arrepintiéndose de los pecados, puedan volver al camino de la salvación.

Por lo que hace a los pecadores *obstinados*, se discute entre los teólogos si, en castigo del pecado, se les niega todo auxilio suficiente con que puedan deponer la dureza de su corazón, o si, al menos, se les da a veces alguna gracia sobrenatural, aunque débil y ligera.

Los teólogos afirman más comúnmente que a todos los pecadores se les dé la ayuda suficiente para que puedan convertirse.

Por tanto, podemos decir que la intercesión de la Santísima Virgen, Refugio de los pecadores, se extiende a unos y otros, aunque en distinta forma, como veremos más adelante.

Porque María, constituida por Cristo, al morir en la cruz, Madre de todos los fieles, a todos los abraza con maternal afecto; y es tanta su benignidad que a nadie, ni aun al más desesperado, niega su Patrocinio.

Por eso **San Efrén** la invoca diciendo: "¡Oh María, Virgen y Madre de Dios!, Reina de todos, esperanza de los desesperanzados..."

Como ya hemos dicho, **San Pedro Damiano** ruega a la Santísima Virgen que tienda su mano auxiliadora a los pecadores empedernidos: "Doblega al rebelde, acoge al contumaz, y que tu piedad no rechace al delincuente, ya que tu virginidad purísima dio a luz al autor de la vida misericordiosa".

San Bernardo escribe: "Con razón es llamada Reina de la misericordia la que se cree que abre el abismo de la piedad divina para quien quiere, cuando quiere y como quiere, a fin de que ni el más enorme pecador perezca, al que la Santa de los santos otorga los favores de su patrocinio".

Y **Godofredo Vindoniense** dice: "No hay herida de pecado o crimen alguno tan grave para el que no exista medicina, si María lo quiere".

Cuádrale aquí bien a María, Auxilio de los cristianos, aquel proverbio: *La gota, horada la piedra*, en cuanto que, con su influjo, es decir, con sus continuas súplicas a su Hijo, con las ilustraciones del entendimiento e inspiraciones con que toca el corazón, va ablandando la dureza de los pecadores.

De aquí que **Teófilo Raynaud** diga: "Así también el corazón de piedra, endurecido por las cosas terrenales, va quebrantándose por la constante y asidua, aunque blanda penetración de las influencias con que la Madre de Dios obra en los pecadores, de tal modo que, al fin, ceden y se rompen. Bien conocidas son las historias de muchos que, empedernidos en sus pecados, se rindieron, al fin, ablandados por la ayuda de la Santísima Virgen".

+++

Que María preste sus auxilios a los *infieles* para que lleguen al conocimiento y a la luz del Evangelio aparece del tantas veces citado testimonio de **San Cirilo de Alejandría**, en el que se dice a la Santísima Virgen: "Por ti predicaron los apóstoles la salvación a las gentes...; por ti la preciosa Cruz es adorada en todo el orbe...; por ti toda criatura hundida en la idolatría se ha convertido al conocimiento de la verdad...; por ti llegaron al santo bautismo todos los fieles y se han fundado iglesias en todo el mundo".

Como ejemplos claros y de dos épocas bien distantes, tenemos la intercesión de Nuestra Señora, tanto en Zaragoza, por medio del Pilar bendito, como en el Tepeyac, por la tilma sagrada de la Guadalupeana.

+++

Finalmente, que también la Santísima Virgen interceda por los *herejes, apóstatas y cismáticos*, para que retornen a la unidad de la Iglesia católica, lo enseña **San Germán de Constantinopla**, quien la dirige este ruego: "Acuérdate de los cristianos, que son tus siervos; recomienda las preces de todos, sostén sus esperanzas, afianza la fe, estrecha en la unidad a las Iglesias".

Y así, Su Santidad **León XIII**, dejándose llevar de su amor a los disidentes, exhorta fervorosísimo a todos que pidan con todas sus fuerzas a la Santísima Virgen por el retorno a la Sede Romana de las iglesias separadas: "Por tanto, así como a María, autora y guardadora eximia de la unidad, se unió la primitiva Iglesia en las preces, también es oportunísimo en estos días hacerlo así por todo el orbe cristiano. Conviene que todos aquellos a quienes las calamidades de los tiempos separaron en vano de esta unidad, esta misma Madre, cuya fecundidad es perpetuamente aumentada por Dios con santa prole, los engendre de algún modo otra vez para Cristo".

También **Pío XI** lo recomienda diciendo: "Ojalá que el Salvador, Dios nuestro, que desea que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad, escuche nuestros fervientes ruegos, a fin de que se digne llamar a la unidad de la Iglesia a todos los extraviados. Y en este asunto, ciertamente gravísimo, acudamos a la Santísima Virgen, Madre de la divina gracia, vencedora de todas las herejías y auxilio de los cristianos; y queremos que a ella se acuda para que cuanto antes nos alcance el advenimiento del día, tan anhelado por Nos, en que todos los hombres oigan la voz de su divino Hijo, guardando la unidad del espíritu en vínculo de paz".

+++

Sin embargo, la Santísima Virgen María no intercede igualmente por todos los hombres.

El modelo de oración de María es la oración de Cristo. Y como Jesucristo no oró igualmente por todos los hombres, otro tanto debe decirse de María.

Orar no es otra cosa que expresar a Dios el deseo o la voluntad propia para que Él la cumpla; y como la voluntad absoluta de María, según se ha dicho, está siempre conforme con la de Cristo, las preces de uno y otra tienen que asemejarse en todo.

Ahora bien: Cristo Jesús, en la misma noche de la Pasión, expresó claramente el objeto total de su interpelación hablando al Padre de este modo: *He manifestado tu nombre a los hombres que me diste del mundo. Tuyos eran y me los diste, y guardaron tu palabra... Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por estos que me diste, porque tuyos son.*

Enseña **San Agustín**: "Por el mundo se entiende los que viven según la concupiscencia del mundo".

¿Por qué Cristo no ora por el mundo, o, mejor, por qué ruega de distinto modo por el mundo y por los fieles, habiéndose llamado a sí mismo Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, siendo propiciación por los pecados de todos, queriendo que todos los hombres sean salvos y lleguen al conocimiento de la verdad; y habiendo orado por los mismos que le crucificaban, quienes ciertamente eran del mundo?

Lo explica **Maldonado** de este modo: "Podría preguntarse, ¿cómo dice que no ora por el mundo, cuando poco después oró por los que le crucificaban, que, en realidad, eran del mundo?"

El morir supone caridad más intensa que el orar. Bien claro está que Cristo murió y oró por todos; pero, la muerte de Cristo puede considerarse bajo dos aspectos:

- o por lo que hace a su virtud y fuerza y a la voluntad que llaman *antecedente* del mismo Cristo que muere, y del Padre, que le envía a morir,
- o por lo que se refiere al efecto y fruto que de su muerte había de seguirse y a la voluntad que llaman *eficaz y consiguiente*.

Así también hay que distinguir en Cristo dos clases de oración:

- una *suficiente*, pero no eficaz,
- y otra suficiente y *eficaz* en todo.

Consideradas la muerte y oración de Cristo en el primer aspecto, ciertamente que Cristo murió y oró por todos, pues su muerte tuvo mérito y fuerza suficientes para salvar a todos los hombres, y su voluntad primera y antecedente fue que todos se salvaran, y por eso se dice en San Lucas que oró por todos.

Pero, si se atiende al efecto, como éste no dependía de la sola voluntad de Cristo, sino también de la de los hombres que habían de salvarse, y no todos quisieron recibir el beneficio de la redención ofrecida por Cristo, no todos se salvaron ni rogó por todos, sino por aquellos que habían de creer".

Así también María, aunque Corredentora de todos los hombres, no ora igualmente por todos, a semejanza de Cristo, sino de manera suficiente por unos y eficazmente por otros, según que rechacen o no el beneficio de la redención, se adhieran a Cristo y acudan a ella como Madre.

De aquí que **San Buenaventura** diga: "Pero, aunque la gracia de la Virgen pueda llegar a todos en su abundancia, debe entenderse en cuanto a la impetración, no en cuanto a la infusión de la misma; y aunque en todos redunde en cuanto a la suficiencia, no así en cuanto a su eficacia, sino sólo en aquellos que se preparan para recibirla".

+++

Resumamos el papel de María Santísima en el Cielo intercediendo continuamente ante Dios por nosotros, sus hijos, desterrados en este valle de lágrimas.

Y lo hace por todos absolutamente: los buenos y los malos, los cristianos y los paganos, los que la conocen y los que la ignoran, los que la aman y los que blasfeman de Ella.

No olvidemos que María no es solamente nuestra dulcísima Madre, sino también la Abogada y Refugio de pecadores, de la que nunca se oyó decir que desamparase a quien la invocó y dejase de atender incluso al que no se acordó de acudir a su bondad y misericordia inagotables.

Su estado glorioso le permite desempeñar con mayor perfección su misión maternal. Desde el Cielo puede hacer por todos lo que sólo a favor de un reducido número hubiera podido realizar en este mundo; *puede preocuparse de cada uno en particular con una continua solicitud.*

En cierto modo puede afirmarse que la Asunción ha multiplicado su Corazón, haciéndolo presente en todas partes.

A través de la luz divina conoce todas las necesidades y asiste a todas las situaciones de los hombres; se informa de sus deseos y escucha sus plegarias por insignificantes que sean.

No existe sufrimiento humano cuyo eco no repercuta en Ella y quede socorrido y aliviado.

Ininterrumpidamente presenta a Dios el cuadro de miserias del mundo para volcar sobre él su misericordia, ofreciéndole las súplicas y demandas de los hombres para transmitirles favorable acogida.

La intimidad de que goza ante la Santísima Trinidad la pone al servicio de cuantos siguen luchando y sufriendo. Cuanto más cerca de Dios está su Corazón glorioso, tanto más inmediato queda, por lo mismo, a los hombres.

En su Corazón maternal, infinitamente dilatado y adaptado a las dimensiones del universo, todos los afanes de la humanidad despiertan el más vivo interés, y todas las dificultades personales encuentran una compasiva atención.

Por encima de todo pone su solicitud en hacer triunfar la empresa del Salvador en las almas. *Todo su esfuerzo se resume en dilatar la soberanía de Cristo.*

Si puede afirmarse que todos los dolores de la humanidad hacen eco en su Corazón, por el que se propaga la dicha a los hombres, es necesario añadir que esta misión del Corazón de María *comienza y concluye en Cristo.*

La infinidad de favores por Ella dispensados no tienen otro objetivo que el de *dar a Cristo*, en el cual van incluidos todos los demás dones. Este don es su razón de ser: destinada María, Madre de Dios, por el Creador a dar al mundo a su Salvador, ha consagrado todo su amor y toda su gloria celestial a facilitarnos este don para unirnos con Cristo.

+++

Por todo esto, y como ante los eventos inminentes, los comunes e invariables (como son la familia, los hijos, lo económico, lo material, las enfermedades, la muerte...), así como los que son propios del tiempo que nos toca vivir (la apostasía generalizada, el epílogo del misterio de iniquidad y la llegada del Anticristo...), en vista de estos sucesos es muy probable que muchas o todas nuestras "seguridades" se pierdan..., y con ellas "nuestras esperanzas"..., e incluso La Esperanza..., repetimos que la Santísima Virgen ejerce en el Cielo el oficio de Abogada del género humano, orando e intercediendo por los hombres ante el trono de Dios.

Ella intercede desde el Cielo por todos los hombres del mundo, buenos y malos, justos y pecadores, fieles o infieles, sin excepción alguna.

La razón es porque, siendo Madre y Corredentora absolutamente de todos, a nadie absolutamente excluye de su oración y desvelo maternal.

A los justos les alcanza la perseverancia en el bien y el aumento de su fe, esperanza y caridad; a los pecadores, la gracia del arrepentimiento y del perdón (a no ser que ellos la rechacen obstinadamente); a los herejes, la vuelta a la integridad de la fe (si ellos colaboran a ello), y a los infieles o paganos, las gracias iluminativas *suficientes* para que se vuelvan al verdadero Dios y se salven.

Dios mediante, el próximo Domingo consideraremos uno de los temas más consoladores en torno al gran problema de nuestra salvación eterna, es decir, la verdadera devoción a María como una de las señales más claras e inequívocas de pertenecer al número de los predestinados y uno de los medios más eficaces para obtener de Dios el gran don de la perseverancia final, conectada infaliblemente con la salvación eterna.

DECIMOCTAVO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

La devoción mariana como señal de predestinación y perseverancia final

Como ya saben, estamos considerando y meditando la participación de Nuestra Señora en el Plan divino de Redención, Santificación y Salvación de las almas con la intención de sostener a los fieles conociendo los temores más comunes que les inquietan, angustian y hasta agobian.

En vista de los sucesos que nos aguardan, es muy probable que muchas o todas nuestras "seguridades" se pierdan..., y con ellas "nuestras esperanzas"..., e incluso La Esperanza...

Y, precisamente por eso, es importante y necesario tener presente que, de la misma manera que Nuestra Reina y Madre auxilió a los creyentes de todas las épocas, lo mismo hará con los fieles de hoy en día, ya sea guardándolos de algunos acontecimientos, o bien dándoles la fortaleza necesaria para sobrellevarlos.

+++

Como anticipé el Domingo pasado, vamos a tratar hoy uno de los temas más consoladores en torno al gran problema de nuestra salvación eterna: la verdadera devoción a María es una de las señales más claras e inequívocas de pertenecer al número de los predestinados y uno de los medios más eficaces para obtener de Dios el gran don de la perseverancia final, conectada infaliblemente con la salvación eterna.

Es sabido que el problema de la divina predestinación no ha logrado aclararlo del todo hasta hoy ninguna escuela teológica.

El enigma indescifrable de la concordia entre la gracia eficaz y la libertad creada, entre la soberana independencia e iniciativa divinas y la cooperación voluntaria del hombre, solamente aparece radiante de luz y claridad ante los ojos de los bienaventurados en la visión beatífica.

Los que vivimos todavía acá en la tierra tenemos que contentarnos con adorar el misterio sin tratar de descifrarlo, lo que sería vano empeño y loca temeridad.

Pero, sea cual fuere el enfoque que se le dé al formidable problema o la escuela teológica a que se pertenezca, todos los teólogos católicos están completamente de acuerdo en los siguientes puntos, que pertenecen expresamente a la fe católica o son doctrina cierta y común en teología, y son más que suficientes para que cada uno trabaje con seriedad en la salvación de su alma, sin preocuparse demasiado de como haya de resolverse el problema de la predestinación:

1° Dios quiere sinceramente que todos los hombres se salven.

2° En consecuencia, Cristo murió por todos los hombres sin excepción.

3° En virtud de su voluntad salvífica y en atención a los méritos de Cristo Redentor, Dios ofrece siempre a todos los hombres las gracias necesarias y suficientes para que de hecho puedan salvarse, si quieren.

4° Dios no ha predestinado a nadie al mal.

5° Que algunos se salven, es don del que salva; pero que algunos se pierdan, es merecimiento de los que se pierden.

6° Los malos se perdieron, no porque no pudieron ser buenos, sino porque no quisieron ser buenos y por su culpa se condenaron.

7° Dios no manda cosas imposibles a nadie, sino que, al mandar alguna cosa, nos avisa que hagamos lo que podamos y pidamos lo que no podamos y nos ayuda para que podamos.

Por lo tanto, *con temor y temblor*, debemos trabajar por nuestra salvación, sabiendo que, sea cual fuere la solución del problema de la divina predestinación, la salvación eterna está al alcance de cada uno.

+++

Por su parte, la perseverancia final es un gran don de Dios, que hace coincidir el estado de gracia con el instante mismo de la muerte. Significa sencillamente *morir en gracia de Dios*.

Forma parte de la divina predestinación. Por lo mismo, todos los predestinados recibirán de Dios, infaliblemente, el gran don de la perseverancia final, puesto que una cosa supone y lleva consigo necesariamente la otra.

En torno a este gran don hay que tener en cuenta lo siguiente:

1° Ningún justo, por muy perfecto que sea, puede perseverar largo tiempo en el estado de gracia sin un auxilio especial de Dios.

2° La perseverancia final en la gracia es un gran don de Dios, enteramente gratuito, que, por lo mismo, nadie puede merecer.

3° Nadie puede saber con absoluta e infalible certeza, a no ser por revelación especial de Dios, si recibirá o no el gran don de la perseverancia final.

4° Sin embargo, podemos conjeturar en cierto modo nuestra perseverancia final a base de las llamadas *señales de predestinación*.

+++

Ahora bien, la verdadera devoción a la Virgen Santísima constituye una de las mayores señales de predestinación que pueden encontrarse en una determinada persona, así como el sentir poco atractivo, y sobre todo tratar de rebajar la importancia de esta devoción, constituye uno de los más terribles síntomas de eterna reprobación.

En efecto, sabemos que Dios ha dispuesto que *todas las gracias* que han de concederse a los hombres pasen por María, como Mediadora y Dispensadora universal de todas ellas. Por lo mismo, el verdadero devoto de María *entra en el plan salvífico de Dios*, que lo ha dispuesto libremente así.

Y, por el contrario, el que se aparta *voluntariamente* de María, se aparta, por lo mismo, del plan divino de salvación.

El primero lleva consigo, por consiguiente, una *gran señal* de que pertenece al número de los predestinados a la gloria; el segundo, en cambio, lleva consigo — por su voluntaria resistencia a entrar en los planes de Dios— un espantoso signo de eterna reprobación.

+++

Este argumento ha sido invocado siempre por la Tradición católica y por el Magisterio de la Iglesia, a través de los Sumos Pontífices y de la Liturgia.

La prueba sacada de la Tradición es sencillamente abrumadora; se cuentan por millares los textos de los Santos Padres, teólogos y expositores sagrados. Citamos tan sólo unos pocos por vía de ejemplo.

San Ireneo: “María ha sido constituida causa de salvación para todo el género humano”.

San Juan Damasceno: “¡Oh Soberana mía!, acepta la plegaria de uno de tus siervos. Es verdad que es pecador; pero Te ama ardientemente, Te mira como a la única esperanza de su alegría, como a la protectora de su vida, como a su Mediadora ante el Señor, como a la prenda segura de su salvación”.

San Anselmo: “Es imposible que se pierda quien se dirige con confianza a María y a quien Ella acoge bien”.

San Bernardo: “Recorre a María... Te doy garantía segura: Ella será oída por su reverencia. El Hijo oirá a la Madre, de la misma manera que el Padre oye al Hijo. Hijitos, María es la escala de los pecadores, es mi más grande esperanza, es la razón de toda mi esperanza...”

Ludovico Blosio: “Tú, después de tu Unigénito Hijo, eres la esperanza segura de los fieles... ¡Salve, oh esperanza oportuna de los desesperados! No puede perecer quien haya sido constante y humilde devoto de María”.

San Luis María Grignon de Montfort: “Es una señal infalible de reprobación... el no tener estima y amor a la Santísima Virgen; así como, por el contrario, es un signo infalible de predestinación el entregarse y serle devoto entera y verdaderamente”.

La Jerarquía Católica, con su Magisterio Ordinario, a través de los Sumos Pontífices, de la Liturgia y de los Obispos esparcidos por todo el mundo, ha bendecido, aplaudido y fomentado de mil diversas formas esta convicción profunda de todo el pueblo cristiano, en el que no es posible el error común o colectivo.

Escuchemos, por vía de ejemplo, la voz autorizada de los Sumos Pontífices del pasado siglo:

Benedicto XV: “Es muy constante entre los fieles la opinión, comprobada por larga experiencia, de que no perecerán eternamente los que tengan a la Virgen por Patrona”.

Pio XI: “No puede sucumbir eternamente aquel a quien asistiere la Santísima Virgen, principalmente en el crítico momento de la muerte. Y esta sentencia de los doctores de la Iglesia,

de acuerdo con el sentir del pueblo cristiano, y corroborada por una ininterrumpida experiencia, se apoya muy principalmente en que la Virgen dolorosa participó con Jesucristo en la obra de la redención, y, constituida Madre de los hombres, que le fueron encomendados por el testamento de la divina caridad, los abrazó como a hijos y los defiende con todo amor”.

Pio XII: “Tú eres luz en las dudas, consuelo en las tristezas, alivio en las angustias, refugio en los peligros y tentaciones. Tú eres, después de tu Unigénito, salvación cierta. ¡Dichosos los que te aman!”

“Tenemos por cosa averiguada que, dondequiera que la Santísima Madre de Dios es obsequiada con sincera y diligente piedad, jamás puede fallar allí la esperanza de salvación”.

“El culto de la Virgen Madre de Dios, como dicen los teólogos, es señal de predestinación”.

Esta enseñanza del Magisterio oficial de la Iglesia se manifiesta también a través de la Liturgia. Como es sabido, *la ley de la fe establece la ley de la oración*, ya que la Iglesia no puede proponer a la oración universal de los fieles una doctrina errónea o no del todo conforme con la doctrina de la fe. Por eso el argumento litúrgico tiene un gran valor en teología.

Pues bien, en la Liturgia se nos inculca claramente la doctrina que venimos exponiendo en torno a la devoción a María como señal de predestinación. Véanse, por ejemplo, los siguientes textos de la Sagrada Escritura, que, aunque en su sentido literal y primario, se refieren directamente a Cristo, la Iglesia los aplica también, extensivamente, a su Madre Santísima:

“Quien me hallare, hallará la vida y alcanzará la salvación del Señor” (Prov 8, 35).

“Los que me honran, obtendrán la vida eterna” (Eclo 24, 31).

Queda, pues, asentado que el Magisterio de la Iglesia, a través de los Sumos Pontífices y de la Liturgia, se hace eco del sentir de la Tradición y de todo el pueblo cristiano, que ha visto siempre en la verdadera devoción a María una de las señales más claras y eficaces de eterna predestinación.

+++

Una de las cuestiones más íntimamente relacionadas con la divina predestinación es la de la perseverancia final en la gracia, o sea la muerte en gracia y amistad con Dios, que lleva consigo, infaliblemente, la salvación eterna.

Ya hemos dicho que nadie puede saber con absoluta e infalible certeza si recibirá o no de Dios el gran don de la perseverancia final en la gracia divina; pero que, sin embargo, podemos conjeturarlo por las llamadas señales de predestinación, entre las cuales entra la verdadera devoción a María Santísima.

De este modo, es moralmente imposible que deje de obtener de Dios el gran don de la perseverancia final quien se lo pida ferviente y diariamente por intercesión de su Madre Santísima.

A la eficacia de la oración, se añade la intercesión efficacísima de María como Mediadora universal de todas las gracias y como *Omnipotencia suplicante*, que obtiene cuanto quiere de Dios.

Como el próximo viernes comienza el Mes de Octubre, llamo la atención sobre la eficacia incomparable del rezo piadoso y diario del Santísimo Rosario en orden a obtener de Dios, por intercesión de María, el gran don de la perseverancia final, que corona todos los demás dones de Dios y sin el cual para nada nos aprovecharían todos los demás.

Por lo tanto, es moralmente imposible que deje de obtener de Dios, por intercesión de María, el gran don de la perseverancia final todo aquel que rece diaria y piadosamente el Santísimo Rosario con esta finalidad.

El Rosario mariano, en efecto, recitado diaria y piadosamente, reúne en grado superlativo todas las condiciones para la eficacia infalible de la oración, añadiendo, por si algo faltara, la intercesión omnipotente de María.

Nada tiene, pues, de extraño que **Pío XI** finalizase una oración en honor de la Virgen del Rosario con estas hermosísimas palabras:

“¡Oh corona del Rosario de mi Madre!, te aprieto contra mi pecho y te beso con veneración. Tu eres el camino para alcanzar toda virtud, el tesoro de los merecimientos para el Paraíso, la prenda de mi predestinación, la cadena fuerte que tiene a raya al enemigo, fuente de paz para quien te honra en vida, auspicio de victoria para quien te besa en la muerte. En aquella hora extrema, te aguardo, ¡oh Madre!; tu aparición será la señal de mi salvación, tu Rosario me abrirá las puertas del Cielo”.

Además del rezo piadoso del Santísimo Rosario, existen otras devociones marianas relacionadas íntimamente con el problema formidable de nuestra salvación eterna. Las principales son la Comunión reparadora de los cinco primeros sábados de mes y la de llevar piadosamente y con buena conciencia el Santo Escapulario del Carmen, tan venerable por su antigüedad y por la piadosa tradición de haber recaído sobre él una promesa mariana de salvación.

La experiencia ha mostrado también ser muy eficaces —sobre todo para la conversión de los pecadores— la llamada Medalla Milagrosa y el Escapulario Verde.

Dios mediante veremos todo esto el próximo Domingo.

+++

Por el momento, tengamos en cuenta que nuestra vida es una lucha continua. Desde la cuna al sepulcro debemos luchar. Si queremos salir victoriosos en esta batalla, debemos usar los medios que el Señor nos ha concedido.

Todos estamos necesitados del auxilio de lo alto, sobre todo en tres momentos esenciales de nuestra existencia:

1º) en los contratiempos y peligros constantes de la vida;

2º) en la hora de la muerte, para morir en la gracia de Dios;

3º) para salir pronto del Purgatorio, si debemos purgar nuestros pecados en esa mansión de sufrimiento.

Pues bien, como veremos, Dios mediante, el próximo Domingo, la piadosa y santa devoción al Santo Escapulario soluciona estos tres problemas.

Por llegar su protección a todos los momentos de la vida, al momento crucial de la muerte e incluso más allá de ella, las credenciales del Santo Escapulario son: **«En la vida protejo; en la muerte ayudo; después de la muerte salvo».**

+++

A la luz de esta doctrina y sus enseñanzas, insisto en que es indispensable destacar que María Santísima domina como soberana todos los tiempos de nuestra historia y, particularmente, el período más temible para las almas: el momento de la venida del Anticristo... Estos son los tiempos de la victoria, de la redención plenaria de Jesucristo y de la intercesión soberana de María.

Bienaventurados los que participan y profesan esta Fe; bienaventurados los que escudriñan las Sagradas Escrituras (cómo se nos ha mandado, en vez de perder el tiempo luchando contra lo que ya no hay tiempo de combatir), y por eso saben, aunque en el claroscuro de la Fe, que el final es hermoso. Ellos son bendecidos por tener Fe, ya que los mismos eventos serán insoportables para los incrédulos.

La comprensión de la misión de Nuestra Señora dispensará mucha luz e infundirá mucha fortaleza para seguir el camino trazado por Dios, al mismo tiempo que dispondrá las almas para recibir los méritos obtenidos por Ella y alcanzar su auxilio y protección, tanto en esta vida como en la otra.

SOLEMNIDAD DEL SANTÍSIMO ROSARIO

Principales manifestaciones marianas

Llevamos más de dos meses desarrollando esta serie de sermones con la finalidad de hacer ver la participación de Nuestra Señora en el Plan divino de Redención, Santificación y Salvación de las almas, recordando la misión y el ministerio que Dios ha asignado a su Madre Santísima.

Es muy importante y necesario tener presente que, de la misma manera que Nuestra Reina y Madre auxilió a los creyentes de todas las épocas, lo mismo hará con los fieles de hoy en día, ya sea guardándolos de algunos acontecimientos, o bien dándoles la fortaleza necesaria para sobrellevarlos.

En efecto, Dios interviene en la historia a través de la Santísima Virgen María. Desde el Paraíso Terrenal, Dios había profetizado esta intervención contra el demonio, la serpiente infernal: *Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu posteridad y la de ella; ella te aplastará la cabeza y tú la acecharás en el talón.*

La primera intervención manifiesta de María Santísima en la Historia de la salvación tiene lugar en el momento de la Encarnación, como señala San Luis María Grignon de Montfort: *Fue a través de la Santísima Virgen María que Jesucristo vino al mundo.* A través de su *Fiat*, Nuestra Señora imprime una modalidad mariana en todo el orden providencial divino. Por eso, San Luis María prosigue su afirmación en estos términos, *y es también por ella que debe reinar en el mundo.*

Precisamente, por su Corredención y Mediación universal de todas las gracias, la Virgen Santísima interviene en todo momento en la historia de la salvación. Y esto ha de suceder hasta el fin de los tiempos. San Luis María es clarísimo al respecto: *Es por María que comenzó la salvación del mundo, y es por María que debe consumarse.*

Entonces, no es de extrañar que la Virgen María se haya manifestado todo a lo largo de la historia de la Iglesia por múltiples y variadas apariciones.

En este Primer Domingo del mes de octubre, dedicado al Santísimo Rosario, recordemos y meditemos las intervenciones marianas que destacan más que *es por María que comenzó la salvación del mundo, y es por María que debe consumarse.*

+++

En la constante y prodigiosa intervención de la Santísima Virgen María en favor de sus hijos ocupa un lugar de predilección su aparición a Santiago el Mayor a orillas del Ebro, en Zaragoza, España.

Transcurría la noche del 1º al 2 de enero del año 40 cuando los siete primeros discípulos, vencidos por el cansancio, terminaron por dormirse; el Apóstol Santiago continuó solo en oración. Al mismo tiempo oraba la Santísima Virgen María en su oratorio del monte Sión, en Jerusalén. Presentándosele su glorioso Hijo le comunicó su voluntad de que fuese a visitar a Santiago y ejecutase todo cuanto le dictaba su inspiración. Un coro de Ángeles la colocaron en un brillante Trono de Luz y la llevaron a Zaragoza, cantando alabanzas a Dios y a su Reina. Otros Ángeles formaron una imagen suya de una madera incorruptible y labraron una columna de mármol de jaspe, que le sirvió de base, símbolo de la Fe inquebrantable.

¿Qué debemos hacer hoy, cuando parece que la Madre de Dios no nos protege, cuando nos encontramos en una situación de soledad y de desánimo semejante a aquella en que se hallaban Santiago Apóstol y sus discípulos?

Ante todo, debemos guardar la Fe; esa Fe inmovible representada por el Pilar y que María Santísima entregó a España como precioso legado, del cual participamos, muy agradecidos, los hispanoamericanos.

Además, debemos perseverar con fortaleza y paciencia, convencidos de que nuestra fidelidad y nuestra lucha por la Fe Católica han de producir abundantes frutos. A nosotros nos toca seguir combatiendo, hoy en la inhóspita trinchera, teniendo como lema lo que decía Hernán Cortés: *Adelante, compañeros, que Dios y Santa María están con nosotros.*

+++

En el año 718 o 722 tuvo lugar la batalla de Covadonga entre los astures, de origen celta, que poblaban las zonas montañosas de Asturias, y las tropas turcas de al-Andalus, que resultaron derrotadas. Según la tradición, la Virgen Santísima ayudó a los cristianos, capitaneados por Don Pelayo, provocando un desprendimiento de rocas, que diezmó el ejército árabe.

Esta victoria es legendariamente considerada como el inicio de la Reconquista y la reinstauración de los Reyes cristianos en la Península.

+++

La Madre de Dios, en persona, le enseñó a Santo Domingo a rezar el rosario en el año 1208 y le dijo que propagara esta devoción y la utilizara como arma poderosa en contra de los enemigos de la Fe.

Santo Domingo de Guzmán había sido enviado por el Papa al sur de Francia para convertir a los que se habían apartado de la Iglesia por la herejía albigense.

Santo Domingo trabajó por años en medio de estos desventurados. Por medio de su predicación, sus oraciones y sacrificios, logró convertir a unos pocos. Fue en una capilla dedicada a la Santísima Virgen donde Domingo le suplicó a Nuestra Señora que lo ayudara, pues sentía que no estaba logrando casi nada.

La Virgen Santísima se le apareció en la capilla. En su mano sostenía un Rosario y le enseñó a Santo Domingo a recitarlo. Le dijo que lo predicara; prometiéndole que muchos pecadores se convertirían y obtendrían abundantes gracias. Lo mismo haría más tarde en Lourdes y Fátima...

Santo Domingo salió de allí lleno de celo, con el Rosario en la mano. Efectivamente, lo predicó, y con gran éxito, porque muchos albigenes volvieron a la fe católica.

+++

El 10 de agosto de 1218 tuvo lugar la institución de la Orden de Nuestra Señora de las Mercedes.

En tiempos en que la mayor parte de España estaba sometida al yugo cruel de los sarracenos, innumerables católicos, retenidos en una horrorosa cautividad, se encontraban peligrosamente expuestos a renegar de la fe y a perder la vida eterna.

La Santísima Virgen María, la Reina del Cielo y de la tierra, queriendo en su bondad socorrer tantas miserias, manifestó su extrema caridad y misericordia proveyendo a su liberación. En efecto, quiso fundar Ella misma, en Barcelona, España, una Orden Religiosa con el fin de socorrer a los cristianos que se hallaban bajo el yugo turco.

A pesar de tener esta Orden un fin circunstancial, la Iglesia la ha conservado porque necesitamos de las Mercedes de María Santísima para librarnos de la esclavitud de nuestros enemigos, demonio, mundo y carne, así como de sus trampas.

+++

El domingo 16 de julio de 1251, la Santísima Virgen se apareció en Cambridge, Inglaterra, al Superior General de la Orden del Carmen, San Simón Stock, como respuesta a sus súplicas de auxilio a su oprimida Orden.

La Virgen se presentó portando un Escapulario en la mano y dándole le dijo: *"Toma, hijo querido, este escapulario; será como la divisa de mi confraternidad; y para ti y todos los carmelitas un signo especial de gracia; quienquiera que muera portándolo, no sufrirá el fuego eterno. Es la muestra de la salvación, una salvaguardia en peligros, un compromiso de paz y de concordia"*.

El Santo Escapulario nos convida a dirigir nuestros pensamientos, nuestros afectos hacia las cosas espirituales. Viene a robustecer nuestra esperanza de ir al Cielo. Fortalecen nuestra confianza las promesas de preservación del infierno al morir y de liberación del Purgatorio el sábado siguiente a la muerte.

Nuestra vida es una lucha continua; desde la cuna al sepulcro debemos luchar. Si queremos salir victoriosos en esta batalla, debemos usar los medios que el Señor nos ha concedido. Todos estamos necesitados del auxilio de lo alto, sobre todo en tres momentos esenciales de nuestra existencia:

1º) en los contratiempos y peligros constantes de la vida;

2º) en la hora de la muerte, para morir en la gracia de Dios;

3º) para salir pronto del Purgatorio, si debemos purgar nuestros pecados en esa mansión de sufrimiento.

Pues bien, la piadosa y santa devoción al Santo Escapulario soluciona estos tres problemas:

1º) Gran utilidad tiene el uso del Escapulario en la vida cristiana, particularmente en las tentaciones. Además, los milagros incontables que a María Santísima le place obrar por medio de su santo hábito nos demuestran a las claras que Ella vela continuamente sobre nosotros, sobre nuestras personas y sobre nuestras cosas.

El Santo Escapulario, considerado en toda su amplitud, no es otra cosa que una aplicación concreta de la Mediación Universal de la Santísima Virgen.

2º) Sabemos que la Santísima Madre de Dios prometió que quien muriese revestido de este hábito será preservado de los fuegos eternos del infierno.

3º) Finalmente, y según la promesa sabatina, confiamos en que la Virgen Santísima descenderá graciosamente al Purgatorio el sábado después de la muerte de sus devotos, librándolos a cuantos hallase en aquel lugar de expiación y los llevará al Monte Santo de la vida eterna.

Por llegar su protección a todos los momentos de la vida, al momento crucial de la muerte e incluso más allá de ella, las credenciales del Santo Escapulario son: **«En la vida protejo; en la muerte ayudo; después de la muerte salvo».**

Estas promesas y privilegios, hablando doctrinalmente, no son otra cosa que la aplicación práctica del famoso principio: *"Ningún devoto fiel de María puede perderse eternamente"*; o de aquel otro: *"La verdadera devoción a la Santísima Virgen es una señal de predestinación"*.

+++

El martes 12 de diciembre de 1531 Juan Diego se presentó al Obispo de México, narró todo lo sucedido en el Tepeyac y, cuando desenvolvió su tilma y se esparcieron por el suelo todas las diferentes rosas de Castilla, se dibujó en ella la preciosa imagen de la siempre Virgen Santa María de Guadalupe, Madre de Dios.

Las apariciones de Nuestra Señora y Reina en la cima del Tepeyac resumen su misión, tanto en el Primer como en el Segundo Adviento.

La imagen de Nuestra Señora de Guadalupe es una maravillosa síntesis doctrinal de la fe católica; una obra maestra de catecismo, adaptado a los habitantes del país de tal modo que pudo ser entendido y aceptado inmediatamente.

Esta estampa contiene una rica y profunda simbología, en la cual cada detalle de color y de forma es portador de un mensaje teológico, comprendido inmediatamente por los nativos del lugar, acostumbrados al lenguaje de las representaciones plásticas, de manera que la figura de la Virgen en la tilma sin duda ayudó a la conversión a la verdadera fe.

La Santísima Virgen de Guadalupe, con su mensaje y su imagen, allanó muchas dificultades en el camino de la evangelización, trazado por los primeros misioneros que llegaron a América.

Incluso hoy, y más que nunca, su estampa bendita y su enseñanza deben iluminarnos respecto de los días que nos tocan vivir, anunciados por los signos de los tiempos, y fortalecernos en el combate que debemos librar para conservar nuestra Fe y todas las venerables tradiciones que nos han sido transmitidas.

+++

Aunque ha sido muy célebre la devoción del Santísimo Rosario desde el tiempo de Santo Domingo, se hizo aún más glorioso con ocasión de la famosa batalla naval de Lepanto, que se ganó por intercesión de Nuestra Señora y, particularmente, por la devoción de su Santo Rosario.

Después que Selim II decidió dominarlo todo con su poder, y presumía eclipsar con sus lunas las luces clarísimas de nuestra fe, el Santo Pontífice Pío V procuró unir todas las armas católicas contra el enemigo común de la Cristiandad.

Se debió esta insigne victoria a las oraciones de San Pío V y de la Cristiandad, y principalmente a la intercesión de la Sacratísima Virgen María, Nuestra Señora, singular patrona de las cristianas batallas, a quien el Sumo Pontífice encomendó esta empresa, y a la cual hicieron diversos votos el general y capitanes.

Se consiguió esta victoria en el primer domingo de octubre de 1571, día que la Orden de Predicadores tenía consagrado al culto de Nuestra Señora del Rosario.

El Sumo Pontífice San Pío V, en reconocimiento de tan señalada merced, consagró este día a su culto con el título de Santa María de las Victorias.

Gregorio XIII, que le sucedió, mandó en 1573 que se celebrase, cada año en el primer domingo de octubre en todas las iglesias del orbe cristiano donde hubiese capilla o altar de Nuestra Señora del Rosario, fiesta a Nuestra Señora con título del Rosario, por haberse alcanzado esta victoria por su devoción.

"Dadme un ejército que rece el rosario y conquistaré el mundo". El futuro de Europa se jugaba todas las fichas en un solo campo de batalla. Un ejército, compuesto en su mayoría por españoles, con don Juan de Austria a la cabeza y bajo el amparo del Santo Papa Pío V; se dirigían al infierno turco para salvar su continente. El Papa pidió que se rezara el Rosario. En aquella batalla se jugó mucho más que un territorio..., se puso en jaque toda una cultura, una forma de ver el mundo, unos valores...

Por eso los Papas, dedicaron este mes al Santísimo Rosario, en agradecimiento a esta victoria tan importante. Desde entonces, no han sido pocos los milagros que se han atribuido al rezo de esta oración, que a veces nos cuesta tanto rezar.

+++

En la noche del 18 al 19 de julio de 1830, María Santísima se apareció a Santa Catalina Labouré. Durante dos horas la Virgen Gloriosa habló con la Santa sobre una misión que Dios quería encargarle y sobre las dificultades con que iba a tropezar al realizarla.

Una segunda aparición tuvo lugar el 27 de noviembre del mismo año: por la tarde, Santa Catalina se encontraba en la capilla cuando se apareció la Santísima Virgen, que lucía un vestido blanco; en sus manos llevaba un globo de oro provisto de una cruz. Clavando los ojos en el cielo, la Virgen parecía ofrecer el globo a Dios implorando mercedes sobre él. En sus dedos portaba anillos en los cuales figuraban incrustadas piedras preciosas; de ellas se desprendían haces de luz que se ensanchaban a medida que bajaban; son las gracias que Ella dispensa.

Luego se formó un marco ovalado en cuyo contorno figuraban letras de oro que rezaban *Oh María sin pecado concebida rogado por nosotros que acudimos a Vos.*

Y la Madre de Dios le dio el siguiente encargo: *"He aquí el símbolo de las mercedes que concedo a cuantos me las piden. Haz acuñar una medalla conforme a este modelo; cuantos la lleven puesta gozarán de muchas mercedes, sobre todo si la llevan puesta al cuello. Para cuantos la lleven con confianza, las mercedes serán abundantes".*

El conjunto giró, y Santa Catalina vio el reverso de la medalla: la letra M, encima de ella y entrelazada una Cruz, y debajo los Sagrados Corazones de Jesús y de María. En el contorno del conjunto figuran doce estrellas.

¿Cuál es la voluntad de María Santísima al mandar acuñar la Medalla, invitándonos a llevarla con fe, confianza y devoción? El mensaje de la Medalla Milagrosa es la voluntad salvífica de la Madre de Dios. Ella nos entrega su Medalla para que pensemos en nuestro destino eterno.

Como un día entregó el Santo Rosario a Santo Domingo y el Escapulario a San Simón, de la misma manera quiso entregar a Santa Catalina el escudo de la fe en la Medalla de la Inmaculada, que el pueblo fiel bautizó con el nombre de Milagrosa por los muchos milagros y conversiones que realizó.

La Santísima Virgen María viene para recordar el plan de Dios y su propia misión en relación con él: conducir el mundo a su Hijo. Nos da a conocer el medio para realizar este plan: el recurso confiado a su Corazón Inmaculado y la recitación del Santísimo Rosario, tal como especificará más tarde en otras apariciones.

+++

El Escapulario Verde es un sacramental que la Santísima Virgen nos entregó por medio de Sor Justine Bisqueyburu, contemporánea de Santa Catalina Labouré, a quien la Virgen le entregó la Medalla Milagrosa en 1830.

El 8 de septiembre de 1840, encontrándose en oración meditando la celebración del Nacimiento de Nuestra Señora, la Hermana Justina tuvo de repente una nueva visión, pero esta vez, diferente a otras de ocasiones anteriores.

La Santísima Virgen también vestía una larga túnica blanca, cubierta por un manto azul pálido, y en sus manos sostenía su Inmaculado Corazón, resplandeciente con intensas y deslumbrantes llamas que salían de él, pero tenía algo diferente: en su mano izquierda sostenía lo que parecía ser un Escapulario o insignia de alguna clase.

A diferencia de otros Escapularios, este tenía un sólo cuadrado de tela en lugar de los dos usuales. El cuadrado de tela estaba atado con cordones verdes. En él, se veía una imagen de la Virgen tal como se le había aparecido a la Hermana Justina en sus anteriores visiones, sosteniendo en su mano derecha su Inmaculado Corazón.

Al dar vuelta la imagen, la Hermana vio un Corazón ardiendo con rayos más deslumbrantes que el sol y tan transparente como el cristal. El Corazón estaba perforado por una espada y rodeado por

una oración en forma oval, y en la parte superior de óvalo, una Cruz de oro. En la oración se leía: "Inmaculado Corazón de María, rogad por nosotros, ahora y en la hora de nuestra muerte."

Durante esta visión se le dio a conocer, por una revelación interior, el significado de esta aparición. La Santísima Virgen nos hacía entrega de un nuevo medio para alcanzar gracias: el Escapulario del Inmaculado Corazón.

Este escapulario sería un poderoso instrumento para la conversión de las almas, particularmente aquellas que no tienen fe, y que, por medio de él, la Santísima Virgen obtendría para ellas, mediante su Hijo, la gracia de una buena muerte.

El fin específico de este Escapulario es la invitación a orar, a recurrir al Inmaculado Corazón de María con confianza y pedir, sobre todo, por los pecadores. Hay que recitar, dijo Sor Justine, por lo menos una vez al día la jaculatoria del reverso.

Este Escapulario ha sido dado por Nuestra Señora, particularmente como un don para los enfermos. Se le puede poner en sus ropas, en su cama o en su habitación. Si la persona a quien se le aplica no dijera la jaculatoria, el que le haya proporcionado el Escapulario debe decirla por el enfermo.

Los prodigios que ha producido atestiguan la bendición y el cumplimiento de la promesa de la Virgen a todos los que lo lleven y digan la jaculatoria: "Hará grandes conversiones, particularmente para alcanzar la buena muerte a los pecadores y a los que no tienen fe".

+++

En 1858, cuatro años después de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, la Virgen de Lourdes se hizo eco del magisterio del vicario de su divino Hijo.

La gruta de Massabielle era misteriosa, con leyendas siniestras. El bloque cuadrangular que se ve en el nicho es muy probable que sea una antigua piedra sacrificial, esculpida para los sacrificios paganos. San Pablo dice de éstos: *lo que ellos inmolan a los ídolos, lo inmolan a los demonios*. La grutita de Lourdes, antiguo feudo del demonio, fue conquistada por la Purísima; allí proclamó su título de gloria: *Yo soy la Inmaculada Concepción*. Por lo tanto, la Inmaculada posada sobre dicha piedra confirma la sentencia del Génesis: *Ella te aplastará la cabeza*.

Fue el jueves 25 de marzo, Fiesta de la Anunciación y Encarnación. La Señora descendió del nicho en que ordinariamente se aparecía y se situó junto a la fuente milagrosa.

La vidente se dirigió hacia Ella y le preguntó su nombre. Una sonrisa y un saludo fueron la respuesta. Insistió de nuevo la niña, y la Señora volvió a sonreír. Tercera insistencia de la vidente, y llegó el momento supremo del mensaje, el que le da su fuerza y su verdad, el que desvela su misterio y lo hace luz y vida para los hombres.

La Señora abrió sus brazos, los dejó caer un tanto, los elevó luego, juntando las manos a la altura del pecho y, después de haber mirado al cielo, pronunció la ansiada palabra: *Yo soy la Inmaculada Concepción*. Sonrió y desapareció.

Se ha descubierto el centro del mensaje; el Nombre de la Señora ha establecido inmediatamente una corriente de relación entre Lourdes y Roma, entre la Virgen y la Iglesia. La Señora ha terminado su mensaje; no dirá una palabra más. Ella es la Mujer que aplasta la cabeza de la serpiente infernal, la Mujer revestida del sol.

El viernes 16 de julio, día de la Virgen del Carmen, Bernardita, que portaba su Escapulario, ve por última vez a la Santísima Virgen durante apenas un cuarto de hora; confesará después: *Nunca la había visto tan hermosa.*

Aquella visión de hermosura inigualada en día del Carmen fue el sabor último que María Inmaculada quiso dejar a su vidente para que en el resto de sus días la nostalgia del Paraíso la consumiese en breve.

Las apariciones en Lourdes habían terminado, y su mensaje, esculpido en las rocas pirenaicas, quedaba allí perenne para lección de las generaciones.

En las 18 apariciones la Virgen se posó sobre un rosal salvaje, sobre cada uno de sus pies llevaba una rosa, y en sus manos portaba el Rosario. Santa Bernardita recitó durante cada aparición el Salterio de María, mientras la Señora iba pasando las cuentas del suyo, pero sin mover los labios; solamente al fin de cada decena recitaba visiblemente el Gloria Patri, inclinando la cabeza.

Dos son, pues, las principales armas que nos proporciona Nuestra Señora de Lourdes: el Santo Rosario y el Santo Escapulario.

Si hemos comprendido este mensaje, ya sabemos lo que desea nuestra Madre del Cielo y lo que debemos hacer.

+++

En 1917, la Virgen Santísima se presentó en Fátima bajo el título de Nuestra Señora del Rosario, y reveló los medios para hacer triunfar su Inmaculado Corazón. El 13 de julio de 1917 proclamó, de hecho: *"Al final mi Inmaculado Corazón triunfará".*

En tan corto mensaje Nuestra Madre del Cielo menciona diez veces a su Corazón Inmaculado; siete veces se refiere al rezo del Santo Rosario, y en tres oportunidades lo hace en relación a Nuestra Señora del Rosario.

El 13 de junio de 1917, durante la segunda aparición, la Santísima Virgen dijo: *"Jesús quiere establecer en el mundo la devoción a mi Corazón Inmaculado. A quien la abrace, prometo la salvación; estas almas serán predilectas de Dios, como flores colocadas por Mí en su trono".*

El 10 de diciembre 1925, en Pontevedra, tuvo lugar una aparición de la Santísima Virgen con el Niño Jesús, que le dijo a Sor Lucía: *"Ten piedad del Corazón de tu Santa Madre, circundado de espinas, que los hombres ingratos le clavan a cada momento".* La Santísima Virgen, apoyando la mano sobre la espalda de Sor Lucía, expresó: *"Mira, hija mía, mi Corazón atravesado de espinas a causa de los pecados de los hombres. Tú al menos procura consolarme, y hazles saber que a todos aquellos que durante cinco meses seguidos el primer sábado del mes se confiesen, reciban la Santa Comunión, recen el Santo Rosario y mediten durante 15 minutos los Misterios del Santo Rosario con espíritu de*

reparación, Yo les prometo que los asistiré en su último día con todas las gracias necesarias para la salvación de sus almas".

El 13 de octubre de 1917 tuvo lugar la sexta aparición. La Santísima Virgen declaró: *Yo soy Nuestra Señora del Rosario.*

Siguió el milagro de la danza del sol. Al término de la misma aparecieron sucesivamente tres visiones en el Cielo.

La primera es una visión de la Sagrada Familia con San José, la Santísima Virgen y el Niño Jesús.

En la segunda visión estaba Nuestro Señor bendiciendo al mundo, y a su lado se encontraba Nuestra Señora de los Siete Dolores.

La tercera visión correspondió únicamente a Nuestra Señora del Carmelo.

Años más tarde Sor Lucía reveló que la Madre de Dios no le dijo nada sobre el Escapulario, pero sí le dijo que *"Vendría como Nuestra Señora del Carmelo"*, y su interpretación es que la devoción del Santo Escapulario agrada a la Virgen y que Ella desea que se propague.

Al preguntársele si creía que el Escapulario forma parte del mensaje de Fátima, Sor Lucía respondió: *"Ciertamente, el Escapulario y el Rosario son inseparables"*, ya que el Escapulario es un signo de consagración a Nuestra Señora.

+++

Como podemos comprobar, la comprensión de la misión de Nuestra Señora dispensa mucha luz e infunde mucha fortaleza para seguir el camino trazado por Dios, al mismo tiempo que dispone las almas para recibir los méritos obtenidos por Ella y alcanzar su auxilio y protección.

San Pablo, al escribir a los discípulos de Éfeso, los exhortó de este modo: *Revestíos de la armadura de Dios, para que podáis resistir las asechanzas del diablo. Porque no tenemos que luchar contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes, y potestades, contra los tenebrosos rectores de este mundo; contra los espíritus del mal en los cielos. Por lo cual, tomad la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y ser perfectos en todo.*

Parafraseando al Apóstol y teniendo en cuenta las manifestaciones de Nuestra Señora que hemos meditado hoy, exhortamos: Revestíos de la armadura de la Santísima Virgen, Madre de Dios, para que podáis resistir las asechanzas del diablo.

Por lo cual, asentaos sobre el Pilar de la Fe, tomad la armadura de María Santísima, para que podáis resistir en el día malo, y ser perfectos en todo. Revestíos de la coraza del Santo Escapulario, embrazad el escudo del Corazón Inmaculado, con el cual podáis extinguir todos los dardos encendidos del malvado; y el yelmo de la Medalla Milagrosa y la espada del Santísimo Rosario para combatir las batallas de la Inmaculada Madre de Dios, a la mayor gloria de su divino Hijo.

LA FE DE MARÍA SANTÍSIMA

Como ya sabemos, los sermones de esta serie, comenzada en julio, tienen por finalidad hacer ver la participación de Nuestra Señora en el Plan divino de Redención, Santificación y Salvación de las almas, para que, teniendo esto en cuenta, sepamos enfrentar los temores más comunes que inquietan, angustian y hasta agobian a los fieles.

Esta consideración y reflexión requieren una visión sobrenatural y, por lo tanto, una fe firme, sólida, pronta, ciega...

Estudemos hoy la Fe de Nuestra Señora. Pero, ante todo, tengamos en cuenta que la fe es una virtud sobrenatural, infundida por Dios en el entendimiento, por la cual asentimos firmemente a las verdades divinamente reveladas apoyados en la autoridad o testimonio del mismo Dios, que no puede engañarse ni engañarnos.

En resumen, la Fe esencialmente consiste en creer una cosa sólo porque Dios nos la ha revelado.

Comprendamos la importancia de esta definición.

No hay que creer porque lo entendamos o lo demostremos con evidencia, como sucede con las verdades humanas..., sino que hemos de someter nuestro juicio, nuestro parecer, nuestros sentidos y nuestra razón misma a la palabra de Dios.

Él lo dice, y ya basta para que creamos, sin buscar ni desear más razón que esa.

¡Qué humildad!..., ¡Qué sumisión!... ¡Qué confianza en Dios supone el acto de fe!

Por eso agrada tanto al Señor; por eso también tanto le ofende el pecado de incredulidad.

Pensemos en la injuria que se hace a una persona cuando dice algo y no se le cree. Sencillamente estamos dudando entonces de su veracidad y juzgamos, o que nos engaña con malicia, o, al menos, ella se engaña y se equivoca en lo que dice.

Es decir, que cuando no creemos a alguien, es porque le tenemos por ignorante, que no sabe lo que dice, o por mentiroso, que trata de engañarnos.

Apliquemos esta regla al acto de fe divina, y comprenderemos la enormidad del pecado y de la ofensa que para Dios supone el que el hombre lo tenga por ignorante o por mentiroso, y por eso no le cree.

La fe, por tanto, es una virtud sobrenatural, infundida por Dios en el alma, cuyo objeto es el mismo Dios. Por eso se la llama virtud teologal, que nos da a conocer a Dios, no por medios humanos, ni con las luces de la razón, sino por la influencia de la divina gracia.

+++

Siendo esto la fe, debió encontrarse en grado heroico en la Santísima Virgen. Dios tuvo complacencia especial en infundir esta hermosísima virtud en su Madre Santísima, para que nos sirviera de modelo.

María, Virgo fidelis, cree siempre en la palabra de Dios, con sencillez, con confianza, sin vacilaciones ni dudas.

La fe es la que hace los milagros. En el Evangelio, el Señor parece que se recrea en hacernos ver que era la fe la que obraba los prodigios. Así dice: «*Vete, tu fe te ha salvado*». Y otras veces: «*Sea como tú has creído*».

En María Santísima obró el milagro de los milagros; su fe atrajo al Hijo de Dios de los Cielos a su purísimo seno. Así lo dijo Santa Isabel en la Visitación: *Bienaventurada Tú, porque has creído*.

Así también sucederá en nosotros; una fe de esta clase, será para nosotros la fuente de grandes bendiciones y de gracias extraordinarias del Señor. Él las derrama con abundancia en el que de este modo en Él cree y en Él confía.

+++

Dios ha querido rodear a la fe de una oscuridad en medio de su certeza e infalibilidad; de modo que la haga más meritoria.

La fe es cierta, con una certeza que se funda en el mismo Dios, que no se engaña ni puede engañarnos; pero la fe es oscura, muy oscura a veces; tanto que nunca podremos llegar a comprender las verdades que nos enseña. Por eso, esas verdades se llaman misterios.

El misterio es una verdad tan inaccesible a la razón humana, que no puede, sin la revelación divina, conocer siquiera su existencia; y aun después de conocerla por la Revelación, no puede llegar a penetrar lo que es en sí misma.

Todavía hay más... Es de tal clase la verdad revelada que, en ocasiones, no sólo hemos de creer lo que no vemos, sino lo contrario de lo que vemos. Recordemos el Dogma de la Sagrada Eucaristía.

¿Sería meritorio creer lo que Dios nos enseña, si fueran cosas fáciles de entender, de ver y comprobar con los sentidos o con la razón?

Pues bien, miremos ahora a María Santísima. Tampoco a Ella le faltaron las grandes oscuridades que hicieron tan meritoria su fe.

Su fe estuvo sometida a una triple prueba: a la prueba de lo invisible, a la prueba de lo incomprensible y a la prueba de las apariencias contrarias. Esta triple prueba la superó la Virgen de manera verdaderamente heroica.

Vio, en efecto, a su Hijo en la gruta de Belén, y lo creyó Creador del mundo. Lo vio huyendo de Herodes, y no dejó de creer que Jesús era el Rey de reyes. Lo vio nacer en el tiempo, y lo creyó eterno. Lo vio pequeño, y lo creyó inmenso. Lo vio pobre, necesitado de alimento y de vestido, y lo creyó Señor del universo; lo vio débil y miserable, tendido sobre el heno, y lo creyó omnipotente. Observó su mudez, y creyó que era el Verbo del Padre, la misma Sabiduría increada. Lo sintió llorar, y creyó que era la alegría del Paraíso. Lo vio, finalmente, vilipendiado y crucificado, muerto sobre el mas infame de los patíbulos, y creyó siempre que era Dios; y aunque todos los demás vacilaban en la fe, Ella permaneció siempre firme, sin titubeos...

A pesar de todas estas cosas capaces de hacer desconfiar a cualquiera, la Virgen Fiel no duda ni un momento, cree en la palabra del Ángel y en ella a la voz de Dios, que le revela quién ha de ser su

Hijo. Adora los misterios sacrosantos y profundísimos de la vida y de la muerte de Jesús; trata de sondear las enseñanzas altísimas de su predicación; y, aunque adornada de gracias especialísimas en el orden natural y en el orden sobrenatural, y a pesar de las revelaciones y luces tan extraordinarias que Ella sola recibió, no obstante, como criatura que es, no puede llegar a comprender los insondables e infinitos abismos de la divinidad..., y humildemente se abraza con la fe ciega, que le hace admitir gustosa y alegremente todo lo que Ella no ve y no comprende dentro de los planes de la Providencia divina.

Admiremos esta humildad de María en sus actos de fe, dispuesta en todo momento a dejarse guiar por la voluntad de Dios y a someter y a rendir su juicio con prontitud a la misma, así como su confianza en Dios, que la hacía abandonarse en sus brazos, aunque no viera ni entendiera a dónde ni por dónde la llevaba.

Así debe ser nuestra fe, fruto de nuestra humildad, de nuestra obediencia y de nuestra confianza en Dios.

Todos los pecados contra la fe, brotan de alguna de estas tres raíces; la falta de estas virtudes explica la historia de todas las herejías y errores contra la fe.

Recordemos esto, tanto en las oscuridades ordinarias que acompañan a la fe, así como en las extraordinarias que a veces Dios permite en las almas.

Pidamos a la Santísima Virgen, en esta lucha tan fuerte contra la Fe en nuestros días, que su ejemplo nos enseñe y nos aliente para salir airosos y triunfantes de ella.

+++

En medio de sus oscuridades, y a pesar de exigimos el admitir verdades que no entendemos, nuestra Fe es sumamente racional; no denigra al hombre, ni le humilla, ni rebaja su dignidad; antes, al contrario, le sublima y dignifica grandemente, haciéndole conocer cosas que sin ella jamás conocería.

¡Qué horizontes amplios y grandiosos abre la Fe ante los ojos del entendimiento humano!

No es irracional nuestra Fe; es algo que está sobre nuestro entendimiento, y por eso no llegamos a comprender todo lo que nos enseña; pero no es algo que sea contra la razón, como dicen los impíos.

Dios nos pide que admitamos sus palabras, sin dudas y sin vacilaciones; y por eso hemos de creer ciegamente, pero no imprudentemente...

Fe pronta y ciega, no es una fe brutalmente impuesta e irracional...

Dios no nos manda creer tan a ciegas, que nos prohíba examinar los motivos y fundamentos de nuestra Fe. Antes bien, esto es muy del agrado de Dios, para que así sepamos qué es lo que creemos y por qué creemos.

Tenemos entre otros, los milagros y las profecías de Jesucristo, que fueron hechos en confirmación de estas verdades y que nosotros debemos meditar y estudiar con frecuencia; pues, aparte de las doctrinas y consecuencias prácticas que de su meditación podemos deducir, sirven admirablemente para demostrar el origen divino de los dogmas de la Fe que la Iglesia nos manda creer.

De todo esto se deduce claramente que para que sea nuestra Fe completa y racional, ha de ser una Fe:

Sencilla y humilde, no tratando de escudriñar lo que es imposible conocer, ni pretendiendo demostrar lo que es superior a nuestra razón.

Firme, asentada en la infalibilidad misma de Dios, que nos la revela, y en la infalibilidad de la Iglesia, que nos la enseña.

Universal, que se extienda a todas las verdades reveladas; todas, aun las más inaccesibles para nosotros, pues tienen la misma autoridad de Dios, que les da fuerza y confirma su certeza.

Prudente e ilustrada. Hemos de ser cristianos de inteligencia culta; de modo que sepamos distinguir los dogmas de la Fe, de lo que no son más que piadosas leyendas o supercherías.

En fin, ha de ser *viva y práctica*, de suerte que la Fe vaya siempre acompañada de las buenas obras, aunque sea a costa de sacrificios...

+++

Ahora examinemos y apliquemos todo esto al gran modelo que tenemos en la Virgen Fiel.

Fe sencilla y humilde... Recordemos nuevamente lo que hemos dicho de su Fe y las escenas con el Ángel, en Belén, en la vida toda de Cristo...

¿Quién nos enseñará mejor a creer, con esta sencillez, que María en todos esos pasos de la vida de su Hijo?

Fe firme... Contemplémosla junto a la Cruz..., de pie, como para demostrar la firmeza de su Fe... Cuando todos vacilan, dudan, huyen, Ella, como una roca firme, como el Pilar de Zaragoza, serena, de pie, creyendo entonces más que nunca en la divinidad de su Hijo.

Universal y constante... ¿Cómo no había de ser así, si nunca dudó de que su Hijo es el Hijo de Dios? Y así la vemos en las bodas de Caná, cuando obra con una Fe ciega y con una confianza ilimitada en su Hijo... Y, si así obró en esa ocasión, ¿cómo obraría en otros momentos?

Ilustrada... No opone dificultades, pero pregunta al Ángel hasta conocer bien la voluntad de Dios; y, una vez conocida, pero antes no, cree con firmeza.

No entiende lo que dice Jesús al encontrarle con los Doctores, pero conserva sus palabras en su Corazón para estudiarlas a solas y meditarlas, rumiarlas... y tratar de entenderlas.

Así debe ser nuestra Fe; que estudie, que medite, que sepa bien lo que cree, que conozca la Palabra de Dios y la admita con firmeza y la practique con decisión.

+++

No basta con lo dicho sobre la Fe de la Santísima Virgen... Es necesario detenernos a considerar cómo la Fe informaba toda su vida, de suerte que todo lo hacía con aquel espíritu de Fe, del que dice San Pablo que vive el justo.

Y es que la Fe no debe ser algo inactivo y muerto, sino que de tal manera ha de penetrar y saturar la vida cristiana, que debe regular y ordenar todos sus pensamientos y acciones, todos los actos interiores y exteriores; de lo contrario, la Fe sería un capital muerto, que nada produciría.

Tener Fe es creer todo lo que Dios ha revelado; pero vivir *vida de Fe* es hacer que esa Fe pase del entendimiento al corazón, y de éste a las obras de nuestras manos.

Generalmente nos dejamos guiar más de las luces de nuestra razón, de nuestro amor propio, de las sugerencias del mundo o de otras luces o razones menos verdaderas.

El mundo tiene empeño grande en hacernos ver las cosas conforme a su criterio... Ahí está eso que se llama «el qué dirán», «el respeto humano», «las exigencias sociales», «el no hacer el ridículo»...

¡Qué distinto criterio el de Jesucristo!

Comparemos las cosas a las que el mundo llama grandes, a las que da una importancia enorme, con las cosas que verdaderamente son grandes a los ojos de Dios.

Ésta es la vida de Fe, la que se funda en este criterio divino, y ve y considera todo a través de la luz de Dios, prescindiendo por completo de juicios humanos, de pareceres terrenos, de razones de aquí abajo.

Naturalmente que, vistas las cosas de una o de otra manera, cambian radicalmente de valor ante nuestros ojos; las apreciamos de manera muy distinta, y, por lo tanto, obramos de muy diferente manera.

Decimos que *todo es del color del cristal con que se mira...* Y es cierto; si todo lo miramos con ojos de tierra, lo veremos bajo, rastrero, terreno; pero, si lo miramos con ojos de Cielo, con ojos de Dios, ¡qué cambio tan grande en todo!

Humillaciones, sufrimientos, desprecios, mortificaciones y penitencias, obediencias y sumisiones, pureza, castidad, virginidad, ¿qué es todo esto mirado a la luz del mundo? Palabras necias, que deberían desaparecer; todo esto es algo indigno, brutal, estúpido para el hombre, deprimente de la dignidad humana.

Pero, apliquemos la luz de la Fe, mirémoslo con luz sobrenatural, y sólo con ella apreciaremos algo del inmenso valor, de la belleza infinita que tienen todas esas virtudes.

Hagamos lo mismo con las cosas grandes del mundo...; fortuna, fama, poder, mando, soberbia, ambición, regalo y comodidad..., y veremos lo que es todo esto a la luz de la Fe.

Por eso, la Vida de Fe es la única verdadera, la única que puede vivir el alma santa.

Siendo así, ¿cómo había de faltar esta vida en la Santa de las Santas, en la Madre de Dios?

La Virgen Fiel no vivió ni un solo momento la vida de los sentidos, ni un instante siquiera se rigió por su propio parecer; hubiera sido una imperfección, una mancha.

Consideremos cómo en María se dan en forma admirable todos los actos principales de la vida de Fe, cuales son:

El hacer las cosas todas en presencia de Dios.

El purificar la intención en todos nuestros actos, para no obrar sino por Dios y conforme a la voluntad divina.

El abandonarse en brazos de Dios, viendo en todas las cosas los planes de la Providencia divina, para nosotros completamente ignorados.

Recorramos estos puntos y apliquémoslos, pausadamente, a la vida de María Santísima:

Presencia de Dios... ¿Quién la tuvo como Ella? ¿Es que podía vivir ni un instante sin esa presencia? ¿No veía sin cesar a su Jesús, y en Él contemplaba a la vez a Dios? María vivió siempre bajo la mirada de Dios, tuvo a Dios por testigo de todos sus actos, y nunca tuvo que avergonzarse de haber hecho nada indigno de la mirada de Dios.

Pureza de intención... María no sólo lo hizo todo en presencia de Jesús, sino que no vivió más que para Jesús; no tuvo necesidad de renovar con frecuencia esta pureza de intención, pues ni un momento la perdió; nada hizo por sí ni para sí; jamás en sus actos buscó el dar gusto a los hombres, menos aún a su amor propio; nunca obró por su gusto o por capricho, no tuvo en cuenta ni las alabanzas ni las censuras humanas.

Abandono en Dios... Es consecuencia natural de la vida de Fe. Dios sabe lo que nos conviene mejor que nosotros, Dios nos ama con amor infinito...

¿Por qué, si lo vemos todo así, con ojos de Fe, no confiamos en Él? ¿Por qué no descansamos en Él y nos abandonamos en sus brazos?

Miremos este dichosísimo abandono de la Santísima Virgen. Recordemos las pruebas tan duras y tan difíciles de su vida..., el viaje a Belén, el desprecio de todos, la huida a Egipto, la pérdida de Niño, la Pasión, la Crucifixión...

Aunque no lo entendiera, aunque la hiciera mucho sufrir, jamás vio en todo esto otra cosa que la disposición sapientísima de la Providencia de Dios, que todo lo ordena amorosamente para bien nuestro.

Por eso se la vio con el Corazón dolorido y destrozado, pero jamás desalentada, desilusionada, ni cansada, ni atemorizada por nada; todo eso, no sirvió más que para arraigar en Ella el abandono en Dios y para darnos a nosotros este fuerte ejemplo de vida admirable de Fe.

+++

Desde el primer sermón de esta serie llevamos dicho que, ante los eventos inminentes, los comunes e invariables (como son la familia, los hijos, lo económico, lo material, las enfermedades, la muerte...), así como los que son propios del tiempo que nos toca vivir (la apostasía generalizada, el epílogo del misterio de iniquidad y la llegada del Anticristo...), en vista de estos sucesos es muy probable que muchas o todas nuestras "seguridades" se pierdan..., y con ellas "nuestras esperanzas"..., e incluso La Esperanza...

Y que, precisamente por eso, es importante y necesario tener presente que, de la misma manera que Nuestra Reina y Madre auxilió a los creyentes de todas las épocas, lo mismo hará con los fieles

de hoy en día, ya sea guardándolos de algunos acontecimientos, o bien dándoles la fortaleza necesaria para sobrellevarlos.

Y llamamos bienaventurados a los que participan y profesan esta Fe; bienaventurados los que escudriñan las Sagradas Escrituras (cómo se nos ha mandado, en vez de perder el tiempo luchando contra lo que ya no hay tiempo de combatir), y por eso saben, aunque en el claroscuro de la Fe, que el final es hermoso. Ellos son bendecidos por tener Fe, ya que los mismos eventos serán insostenibles para los incrédulos.

La comprensión y la confianza en la misión de Nuestra Señora dispensará mucha luz e infundirá mucha fortaleza para seguir el camino trazado por Dios, al mismo tiempo que dispondrá las almas para recibir los méritos obtenidos por Ella y alcanzar su auxilio y protección.

Bienaventurados los que participan y profesan esta Fe...

¿Cómo es nuestra fe? En nuestras dudas, dificultades, sufrimientos, reveses y fracasos; en nuestras tentaciones y luchas, ¿nos acordamos de la Providencia de Dios para ver sus divinas disposiciones y acatarlas tranquilamente, gustosamente, aunque sea algo que nos desagrade, que nos cueste, que no entendamos ni comprendamos por qué ni para qué sucede así?

Si queremos ser hijos de María, obremos como Ella; desde la mañana a la noche, hagámoslo todo con Ella, por Ella, en Ella y para Ella, para que así María Santísima purifique nuestra intención y todos nuestros actos, dirigiéndolos todos siempre a la mayor gloria de Dios.

LA ESPERANZA DE MARÍA SANTÍSIMA

Como ya saben, los sermones de la serie comenzada en julio tienen por finalidad hacer ver la participación de Nuestra Señora en el Plan divino de Redención, Santificación y Salvación de las almas, recordar la misión y el ministerio que Dios ha asignado a su Madre Santísima.

Mucho ayuda a este propósito estudiar las virtudes teologales practicadas por Nuestra Señora. El domingo pasado hemos visto su Fe, consideremos hoy su Esperanza.

Como fruto de la vida de Fe, brota espontáneamente en el corazón la Esperanza.

Si la Fe nos lleva a conocer bien el valor de las cosas de la tierra y del Cielo, la Esperanza nos lleva y arrastra a despreciar las primeras y a desear y confiar en la posesión de las segundas.

Por la Esperanza confiamos con plena certeza alcanzar la vida eterna y los medios necesarios para llegar a ella, apoyados en el auxilio omnipotente de Dios.

Dulcísima virtud la de la Esperanza; virtud completamente necesaria para la vida espiritual. Sin Fe no es posible agradar a Dios; tampoco sin la Esperanza. Es la desconfianza en Él lo que más le desagrada.

La esperanza y confianza en Dios establece en nosotros relaciones necesarias y obligatorias para con Él; debemos creer que Dios es remunerador, esto es, que dará según su justicia a cada uno lo que merece, y, por eso, con la Esperanza, esperamos y confiamos en que Dios nos salvará, que nos dará gracia suficiente para ello, y, en fin, nos concederá cuanto le pidamos, si así conviene al bien de nuestra alma.

La Esperanza, por tanto, es un verdadero acto de adoración, por el que reconocemos el supremo dominio de Dios sobre todas las cosas; su Providencia, que todo lo rige fuerte y amorosamente; su Bondad y Misericordia, que no desea más que nuestro bien.

Prácticamente viene a confundirse con aquella vida de Fe que se confía y abandona ciegamente en las manos de Dios.

+++

Destaquemos especialmente en la Santísima Virgen esta Esperanza tan confiada, tan firme, tan segura y cierta.

Recordemos la Expectación del Mesías, sobre todo después de su milagrosa Concepción en su purísimo seno. La vida de María no era más que una dulcísima esperanza, llena de grandes anhelos y de deseos vivísimos por ver ya nacido al Mesías prometido.

En Ella se resumió, acrecentada hasta el sumo, toda la esperanza que llenó la vida de los Patriarcas y Santos del Antiguo Testamento. Seguía, paso a paso, el desarrollo de todas las Profecías, y veía cómo, según ellas, se acercaba ya el cumplimiento de las mismas, que anunciaban la plenitud de los tiempos.

Y como su Fe no dudaba ni un instante de la palabra de Dios, vivía con la dulce y consoladora Esperanza de ver y contemplar al Salvador.

Pero aún aparece más clara y admirable esta confianza de María en la Pasión y muerte de su Hijo y en la certeza que Ella tenía de su gloriosa Resurrección.

La Revelación y la Fe alimentaban su Esperanza. ¡Qué hermoso modelo!

Por eso la Iglesia, en su Liturgia, aplica a María aquellas palabras del sagrado libro del Eclesiástico: *Yo soy la madre del amor, del temor, de la ciencia y de la santa esperanza.*

Contemplemos bien este modelo y aprendamos de Nuestra Señora a ejercitarnos en esta virtud. Analicemos nuestra confianza en Dios, si es así de sencilla, segura, humilde, verdadera.

Quizás tenemos gran confianza cuando todo sale bien y las cosas se presentan conforme a nuestra voluntad; pero, cuando el sol se oculta en el alma y vienen las nubes y la tormenta, cuando las tribulaciones y los disgustos interiores y exteriores nos cercan por todas partes, en fin, cuando llega la noche oscura, que tantas veces quiere Dios que venga a las almas, ¿qué hacer?, ¿a quién acudir?...

Es el tedio, la tristeza, la desgana, en fin, la desconfianza la que nos domina entonces...

Levantemos los ojos, miremos siempre a Jesús con nosotros, a María, nuestra Madre, que no nos abandona en la prueba, y lancémonos confiadamente a cumplir con nuestro deber, sin retroceder...; una mirada a María y siempre adelante.

+++

La virtud está en el término medio, dice el adagio teológico, pues todos los extremos son viciosos.

Esto que ocurre siempre en todo acto de virtud, muy particularmente acontece con la Esperanza.

Se puede faltar a ella por exceso y también por defecto.

Por exceso se falta, cuando se abusa de la confianza que debemos poner en Dios y creemos que, aunque nosotros no hagamos nada de nuestra parte, aunque no trabajemos, ni nos esforcemos, ni cooperemos a la obra de nuestra santificación con la gracia divina, Dios, que es tan bueno y tan misericordioso, ya nos santificará y salvará...

Abuso incalificable es éste que constituye el pecado de tentar a Dios.

Esta falsa confianza, esta presunción, ha sido la causa de las grandes caídas.

Con cuánta razón decía el Apóstol: *El que está en pie, mire no caiga.*

Toda nuestra miseria, todas nuestras caídas, todas nuestras debilidades y flaquezas; todo nos está diciendo que tengamos mucho miedo de nosotros mismos, que no nos creamos nunca seguros, porque, aunque nos pareciera que somos mejores que otros, no hay pecado, por grave que sea, ni crimen por muy repugnante, del que no seamos capaces.

Por lo mismo, no hemos de perder de vista aquella sentencia de San Pablo: *Trabajad temiendo y temblando en la obra de vuestra salvación.*

Cayeron los Ángeles en el Cielo, Adán en el paraíso, Judas y Pedro en la escuela de Jesús, muchos que fueron gran tiempo muy santos...; y cayeron de la altura de su santidad, pues, ¿por qué vamos a estar seguros?

Afiancemos en este principio nuestra virtud y no olvidemos que la esperanza verdadera se asienta en esta santa desconfianza propia.

Pero la consecuencia de esta desconfianza en sí mismo no es la que quiere sacar el demonio, es decir, la desesperación, la desilusión, el cansancio y el tedio, el maldito desaliento, que mata toda actividad y ata nuestras manos, para que no trabajen ya más.

Este es el otro extremo, por el que se peca contra la esperanza. Pecado de defecto, pero que es tan pernicioso o más que el primero, que peca por exceso.

No es eso lo que debemos de concluir al ver nuestra debilidad y miseria; esto es mirar las cosas sólo por un lado; hay que mirarlas en toda su integridad.

Si nos miramos a nosotros solos, podemos encontrar desconfianza; pero, si miramos a Dios, ¿cómo no hemos de alentarnos con una confianza segura?

Solo el hombre, dejado a sus fuerzas, no podría sostenerse; no hay virtud ni santidad tan grande que, si Dios no la sostuviera, pudiera conservarse y salir vencedora de las asechanzas del demonio. ¡Cuánto puede, desgraciadamente!

Pero, si Dios está con nosotros, ¿quién podrá en contra nuestra, si entonces tenemos la misma omnipotencia de Dios? Es fiel el Señor, y no permitirá al demonio que nos tiende más de lo que podemos; y, por otra parte, no nos dejará solos en la lucha, sino que Él peleará a nuestro lado, y nos ayudará con su ejemplo y su gracia; y, en fin, Él nos dará ahora la victoria segura, y luego el premio prometido a los que salgan vencedores.

¡Cómo alienta y consuela todo esto sabiendo que son cosas ciertas e infalibles, que Dios cumplirá fiel y exactísimamente!

En verdad, que podemos decir con la Iglesia: *En Ti, Señor, he esperado..., por eso no será jamás confundido*. Nunca nos pesará esta confianza en Dios.

+++

Ahora bien, si alguien hubiese podido confiar en sí mismo, en su virtud, en sus méritos, ha sido la Santísima Virgen. ¿Quién como Ella y semejante a Ella?

Y, sin embargo, es la Virgencita humilde, modesta, hasta tímida en cierto punto; jamás hace alarde de lo que es, más bien exagera el deseo de ocultarlo todo, de callarlo todo, su concepción milagrosa, su divina maternidad, su dignidad, sus gracias y sus grandiosas prerrogativas

No se da importancia por nada, no abusa de ninguna de sus gracias; obra y sirve a Dios como la más pequeña e indigna de sus esclavitas, sin rehusar ningún oficio, ni trabajo de ninguna clase; no se mira a sí misma, no se fía ni se apoya en sí misma, sino únicamente en Dios.

Pero, ¡eso sí!..., ¡qué confianza en Dios cuando llega el momento!, sin exageraciones, sin aspavientos que llamen la atención, de la manera más sencilla, natural e ingenua...

¡Qué bien sabe demostrar esta dulce confianza en su Jesús!

Pidamos a la Virgen entender así esta virtud de la esperanza, de suerte que ni abusemos con la presunción, tentando o abusando de Dios, ni desconfiemos de Él y de su gracia; que aprendamos a desconfiar de nosotros para obrar solamente apoyados en Ella y en Dios.

+++

¿Cuáles son los fundamentos de la Esperanza?

El motivo y la garantía principal de nuestra Esperanza es el mismo Dios con su bondad, su gran misericordia, su omnipotencia y su fidelidad para cumplir todo lo que nos ha prometido.

Ante todo, la *bondad y misericordia de Dios*. Toda la creación es un efecto de la bondad de Dios, que quiso comunicarla y difundirla a sus criaturas, pero, sobre todo, esto debe decirse de nosotros; ¡qué exceso de bondad en Dios supone nuestra creación, sacándonos de la nada, haciéndonos a su misma imagen y semejanza, elevándonos al orden sobrenatural de la gracia, comunicándonos su misma vida!

Y todo esto, ¿lo iba a hacer Dios para luego abandonarnos y no ocuparse de nosotros para nada? ¿Quién, pues, no confiará sabiendo que es hechura de Dios?

Pero aún más, si consideramos su amor de misericordia para con nosotros. La misericordia se funda precisamente y se ejercita en nuestra miseria. A mayor miseria de parte nuestra, mayor misericordia de parte de Dios.

Toda la obra de la Encarnación fue hecha para demostrar su misericordia, pero aún más lo demostró la obra de la Redención y la perpetuidad de la misma en el Santo Sacrificio de la Misa y la Sagrada Eucaristía.

¡Con cuánta razón, decía San Alfonso María de Liguori que *la Pasión de Cristo y el Sacramento del Altar, eran los dos grandes misterios de la esperanza y del amor!*

¿Puede haber nada que tanto aliente nuestra esperanza como esto? ¿Qué temer de quién nos ama así?

Si el amor y la misericordia nos dicen que Dios quiere auxiliarnos y ayudarnos en todo, su omnipotencia nos dice que puede, y su fidelidad que así lo hace de hecho con todos...

Dios es fiel y exacto cumplidor de lo que promete; y ¡son tantas las cosas que nos ha prometido!, que realmente, si las cumple, no tenemos que desesperar, ni desconfiar nunca jamás.

En verdad, que cuando se ven las promesas que hizo Dios en el Antiguo Testamento a los Patriarcas, a su pueblo escogido, y la exactitud con que se sujetó a ellas hasta en sus más mínimos detalles, se anima y consuela uno viendo la certeza de lo que nos ha prometido: la gracia, el Cielo, la posesión y el gozo de la visión beatífica, pues se convence el alma de que todo esto no son meras palabras, sino una dulce y grandiosa realidad.

He aquí por qué San Pablo, aun en nuestros dolores y sufrimientos, nos recuerda esta esperanza, y nos dice: *No sufráis como aquellos que no tienen esperanza.*

Y aún quiso Dios hacernos más sensible este fundamento de nuestra esperanza; y para eso colocó toda esperanza en su Madre y en nuestra Madre.

¡Qué motivo para confiar y nunca desesperar, al ver que Dios y nosotros tenemos una misma Madre!

Si nuestra esperanza en Dios se ha de fundar en su misericordia, en su bondad y en su fidelidad, ¿no vemos claramente que en María ha depositado todos estos títulos, para animarnos mejor a acudir a Él por medio de Ella?

¿Que nuestra debilidad es mucha?, ¿inmensa nuestra miseria?, pero, una madre, ¿no ama con más predilección al hijo enfermizo y desgraciado? ¿No lo ha cumplido así María en todas las ocasiones? ¿No ha brotado del corazón del pueblo cristiano espontáneamente ese saludo de *vida, dulzura y esperanza nuestra?*

Mirando a María, no caben las desconfianzas, no tienen razón de ser las desesperaciones, no se explica el más mínimo desaliento.

Es verdad que no debemos abusar de esta confianza maternal que Ella nos inspira.

Fíate de la Virgen y no corras..., así solemos decir, y es cierto. Debemos fiarnos de Ella; pero no creamos que ya está hecho todo con esto. Con Ella y apoyados en Ella, debemos trabajar, esforzarnos por cooperar a la gracia de Dios que nos dispensa María; y así, despacito, sin apresuramientos, sin correr, lograremos cimentar primero, y luego edificar sólidamente nuestra santidad.

No lo olvidemos nunca; en los sufrimientos, humillaciones, tentaciones, luchas y vicisitudes de la vida, siempre una mirada a María, Auxilio de los cristianos, nos alentará, nos dará el consuelo que necesitamos, nos animará a trabajar y a practicar las virtudes, cuesten lo que costaren.

+++

¿Y cuál es el objeto de la Esperanza? ¿Qué esperamos?

El primer objeto de la Esperanza, el inmediato, es la gracia en todas sus acepciones y en todos sus grados. La gracia habitual, la actual, la final...

Es de fe que nada podemos hacer sin la gracia. Si Dios nos quisiera perder, no tendría más que retirar su gracia, dejarnos con nuestras solas fuerzas, y caeríamos irremediabilmente.

Pero Dios nos promete esta gracia suya, y nos la da generosamente y abundantísimamente; muchas veces aun sin pedirla, a veces incluso sin darnos cuenta.

No obstante, lo ordinario es que nos conceda el Señor sus gracias por la oración; y ésta es nuestra esperanza, por la cual esperamos confiadamente esa ayuda, esos auxilios necesarios, que Dios no nos negará, si se los pedimos; y que en miles de ocasiones nos los enviará aun sin eso, sólo por su bondad y misericordia.

Y es tan cierta esta esperanza nuestra, que tenemos obligación de creer que Dios quiere sinceramente la salvación de todos los hombres; y, por lo mismo, que a nadie niega los auxilios indispensables para ello.

Y entre estas gracias, la más importante es la gracia final o la gracia de la perseverancia, ya que sabemos que *sólo el que persevere hasta el fin se salvará*. Por otra parte, es también cierto que, por eso mismo, el demonio redobla sus esfuerzos para dar la última batalla en aquella hora definitiva.

¡Cuántas almas han sentido entonces la tentación de la desconfianza, de la desesperación! El demonio, que tantas veces quitó importancia a los pecados cuando se cometían, en ese momento trata de exagerarlos, en el sentido de convencernos de que no hay solución, que el perdón es imposible, y que no queda más que el desesperarse y condenarse.

He aquí, pues, uno de los objetos más importantes de la esperanza cristiana. Dios, que nos creó, que nos redimió y nos asistió con toda bondad en nuestra vida, no nos dejará entonces, ni nos arrojará en brazos de Satanás para que haga lo que quisiera con nosotros.

Sin abusar de esta confianza, hay qué esperar en Dios, que no nos negará entonces su gracia última, con la cual saldremos triunfantes de todo.

+++

El objeto principal de nuestra Esperanza es el Cielo, la posesión de Dios.

Verdaderamente que es demasiado grande esta recompensa. No sabemos lo que será su posesión; pero basta su promesa para que con ella sepamos ya endulzar todas las amargas de esta vida.

Consideremos cuántas son y qué amargas estas penas; toda la vida del hombre es un tejido continuo de sufrimientos... Mirándolo así, con ojos terrenos, el hombre es el ser más desgraciado de la creación.

Es verdad que no fue creado así por Dios, pero, de hecho, después del pecado, no es más que un montón de asquerosa podredumbre. Con el pecado vino la muerte, y con ésta todo su triste y fúnebre cortejo de dolores, penas, amarguras...

Pero, si consideramos todo eso como un paso, como algo que rápidamente terminará; y al final de todo contemplamos a Dios, con cuya posesión hemos de gozar por toda la eternidad, ¡qué cambio tan grande en nuestra vida!

Ahora, un momento de padecer y sufrir; para luego, siempre ver a Dios y verle como es en Sí mismo, sin nubes ni rodeos, cara a cara, abismarnos en el océano de su hermosura infinita, unirnos a Él con lazos íntimos e indisolubles, amarle con amor ardiente y abrasado; y con ese amor gozar de Dios en una felicidad y dicha inenarrable...

¿Cómo no sentir inundarse de gozo el alma ante esta esperanza? Con razón decía San Pablo: *No son comparables todos los sufrimientos de esta vida con el más pequeño gozo que nos aguarda en el Cielo*, porque aquello nadie puede imaginarse lo que es, pues *ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni en el corazón del hombre cabe una partícula siquiera de lo que allí Dios tiene preparado*.

Sin embargo, por muy delicioso que sea aquel torrente de delicias en el que beberán los bienaventurados, lo más grande y lo que más satisface nuestro corazón es la esperanza de poseer al mismo Dios.

Ésta es la esperanza que alentaba a todos los santos, la que animó a todos los mártires, la que sirvió no sólo para endulzar, sino para convertir en inmenso gozo, lo que no era más que dolor y sufrimiento.

+++

También la Santísima Virgen es el objeto de nuestra Esperanza; y no sólo porque de Ella también hemos de gozar en el Cielo, contemplando su belleza encantadora, la hermosura de su virtud, la blancura de su pureza, sino, además, porque de Ella ha de venirnos la gracia que necesitamos, a Ella debemos pedir diariamente, frecuentemente, la gracia de la perseverancia final.

¡Qué fácil es distraerse en este camino de la vida, cansarse de luchar y combatir, huir cobardemente, dejar de seguir a Cristo y enredarse en las mallas de nuestros enemigos!

Pero, si sabemos acudir a la Santísima Virgen, entonces, en esos momentos de mayor oscuridad, de vacilación y cansancio, Ella nos alentará y nos conseguirá la gracia de perseverar.

¡Cuántos han perseverado por Ella, y que, sin Ella, hubieran caído!

¡Si los desgraciados desesperados la hubieran invocado a tiempo, no se habrían desalentado ni abatido!

Además, contemplemos a María viviendo siempre con la vista en el Cielo, sobre todo después de la Ascensión de su Hijo; no vivía más que de Jesús y para Jesús.

Pidámosle nos dé un poco de esa vida, para que así estimemos como basura todo lo de la tierra y no vivamos más que suspirando por la vida verdadera; para que comprendamos bien aquello de Santa Teresa: *Tan alta espero, que muero porque no muero...*

Como llevo dicho en todos estos sermones, conociendo los temores más comunes que inquietan, angustian y hasta agobian a los fieles, es necesario recordar la misión y el ministerio que Dios ha asignado a su Madre Santísima.

En efecto, ante los eventos inminentes, los comunes e invariables (como son la familia, los hijos, lo económico, lo material, las enfermedades, la muerte...), así como los que son propios del tiempo que nos toca vivir (la apostasía generalizada, el epílogo del misterio de iniquidad y la llegada del Anticristo...), en vista de estos sucesos es muy probable que muchas o todas nuestras "seguridades" se pierdan..., y con ellas "nuestras esperanzas"..., e incluso La Esperanza...

Y, precisamente por eso, es importante y necesario tener presente que, de la misma manera que Nuestra Reina y Madre auxilió a los creyentes de todas las épocas, lo mismo hará con los fieles de hoy en día, ya sea guardándolos de algunos acontecimientos, o bien dándoles la fortaleza necesaria para sobrellevarlos.

La comprensión de la misión de Nuestra Señora dispensará mucha luz e infundirá mucha fortaleza para seguir el camino trazado por Dios, al mismo tiempo que dispondrá las almas para recibir los méritos obtenidos por Ella y alcanzar su auxilio y protección.

Salve, Regina, mater misericordiae, vita, dulcedo et **spes nostra** salve...

LA CARIDAD DE MARÍA SANTÍSIMA

Si han seguido esta serie de sermones, si han reflexionado sobre los temas tratados, es de esperar que hayan comprendido la misión de Nuestra Señora. Esto es muy importante, pues su comprensión dispensa mucha luz e infunde mucha fortaleza para seguir el camino trazado por Dios, al mismo tiempo que dispone las almas para recibir los méritos obtenidos por Ella y alcanzar su auxilio y protección.

En este sentido, es fundamental considerar la puesta en práctica de las virtudes teologales por María Santísima. Ya hemos estudiado la Fe y la Esperanza de Nuestra Señora. Veamos hoy su Caridad.

La caridad es, esencialmente, la vida de Dios. *Dios es caridad*, dice San Juan.

¡Qué palabras tan breves y tan substanciosas! En ellas se encierra todo lo que es Dios, con su majestad infinita, con su omnipotencia y omnisciencia, con su eternidad...

Dios es caridad; ya está dicho todo con esto.

Pues bien, eso es María Santísima. También Ella participa, en cuanto es dado a una criatura, de la vida de Dios; pero de modo más excelso, más perfecto y verdadero que ningún otro ser, pues lo que no tuvo por naturaleza, lo tiene por gracia; y Dios quiso que nadie la aventajara en su caridad; que nadie pudiera compararse con Ella, en cuanto a vivir esa vida de Dios.

Sólo Ella ama a Dios más que todas las criaturas juntas; sólo de Ella se puede decir también que es el amor.

Y ésta es y debe ser nuestra vida; también quiere Dios que participemos de su vida; y se digna ponerse ante nosotros como objeto a nuestro amor. Sólo cuando amamos a Dios en sí mismo y por sí mismo y al prójimo en Dios y por Dios podemos decir que vivimos nuestra vida propia.

+++

Por eso mismo, porque es tan necesario este elemento de la caridad en la vida del hombre, Dios se lo ha impuesto como un precepto.

Pero hay una criatura en la que la caridad no es un precepto; una que no amó ni ama a la fuerza, sino que en Ella el amor es el dulcísimo y naturalísimo acto de toda su vida; que vive una vida constante de amor...

¡Ésa es nuestra Madre...!

¡Qué vida la de María! Imposible para Ella vivir, ni un momento siquiera, sin amar a Dios. Es lo único de lo que no es capaz, de apartar su Corazón ni un instante fugacísimo de Dios.

Y ama María a Dios, como Dios mismo nos lo ha mandado, con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas.

La Santísima Virgen ama a Dios con todo su corazón. Ya está dicho con esto la intensidad de su amor. No entrega al Señor un corazón dividido, no reserva ni una fibra para Sí misma, ni para

dársela a criatura alguna. Todo entero..., sin limitaciones ni reservas, sin titubeos ni regateos. Todo y siempre.

Dios no quiere corazones divididos. Dividir, es matar el amor.

Dios tiene derecho al amor total del corazón humano. Y, sin embargo, parece que el hombre tiene empeño en regatearle ese amor; divide su corazón entre Dios y las criaturas; y muchas, muchísimas veces, da a éstas la preferencia, lo mejor, la parte mayor para ellas..., y luego, lo que sobra, las piltrafas del amor, para Dios...

Y aún creemos que hacemos mucho cuando así le amamos... ¡Qué repugnancia no dará a Dios un tal amor, un corazón así!

María ama a Dios con toda su alma, con todas las potencias. Su entendimiento, no se ocupa en otra cosa que no sea Dios o la lleve a Dios. Su memoria, recuerda sin cesar y le pone delante los beneficios y gracias que del Señor ha recibido. Su voluntad, no aspira sino a cumplir, en todo, la voluntad de Dios y someterse a ella, humildemente y, también, alegremente.

En esto pone Ella todas sus complacencias. Y, efectivamente, tener sus delicias y sus complacencias únicamente en el cumplimiento de la voluntad de Dios, eso es en verdad amarle con toda su alma.

María ama al Señor con todas sus fuerzas. Es consecuencia del corazón y del alma que totalmente ama a Dios. Pero esto quiere decir que es tal la intensidad de este amor, que no retrocede ante nada, que está dispuesta a todo, al mayor sacrificio si es necesario para este amor. Y, efectivamente, Dios le exigió sacrificios como a nadie; y por amor de Dios, de esta manera tuvo que sufrir como nadie, ya que el dolor y el sufrimiento están en razón directa del amor.

Ésa fue la vida de María siempre; nunca se quejó de sus sufrimientos, nunca le pareció demasiado grande ningún sacrificio, nunca dejó de hacer nada, con prontitud y generosidad, de lo que la pedía la voluntad de Dios.

Examinemos nuestro amor a Dios... ¿Podemos decir que cumplimos con exactitud ese primero y más importante mandamiento? Respondamos con sinceridad si podemos decir que amamos a Dios con *todo* nuestro corazón, con *toda* nuestra alma, con *todas* nuestras fuerzas...; y si estamos dispuestos a dejarlo todo antes que perderle y dejarle a Él.

+++

Es muy conveniente detenerse a analizar este amor de la Virgen Santísima a Dios, para ver en él, claramente expresados, los caracteres o cualidades que ha de tener el verdadero y perfecto amor.

El amor de Nuestra Señora es perfectísimo. Esto quiere decir que su amor no está mezclado con egoísmos de ninguna clase.

El amor perfecto a Dios es un amor que ama por ser Dios quien es, digno de ser amado pues es el Bien Sumo. Es un amor que no busca nada de recompensa, no ama a Dios por los bienes o regalos que de Él espera recibir, ni siquiera por asegurar así la bienaventuranza eterna.

María amó y ama a Dios con este purísimo y perfectísimo amor. Y este amor fue, precisamente, el que tanto enamoró a Dios...

Es de absoluta necesidad que amemos a Dios con amor de predilección, de preferencia, que coloca a Dios en primer lugar, y lo prefiere siempre a todos los demás amores.

Éste fue y es el amor de la Santísima Virgen; un amor sumo en el sentimiento y en el afecto; pero, sobre todo, en el aprecio y en la predilección.

Es el Corazón totalmente desprendido de sí mismo, despegado de todo, sin compromisos con nada ni con nadie; el Corazón que no siente atractivo sino por Dios.

No es posible un amor grande e intenso que no sea a la vez doloroso y triste, porque necesariamente se ha de entristecer al ver a quien se ama despreciado, desconocido, injuriado.

El amor de María tuvo que ser intensamente triste, al contemplar la dureza del corazón de aquel pueblo escogido, que tan mal correspondía a los beneficios de Dios.

¡Cuál sería el dolor de la Santísima Virgen cuando conoció la envidia, la hipocresía refinada, la rabia y el odio que anidaba en aquellos sepulcros blanqueados, que terminó en la persecución enconada de que hicieron objeto a su Hijo!

Sufrió de parte de los mismos Apóstoles. ¿Cuánto no debió sufrir María al ver la rudeza de aquellos hombres, que no acababan de penetrar en la divinidad de su Hijo y en la espiritualidad de su reino? ¡Y cómo sufriría con Judas, con Pedro, con los demás que huyeron en la Pasión o fueron tan incrédulos en la Resurrección!

No olvidemos estas notas características del amor; y por ellas midamos la intensidad de nuestro amor a Dios.

Consideremos nuestros propios pecados, y si los detestamos con verdadera contrición y sentimos un gran dolor de haberlos cometido; pues la contrición no es más que eso, el amor triste y doloroso con que ama el alma avergonzada y arrepentida.

Y el que de veras ama a Dios, ha de sentir dolor no sólo por sus propios pecados, sino por los de sus prójimos, y se afligirá por ellos, como si fueran suyos.

No se puede ver con indiferencia que se desconozca a Dios, y que se trabaje tan poco por estudiarle y comprenderle; que se le ofenda tanto y de tantas maneras, y por toda clase de hombres.

Los santos tenían su mayor tormento en ver que Dios no era amado como debía por los hombres, y se esforzaban, con su cariño y amor, en suplir tantas injurias, tantos pecados y tanto deshonor. Esto mismo debemos hacer, en compañía de nuestra querida Madre, la Santísima Virgen, hasta conseguir que Dios se dé por contento con nuestro amor, y con él olvide las ofensas propias y ajenas.

+++

Otros caracteres del amor que debemos a Dios, y del que a Él tuvo la Santísima Virgen, son: *la complacencia* y *la benevolencia*, que vienen a ser como los actos interiores de amor de Dios, en que nuestra alma puede y debe ejercitarse cuando ama.

El amor de *complacencia*, es el amor que Dios se tiene a Sí mismo. Al contemplar su propia esencia y ver en ella su santidad infinita, su bondad suma, no puede por menos de tener una complacencia infinita.

Nosotros podemos, y debemos, amar a Dios de esta manera. Aunque visto a tan gran distancia, cual es la que nos separa de Dios, no podemos dejar de contemplar su incomparable hermosura, su santidad, su poder, su sabiduría, su justicia y su misericordia.

Hemos de tener complacencia especial en admirar reflejadas en las criaturas todas esas perfecciones de Dios, deleitándonos al verle y contemplarle tan grande, tan sublime, tan magnifico, gozándonos de que sea como es, y extasiándonos ante la excelencia de todos sus atributos y perfecciones.

Esta complacencia es la que constituye la gloria de los Santos en el Cielo, quienes, al ver la hermosura de la esencia divina, sienten tal gusto y felicidad, que no pueden contenerse sin prorrumper, en compañía de los Ángeles en aquel cántico del *Santo, Santo, Santo...*, que ha de durar por toda la eternidad.

+++

El amor de *benevolencia* es, como su nombre lo dice, el amor que quiere el bien y busca y trabaja por hacer bien a quien ama.

Aquí podemos abismarnos ante el amor de benevolencia tan infinito que Dios nos ha tenido.

En cambio, nosotros, qué poco amor de benevolencia podemos tener a los que amamos; por lo menos, qué ineficaz es; es tan poco lo que podemos darles... Queremos, deseamos, pero no podemos. ¡Cuántas veces hemos de contentarnos con demostrar nuestro deseo!

Pero lo extraordinario es, que tratándose de Dios no es así... Aunque parezca mentira, también *podemos y debemos* amar a Dios de esta manera.... No sólo podemos desear un bien a Dios, sino que podemos dárselo...

Y ¿qué podemos hacer por Él? ¿Qué podemos dar a Dios?

La *gloria extrínseca* que le puede venir de las criaturas. Dios todo lo ha creado para su gloria; y, por lo mismo, las criaturas han de dar gloria a Dios a su modo. Pero este modo es muy imperfecto, ya que ellas no tienen conocimiento ni pueden alabar a Dios, que son las dos condiciones para tributarle la gloria. Luego, es el hombre el que, en nombre de toda la creación, debe dar a Dios esta gloria de todas las criaturas.

Trabajar por honrar, servir, alabar y glorificar a Dios, es amarle con amor de benevolencia, es darle a Dios lo que podemos y debemos darle.

Naturalmente, que con eso no añadiremos a Dios ni un grado más de su gloria intrínseca y esencial, pero habremos aumentado su gloria exterior, que consiste en las alabanzas y homenajes que debe tributarle la creación entera, como a su Señor y Criador.

El *celo*, es lo segundo que también podemos dar a Dios, esto es, buscar almas, ganar almas en las que Dios sea conocido, amado, alabado y glorificado.

El celo es como la llama del amor; si hay fuego de amor, habrá llamas de celo. Ése es el que devoraba a todos los Santos y les lanzaba a arrostrar los mayores peligros y la misma muerte, con tal de dar a Dios almas ganadas con sus sacrificios y trabajos.

+++

Veamos el ejemplo de María. ¡Qué amor de complacencia el suyo! ¿Quién conoce mejor que Ella a Dios para apreciarle y amarle cada vez más y complacerse en sus perfecciones infinitas?

Por otra parte, nadie causó en Dios un amor de complacencia como Ella.

El Señor no ve en nosotros nada digno de complacerle; pero en María no es así; nada hay en Ella que no agrade y entusiasme a Dios. ¡Qué gusto tener tal Madre!

Y en cuanto al amor de benevolencia, aún más claramente se echa de ver en María Santísima la perfección de su amor. Ella dio a Dios lo que nadie pudo darle. Ni en la tierra, ni en el Cielo, se dio jamás gloria mayor que la que da el Corazón de su Madre Inmaculada.

Por último, encendámonos en el celo que ardía y arde siempre en su Corazón, pues ése es el horno donde fueron siempre las almas santas a caldearse, para de allí ir a abrasarse en el fuego del Corazón de Cristo, y con él correr luego a incendiar y quemar y abrasar a toda la tierra.

+++

El amor al prójimo es la segunda parte del mandamiento primero de la Ley de Dios: *amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos.*

En la Antigua Ley, se decía: *Ama al prójimo como a ti mismo*, pero ahora Jesucristo dice: *Amaos unos a otros como yo os he amado.*

¡Qué intensidad, tan distinta de amor! Hemos de amar al prójimo hasta el sacrificio, hasta la muerte, pues así nos amó Cristo.

Pensemos ahora, ¿cómo sería el amor de María a los hombres?, ¿cómo nos seguirá amando actualmente desde el Cielo?

No se puede comprender su amor, sino comparándole con el del mismo Jesucristo. Después de Él, y de manera más parecida a la de Él, nadie nos ama como María, Madre del Buen Amor.

Es un amor de madre, pero una madre que reúne en su corazón todas las ternuras maternas que Dios repartió entre las demás. Cristo mismo, nos hizo hijos suyos al pie de la Cruz. Somos hijos de sus dolores y sufrimientos, pues tanto le costamos y tanto le hacemos sufrir.

Somos hermanos de Cristo, ¿cómo, pues, no nos ha de amar a la vez y del mismo modo que a su Hijo?

María no puede menos de ver cuánto nos ama Dios. Ella no puede ver con indiferencia una cosa tan amada y querida por Dios.

Eso sólo bastaba, pero mucho más cuando Él se lo manda. ¿Qué va a hacer la obedientísima María, sino abrazarse con esta cruz de nuestra maternidad y empezar a amarnos con todo su Corazón, como ha amado a su Hijo?

¡La Madre de Dios es nuestra Madre! Luego, nos ama a como ama a Jesús.

Una buena madre no hace distinciones entre sus hijos, ama a todos por igual; si acaso hace alguna distinción, es con el hijo enfermo, desgraciado, miserable, con aquel que más la ha hecho sufrir.

¿Podremos decir algo semejante de María? Entonces, sus predilecciones serán por nosotros... En cierto modo, podemos decir que nos ama aún más que amó a su Jesús.

Al pie de la Cruz no dudó en autorizar, en consentir la muerte de Jesús con tal de que nosotros vivamos.

Dios hizo el Corazón de la Virgen con una ternura especial, cual convenía para amar a su Hijo. Esa misma delicada ternura de María es para nosotros, se emplea en amarnos... ¡Qué dicha la nuestra! ¿Qué más podemos desear ni anhelar?

+++

Nuestra obligación es amar al prójimo como Jesús y María nos aman.

Este amor, ha de ser un amor sobrenatural, es decir, no hemos de amar precisamente por simpatías, ni rechazar a nadie por antipatías.

Por consiguiente, hemos de amar al prójimo *en Dios*, es decir, porque es algo de Dios, imagen viva de Dios.

Hemos de amarle *por Dios*, porque Él nos lo manda y nos lo enseña con su ejemplo, para así obedecerle y para mejor imitarle.

Hemos de amarle *para Dios*, buscando su bien espiritual y tratando de llevarle por el camino que asegure su posesión en el Cielo.

Además, ha de ser un amor *universal*, esto es, que no excluya a nadie; a buenos y a malos, a los que nos quieren y a los que nos odian, a los conocidos y amigos, y a los extraños y desconocidos.

Debe ser un amor *sacrificado*, como el de Jesús, como el de María, por el bien del prójimo, especialmente por su bien espiritual. Hemos de sacrificarlo todo, no hemos de contentarnos con hacer lo menos costoso, sino lo que creamos más provechoso; hemos de orar por él y, si podemos, debemos hacer más, debemos buscarle, hablarle, corregirle, atraerle. En fin, debemos practicar aquello de *hacernos todo para todos, para llevarlos a todos a Cristo*.

Así entendieron esta lección los santos. ¿Qué no hizo un Javier, un Claver, una Teresa de Jesús, etc., por el prójimo, por los pecadores, por los herejes y cismáticos y hasta por los mismos infieles?

Amemos a nuestros hermanos con todo el ensanche de nuestros corazones.

Estas palabras y estos afectos se aprenden únicamente mirando a Jesús, y en la escuela de María.

Que la Mediadora de todas las gracias, la Madre del Amor hermoso, nos obtenga una caridad fervorosa y práctica.

Hemos reiterado insistentemente que es muy importante y muy necesario tener presente que, de la misma manera que Nuestra Reina y Madre auxilió a los creyentes de todas las épocas, lo mismo hará con los fieles de hoy en día, ya sea guardándolos de algunos acontecimientos, o bien dándoles la fortaleza necesaria para sobrellevarlos.

Pues bien, digamos hoy que es muy importante y muy necesario tener presente que, de la misma manera que Nuestra Reina y Madre amó a los creyentes de todas las épocas, lo mismo hará con los fieles de hoy en día. Y, precisamente porque los ama, los guardará de algunos acontecimientos, o les dará la fortaleza necesaria para sobrellevarlos.

FIESTA DE CRISTO REY

El reino de Jesús por María

Solemnizamos hoy la Fiesta de Cristo Rey.

En el Evangelio observamos que Pilato preguntó, irónicamente, a Jesucristo: ***Entonces, ¿tú eres Rey?***

Veía a Nuestro Señor en una situación bien poco compatible con cualquier derecho y poder real... Mientras tanto, los judíos gritaban afuera: ***No queremos que éste reine sobre nosotros; no tenemos más rey que al César.***

Pasaron los siglos y llegó un momento en que, como dice León XIII en su Encíclica *Immortale Dei*, "la filosofía del Evangelio gobernaba los Estados. En aquella época la eficacia propia de la sabiduría cristiana y su virtud divina habían penetrado en las leyes, en las instituciones, en la moral de los pueblos, infiltrándose en todas las clases y relaciones de la sociedad. La religión fundada por Jesucristo se veía colocada firmemente en el grado de honor que le corresponde y florecía en todas partes gracias a la adhesión benévola de los gobernantes y a la tutela legítima de los magistrados. El sacerdocio y el imperio vivían unidos en mutua concordia y amistoso consorcio de voluntades. Organizado de este modo, el Estado produjo bienes superiores a toda esperanza. Todavía subsiste la memoria de estos beneficios y quedará vigente en innumerables monumentos históricos que ninguna corruptora habilidad de los adversarios podrá desvirtuar u oscurecer".

Y, sin embargo, hoy en día Jesucristo no reina de hecho en la sociedad... Pero, como Él mismo lo dijo, si los súbditos de un Rey se rebelan contra él, no deja, sin embargo, de ser su Rey; y conserva el poder de castigarlos y de someterlos posteriormente. Si no tuviese este poder, no sería verdaderamente Rey.

El Salmo 109 ya lo había anunciado: *Dijo el Señor a mi Señor: "Siéntate a mi diestra, hasta que Yo haga de tus enemigos el escabel de tus pies"*.

En efecto, el Padre le reservó el trono a su diestra, glorificándolo como Hombre, según dice el Credo: *"Subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre"*; y realzó sus derechos como Mesías Rey; título que Israel desconoció cuando Él vino por primera vez, y *"los suyos no lo recibieron"*.

Estos derechos los ejercerá cuando el Padre ponga a todos sus enemigos debajo de sus pies para *"reunirlo todo en Cristo, las cosas del cielo y las de la tierra"*, y someterlo todo a Él, en el día de su glorificación final, porque, como comprobaba San Pablo en su tiempo, *"al presente no vemos todavía sujetas a Él todas las cosas"*.

Y el Apóstol completaba su enseñanza: *Después el fin, cuando Él entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya derribado todo principado y toda potestad y todo poder. Porque es necesario que Él reine "hasta que ponga a todos los enemigos bajo sus pies"*.

Sobre la Cruz, donde murió este Rey rechazado, había un letrero escrito en tres lenguas, hebreo, griego y latín, donde se podía leer: *Jesús de Nazareth Rey de los Judíos.*

El Padre Castellani enseñó que esta Cruz es la respuesta a los que, hoy en día, se escandalizan por la impotencia del Catolicismo ante la gran crisis espiritual y material que reina sobre la tierra.

Creer que la crisis actual es una gran desobediencia a Jesucristo y, por consiguiente, dudan que Cristo sea realmente Rey..., como dudó Pilato, viéndolo atado e impotente.

Pero la crisis actual no es una gran desobediencia a Cristo, sino que es la consecuencia de una gran insubordinación, es el castigo de una gran rebeldía, y es la preparación de la gran restauración del Reino de Cristo.

Y explicó detalladamente que el *Hombre Moderno*, que cayó en cinco rebeliones y cinco idolatrías, es castigado ahora y es purificado por cinco correctivos y cinco penitencias:

Incurrió en la ***Idolatría de la Ciencia***, con que quiso hacer otra torre de Babel que llegase hasta el cielo...; y la ciencia actualmente está muy ocupada en construir aviones, bombas y cañones para destruir las ciudades y las casas...

Cometió la ***Idolatría de la Libertad***, con que quiso hacer de cada hombre un pequeño jefe caprichoso...; y el mundo hoy se llena de déspotas..., y los propios pueblos piden brazos fuertes para salir de la confusión que generó esta loca libertad...

Cayó en la ***Idolatría del Progreso***, con que los hombres creyeron poder restablecer en poco tiempo un nuevo Paraíso Terrenal...; y ahí tenemos que el Progreso es el *Becerro de oro*, que hunde a los hombres en la miseria, la esclavitud, el odio, la mentira y la muerte...

Reincidió en la ***Idolatría de la Carne***, a la cual pidió el Paraíso y las delicias del Edén...; y la carne desnuda del hombre, exhibida y adorada, herida, se rasga, se pudre y se disuelve como un inmundito abono sobre los campos de batalla y en las clínicas especializadas para los abortos...

Insistió en la ***Idolatría del Placer***, con que quiere hacer del mundo un Carnaval perpetuo y transformar a los hombres en niños agitados e irresponsables...; y el placer creó un mundo de enfermedades, sufrimientos y tormentos que hacen desesperar a todas las autoridades de la medicina...

¡Sí!... Los males que sufrimos hoy tienen su origen en una última desobediencia; pero reconfortan, porque la guadaña ya está puesta en la raíz. Estamos al final de un proceso mórbido que dura desde hace ya siete siglos.

Sí, hoy en día Jesucristo no reina de hecho, pero no deja por eso de ser Rey; conserva el derecho y el poder de castigar y someter nuevamente a sus súbditos rebeldes.

Y repito, una vez más, que estos derechos los ejercerá cuando el Padre ponga a todos sus enemigos debajo de sus pies para "*reunirlo todo en Cristo, las cosas del cielo y las de la tierra*", y someterlo todo a Él, en el día de su glorificación final.

+++

Cuando tratamos el tema del Triunfo del Corazón Inmaculado de María, el último Domingo de agosto, Decimocuarto de Pentecostés, anunciamos que para esta Fiesta de Cristo Rey veríamos en detalle la relación entre el Reino de María Santísima y el Reino de su divino hijo. ([Ver Aquí](#)).

Espero que aquellos que han ido meditando sobre los temas de los sermones que hemos desarrollado en los últimos tres meses, hayan comprendido que vivimos en plena época de actividad mariana, relacionada con el Reino de Nuestro Señor.

Ahora bien, esta *Hora de María* en que vivimos está anunciada desde tiempo inmemorial. Son muchos los santos y videntes que han hablado de ella en todos los siglos; pero, entre aquellos que han enseñado y predicado la misión providencial de la Madre de Dios, el que se ha expresado más extensa y claramente ha sido, sin duda, San Luis María Grignon de Montfort.

En esta Fiesta de Cristo Rey, para que sirvan de meditación y estímulo, consideremos sus textos más destacados.

+++

En su admirable *Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen*, el Santo misionero anuncia, con acentos de profeta, que pronto el Reino de Jesús por María se establecerá en las almas:

[113] Hoy me siento más que nunca animado a creer y esperar todo lo que tengo profundamente grabado en el corazón y que pido a Dios desde hace muchos años, a saber, que tarde o temprano, la Santísima Virgen tendrá más hijos, servidores y esclavos de amor que nunca, y que, **por este medio, mi querido Dueño, reinará en los corazones más que nunca.**

[114] Preveo muchas bestias convulsas que vienen furiosas para desgarrar con sus diabólicos dientes este pequeño escrito y a aquel de quien el Espíritu Santo se ha servido para redactarlo, o por lo menos para envolverlo en las tinieblas y el silencio de un cofre, a fin de que no sea publicado. Atacarán y perseguirán incluso a quienes lo lean y pongan en práctica. Pero, ¡qué importa! ¡Al contrario, tanto mejor! ¡Esta perspectiva me anima y hace esperar un gran éxito, es decir, la formación de un escuadrón de aguerridos y valientes soldados de Jesús y de María, de uno y otro sexo, que combatirán al mundo, al diablo y a la naturaleza corrompida, **en los peligrosos tiempos que van a llegar más que nunca!** ¡Qué el lector comprenda! ¡Entiéndalo el que pueda!

La profecía concerniente al *Tratado de la Verdadera Devoción* se cumplió al pie de la letra: en efecto, San Luis murió en 1716, pero sólo en 1824 el manuscrito fue recuperado del fondo de un cofre donde se hallaba enterrado.

El oráculo debe cumplirse también respecto de la extensión del Reino de María...

¿Qué tiempo ha sido más peligroso para la Iglesia y para las almas que el nuestro? Por todas partes el error y la mentira llevan a cabo una batalla sacrílega contra la Verdad.

Según la tesis de San Luis María, la manifestación de la Santísima Virgen estaba reservada para los **últimos tiempos**, como él lo afirma claramente en el *Tratado de la Verdadera Devoción*:

[49] Por María ha comenzado la salvación del mundo y por María debe ser consumada. María casi no ha aparecido en el primer advenimiento de Jesucristo... Pero, **en el segundo advenimiento de Jesucristo, María debe ser conocida y revelada** mediante el Espíritu Santo, a fin de hacer por Ella conocer, amar y servir a Jesucristo.

San Luis María pone estos **últimos tiempos** en relación con la **Parusía** o Segunda Venida de Nuestro Señor:

[50] Dios quiere, pues, revelar y descubrir a María, la obra maestra de sus manos, en estos últimos tiempos (...) Como Ella es la aurora que precede y descubre al Sol de justicia, que es Jesucristo, debe ser conocida y percibida, a fin de que Jesucristo lo sea. Siendo la vía por la cual Jesucristo ha venido a nosotros por primera vez, Ella lo será también cuando venga la segunda, aunque no de la misma manera. Siendo el medio seguro y la vía recta e inmaculada para ir a Jesucristo y encontrarlo perfectamente, por Ella las almas santas que deben brillar en santidad deben encontrarle. Aquel que encuentre a María encontrará la vida, es decir, a Jesucristo, que es el camino, la verdad y la vida. Mas, no se puede encontrar a María si no se la busca; no se la puede buscar si no se la conoce, porque no se busca ni se desea un objeto desconocido. Es menester, pues, que María sea más conocida que nunca, para el mayor conocimiento y gloria de la Santísima Trinidad. María debe resplandecer, más que nunca, en misericordia, en fuerza y en gracia es estos últimos tiempos. En misericordia, para volver a traer y recibir amorosamente a los pobres pecadores y descarriados que se convertirán y volverán a la Iglesia Católica. En fuerza contra los enemigos de Dios, los idólatras, cismáticos, mahometanos, judíos e impíos endurecidos, que se revolverán terriblemente para seducir y hacer caer, con promesas y amenazas, a todos aquellos que les serán contrarios. Y Ella debe resplandecer en gracia, para animar y sostener a los valientes soldados y fieles servidores de Jesucristo que combatirán por sus intereses. En fin, María debe ser terrible al diablo y a sus secuaces como un ejército en orden de batalla principalmente en estos últimos tiempos, porque el diablo, sabiendo bien que tiene poco tiempo, y mucho menos que nunca, para perder a las almas, redobla todos los días sus esfuerzos y sus combates. Él suscitará pronto crueles persecuciones, y pondrá terribles asechanzas a los servidores fieles y a los verdaderos hijos de María, a quienes le cuesta más trabajo superar que a los otros.

Estos **últimos tiempos** están relacionados por el Santo con la plena manifestación de la Santísima Virgen y con el **Anticristo**, y no con anterioridad; en efecto, San Luis dice:

[51] Es principalmente de estas últimas y crueles persecuciones del diablo, que aumentarán todos los días **hasta el reinado del Anticristo**, de las que se debe entender esta primera y célebre predicción y maldición de Dios, lanzada en el paraíso terrenal contra la serpiente: «Yo pondré enemistades entre tí y la mujer, y tu raza y la suya; ella misma te aplastará la cabeza y tú pondrás asechanzas a su talón» (Gén. 3:15).

Cuando el Santo escribía estas cosas pensaba que ocurrirían **próximamente**, y no como algo perdido en la lejanía de los tiempos venideros de la historia; podemos confirmarlo en el texto siguiente:

[47] He dicho que esto acontecerá particularmente al fin del mundo, y **pronto**.

+++

La Verdadera Devoción marial tiene, pues, una connotación apocalíptica esencial; separarlas equivale a adulterar el mensaje de San Luis y a desnaturalizar la esclavitud mariana.

San Luis María comienza su Tratado relacionando sin ninguna duda el **Reino de Jesucristo** y su **Parusía** *con* la **devoción a la Santísima Virgen**:

[1] Por la Santísima Virgen Jesucristo ha venido al mundo y también por Ella **debe reinar** en él.

[13] La divina María ha estado desconocida hasta aquí, que es una de las razones por qué Jesucristo

no es conocido como debe serlo. Si, pues, como es cierto, el conocimiento y **el Reino de Jesucristo** llegan al mundo, ello no será sino continuación necesaria del conocimiento y **del Reino de la Santísima Virgen**, que lo dio a la luz la primera vez y **lo hará resplandecer la segunda**.

San Luis María precisa, pues, la connotación íntima entre los últimos tiempos y la devoción mariana: la manifestación de la Virgen María es para el santo un hecho que señala claramente los tiempos apocalípticos, los últimos, de los cuales nos hablan las Sagradas Escrituras.

+++

Ahora bien, todas las apariciones marianas a partir del siglo XIX constituyen un mensaje celeste para advertirnos de que estamos indudablemente en los últimos tiempos, en el fin de los tiempos, que presagian la Segunda Venida de Jesucristo.

Recordemos que el Tratado de la Verdadera Devoción fue descubierto en 1824...

A partir de 1830, en París, asistimos a una serie de apariciones de Nuestra Señora que prueban, de manera irrefutable, que nos encontramos en los últimos tiempos descritos por el Apocalipsis que, como indica San Luis María, están reservados para la verdadera devoción mariana.

Con la aparición de La Salette, en 1846, Nuestra Señora deja un mensaje netamente apocalíptico, en el cual se anuncia el eclipse de la Iglesia y la pérdida de la fe, incluso en Roma, que no sólo perderá la fe, sino que llegará a ser la sede del Anticristo.

El *secreto de Fátima*, comunicado a los tres videntes el 13 de julio de 1917, concluye por una promesa que nos establece en una gran esperanza. En efecto, la Virgen Inmaculada anuncia que el terrible combate de los últimos tiempos llega a una etapa crucial en 1960, pero que terminará por la victoria final de su Corazón Inmaculado. Cuando Nuestra Señora anuncia solemnemente "*Al fin mi Corazón Inmaculado triunfará*", se trata de un triunfo universal, como hemos visto el último Domingo de agosto.

El culto de este dulce y tierno Corazón Inmaculado preparará la instauración del Reino glorioso del Sagrado Corazón de Jesús en toda la tierra.

Esto es lo que enseña, con claridad y fuerza, San Luis María Grignion de Montfort, el profeta de la victoria de María en el gran combate de los últimos tiempos, cuya inminencia prevé. El Santo asocia, no solamente la manifestación y el conocimiento de María a la Segunda Venida de Nuestro Señor, sino también que tienen por finalidad hacer reinar a Jesucristo sobre la tierra:

[13] Si, pues, como es cierto, el conocimiento y el **Reino de Jesucristo** llegan al mundo, ello no será sino continuación necesaria del conocimiento y del **Reino de la Santísima Virgen**, que lo dio a la luz la primera vez y lo hará resplandecer la segunda.

[158] Y si mi amable Jesús viene, en su gloria, por segunda vez a la tierra (como es cierto) **para reinar en ella**, no elegirá otro camino para su viaje que la divina María, por la cual tan segura y perfectamente ha venido por primera vez. La diferencia que habrá entre su primera venida y la última, es que la primera ha sido secreta y escondida, la segunda será gloriosa y resplandeciente; pero ambas serán perfectas, porque las dos serán por María. ¡Ay! He aquí un misterio incomprensible: «Hic taceat

omnis lingua» (Calle aquí toda lengua).

En su libro *El Secreto de María*, el Santo pone magistralmente la devoción mariana en relación con la Segunda Venida y el Reino de Cristo:

[58] Así como por María vino Dios al mundo la vez primera en humildad y anonadamiento, ¿no podría también decirse que por María vendrá la segunda vez, como toda la Iglesia lo espera, **para reinar en todas partes** y juzgar a los vivos y a los muertos? Cómo y cuándo, ¿quién lo sabe? Pero yo bien sé que Dios, cuyos pensamientos se apartan de los nuestros más que el cielo de la tierra, vendrá en el tiempo y en el modo menos esperados de los hombres, aun de los más sabios y entendidos en la Escritura Santa, que está en este punto muy oscura.

[59] Pero todavía debe creerse que **al fin de los tiempos, y tal vez más pronto de lo que se piensa**, suscitará Dios grandes hombres llenos del Espíritu Santo y del espíritu de María, por los cuales esta divina Soberana hará grandes maravillas en la tierra, para destruir en ella el pecado y **establecer el reinado de Jesucristo**, su Hijo, sobre el corrompido mundo; y por medio de esta devoción a la Santísima Virgen, que no hago más que descubrir a grandes rasgos, empequeñeciéndola con mi miseria, estos santos personajes saldrán con todo.

El pensamiento del Santo es claro y su expresión también: por María llegará el Reino de Jesús, al fin de los tiempos, después de su Parusía. Para San Luis María el triunfo es por la Parusía y por intermedio de la Virgen. Basta recordar lo que dice insistentemente.

San Luis María identifica Parusía y Reino de Cristo. Recordemos la **Oración abrasada**, que es eminentemente apocalíptica:

*Memento: Acordaos, Señor, de esta Comunidad en los efectos de vuestra justicia. Tiempo es de obrar, Señor, conculcaron tu ley. Es tiempo de hacer lo que habéis prometido hacer. Vuestra divina ley es transgredida; vuestro Evangelio abandonado; los torrentes de iniquidad inundan toda la tierra y hasta arrastran a vuestros servidores; toda la tierra está desolada; la impiedad está sobre el trono; vuestro santuario es profanado, y la abominación está hasta en el lugar santo. ¿Dejaréis todo, así, en el abandono, justo Señor, Dios de las venganzas? ¿Llegará a ser todo, al fin, como Sodoma y Gomorra? ¿Os callaréis siempre? ¿No es preciso que vuestra voluntad se haga en la tierra como en el cielo, y que venga vuestro reino? ¿No habéis mostrado de antemano a algunos de vuestros amigos una futura renovación de vuestra Iglesia? ¿No deben los judíos convertirse a la verdad? ¿No es eso lo que la Iglesia espera? ¿No Os claman justicia todos los santos del cielo? ¿No Os dicen todos los justos de la tierra: *Amen, veni Domine?* Así sea. ¡Ven Señor! Todas las criaturas, hasta las más insensibles, gimen bajo el peso de los innumerables pecados de Babilonia, y piden vuestra venida para restablecer todas las cosas. Señor Jesús, acordaos de dar vuestra Madre una nueva Compañía, para renovar por Ella todas las cosas, y para terminar por María los años de la gracia, como por Ella los comenzasteis.*

+++

Es totalmente claro que el triunfo debe venir por la intervención de Jesucristo en su Parusía.

Esto excluye el triunfo antes de la Parusía; porque, además, el triunfo **es** el Reino de Cristo sobre la tierra, después de la Segunda Venida.

El Santo identifica en sus escritos Parusía - Triunfo - Reino.

Quien no comprenda que San Luis enseña esto, no comprende nada sobre la doctrina del Santo.

El mensaje de Fátima nos enseña que en el momento de la gran apostasía será la devoción a la Santísima Virgen, y, más precisamente, la práctica de la reparación a su Corazón Inmaculado, que purificará a todos del veneno del error y de las seducciones de Satán, y que los conducirá a Dios.

La serpiente infernal será irreversiblemente derribada, su cabeza aplastada. Promesa irrevocable, incondicional.

De este modo, Nuestra Señora no nos ha dado una vaga e incierta promesa de victoria final, sino que ha indicado con precisión los acontecimientos maravillosos que suscitarán y establecerán el Reino Universal de su Corazón Inmaculado.

Sí, esta hora llegará, y nosotros podemos adelantarla respondiendo plenamente, por lo que toca a nuestra parte, a los pedidos de Nuestra Señora: la recitación cotidiana del Rosario y de las oraciones enseñadas por el Ángel y por la Virgen María; práctica de la Comunión reparadora de los Primeros Sábados; porte del Escapulario de Nuestra Señora del Monte Carmelo como signo de nuestra consagración a su Corazón Inmaculado.

+++

Meditemos las siguientes palabras, que pertenecen al Padre Roger-Thomas Calmel:

Nuestra Señora, que aplasta al Dragón por su Inmaculada Concepción y su Maternidad Virginal; Ella, que es glorificada hasta en su cuerpo y que reina en los Cielos junto a su Hijo; Ella domina como soberana todos los tiempos de nuestra historia, y, particularmente, el tiempo más temible para las almas: el tiempo de la venida del Anticristo, o aquel de la preparación de esta venida por sus diabólicos precursores.

María se manifiesta, no sólo como la Virgen poderosa y consoladora en las horas de angustia para la vida terrenal y corporal, sino especialmente en lo que la representa como la Virgen que socorre, fuerte como un ejército en orden de batalla, en los tiempos de devastación de la Santa Iglesia y de agonía espiritual de sus hijos.

Ella es Reina para toda la historia del género humano, no sólo para los tiempos de angustia, sino también para los tiempos del Apocalipsis.

Henos aquí ahora que entramos en un tiempo de Apocalipsis. No cabe duda de que aún no estamos en la tormenta de fuego que aterroriza los cuerpos, pero ya estamos en la agonía de las almas, porque la autoridad espiritual parece ya no ocuparse de defenderlas, parece desinteresarse tanto de la verdad de la doctrina como de la integridad del culto.

Es la agonía de las almas en la Iglesia Santa, minada desde el interior por los traidores y los herejes todavía no condenados.

Pero los tiempos de Apocalipsis están siempre marcados por las victorias de la gracia. Porque, incluso cuando las bestias del Apocalipsis entren en la ciudad santa y la expongan a los últimos

peligros, la Iglesia no deja de ser la Iglesia: ciudad bien amada, inexpugnable al diablo y a sus secuaces, pura y sin mancha, de la cual Nuestra Señora es la Reina.

Ella es la Reina Inmaculada, que hará acortar, por Cristo su Hijo, los años siniestros del Anticristo. Incluso, y sobre todo, durante este período, Ella nos obtendrá perseverar y santificarnos. Ella nos conservará la parte que nos es absolutamente necesaria de una autoridad espiritual legítima.

Ella nos persuade, esta Virgen dulcísima, *Reina de los mártires*, que la victoria está escondida en la propia Cruz y que será manifestada; la radiante mañana de la resurrección se levantará pronto para el día sin ocaso de la Iglesia Triunfante.

En la Iglesia de Jesús, presa del modernismo incluso entre los jefes, en todos los niveles de la jerarquía, el sufrimiento de las almas, la quemadura del escándalo alcanza una intensidad abrumadora; este drama no tiene precedentes; pero la gracia del Hijo de Dios Redentor es más profunda que este drama.

Y la intercesión del Corazón Inmaculado de María, que obtiene toda gracia, no se interrumpe nunca. En las almas más abatidas, las más cercanas a sucumbir, la Virgen María interviene día y noche para resolver misteriosamente este drama, rompe misteriosamente las cadenas que los demonios imaginaban irrompibles. *Solve vincula reis.*

Todos nosotros, a los que el Señor Jesucristo, mediante una marca singular de honor, llama a la lealtad en estos nuevos peligros, en esta forma de lucha de la cual no tenemos experiencia —la lucha contra los precursores del Anticristo que irrumpieron en la Iglesia— volvamos a nuestra fe; recordemos que creemos en la divinidad de Jesús, en la maternidad divina y la maternidad espiritual de María Inmaculada.

Entreveamos, al menos, la plenitud de gracia y de sabiduría que se esconde en el Corazón del Hijo de Dios hecho hombre y que deriva con eficacia a todos los que creen; vislumbremos también la plenitud de ternura y de intercesión que es el privilegio único del Corazón Inmaculado de la Virgen María.

Recurramos a Nuestra Señora como sus hijos, y entonces tendremos la inefable experiencia que los tiempos del Anticristo son los tiempos de la victoria: la victoria de la redención plenaria de Jesucristo y de la intercesión soberana de María.

+++

Concluamos con San Luis María:

[217] Que el alma de María more en cada uno para glorificar en él al Señor, que el espíritu de María permanezca en cada uno para regocijarse allí en Dios.

¡Ay! ¿Cuándo llegará ese tiempo dichoso, dice un santo varón de nuestros días, ferviente enamorado de María, cuándo llegará ese tiempo dichoso en que la divina María será establecida como Señora y Soberana en los corazones, para someterlos plenamente al imperio de su excelso y único Jesús?

¿Cuándo será que las almas respirarán a María como los cuerpos respiran el aire? Cosas maravillosas sucederán entonces en la tierra, donde el Espíritu Santo al encontrar a su Esposa

como reproducida en las almas vendrá a ellas con abundancia de sus dones y las llenará de ellos, especialmente del de sabiduría, para realizar maravillas de gracia.

¿Cuándo llegará ese tiempo dichoso, ese *siglo de María*, en el que muchas almas escogidas y obtenidas del Altísimo por María, perdiéndose ellas mismas en el abismo de su interior, se transformarán en copias vivientes de la Santísima Virgen, para amar y glorificar a Jesucristo?

Ese tiempo sólo llegará cuando se conozca y viva la devoción que yo enseño: *Ut adveniat regnum tuum, adveniat regnum Mariæ!* ¡Señor, a fin de que venga tu reino, que venga el reino de María!

Ad instauranda omnia in Christo, instaurare omnia in Maria...

